

**LA CAÍDA DEL GOBIERNO  
ESPAÑOL EN EL PERÚ**

**El dilema de la independencia**

**TIMOTHY E. ANNA**

*Traducción de*  
**Gabriela Ramos**

*Carlota Casaleiro*

***IEP Instituto de Estudios Peruanos***

sería sostenida ínterin yo existiese, pues que tenía por seguro en el orden regular de pensar, que perdida Lima, durará poco todo el territorio del Alto y Bajo Perú, que era lo único que se conservaba al Rey y a la Nación".<sup>63</sup> Antonio Vacaro, comandante de las fuerzas navales del Callao, contó después que el ejército realista tenía una amarga división a este respecto, con Pezuela convencido de que España todavía enviaría ayuda, mientras que La Serna, Canterac, Valdés y la mayoría de los altos oficiales estaban seguros de que no podían esperar la posibilidad de recibir refuerzos de una agitada España que estaba en medio de su propia revolución.<sup>64</sup> El desacuerdo básico se refería a si Lima era esencial para la defensa del Perú —Pezuela insistió en que era clave, La Serna insistió en que era irrelevante—. Resultó que La Serna hizo una evaluación correcta de la realidad peruana, pero esta tuvo que probarse en los eventos que tuvieron lugar en los meses siguientes.

*¿Lima era esencial para la defensa del Perú?*

63. *Ibid.*, p. 782.

64. Jacinto de Romarate al secretario de Ultramar, Aranjuez, 30 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571.

## VII

## 1821

LOS NUEVE MESES entre noviembre de 1820 a julio de 1821 fueron críticos para la supervivencia del régimen español. Durante este período sufrió un serio —aunque no definitivo— revés cuando fue forzado a abandonar Lima y permitir a los rebeldes que controlasen la mayor parte de la costa así como la simbólicamente importante creación de un estado independiente. La mayoría de autores concluye su consideración de estos eventos en julio de 1821, cuando San Martín tomó la capital. Sin embargo el Perú no fue independiente propiamente hablando, hasta diciembre de 1824, cuando la batalla de Ayacucho expulsó de manera permanente a las tropas realistas del país. La adquisición de la capital por los rebeldes no fue de manera alguna el paso final en el proceso de emancipación, porque Lima se hizo independiente por defecto. El régimen realista, demasiado débil como para retener el control sobre la ciudad, la abandonó en julio de 1821 como una decisión táctica para salvar al ejército del caos y la confusión que caracterizaban a la capital. El régimen de San Martín, sin embargo, era demasiado débil para completar la liberación del Perú, y fue él mismo destruido por las mismas exigencias de aprovisionamiento y financieras de las que los realistas habían huido. Los mismos habitantes de Lima nunca tomaron una decisión definitiva.

El proceso por el cual el régimen español fue limitado en sus capacidades giró alrededor de los problemas de aprovisionamiento de Lima y la desconfianza que el virrey Pezuela despertaba ahora en sus propios comandantes. La gran vulnerabilidad de la capital —que La Serna y la mayoría de los otros oficiales consideraban el mayor peligro que enfrentaban— se hizo evidente de manera dramática a fines de octubre e inicios de noviembre de 1820 cuando Cochrane estableció un firme blo-



inicios de noviembre de 1820 cuando Cochrane estableció un firme bloqueo de la costa con su flota de veintidós naves chilenas.

La flota chilena era tan poderosa y osada que la noche del 5 de noviembre de 1820 ingresó por la bahía del Callao y lanzó un sorpresivo ataque sobre la nave española *Esmeralda* anclada allí, separándola de la flota y capturándola. La *Esmeralda*, una fragata de cuarenta y cuatro cañones era la mejor nave de guerra del Pacífico. Cuando la noticia del osado ataque y de la pérdida de la *Esmeralda* se difundió por el Callao a la mañana siguiente, los habitantes del puerto expresaron su furia contra los extranjeros que comandaban el escuadrón chileno y contra los extranjeros neutrales que se habían hecho tan activos en el comercio del Perú, atacando a todos los extranjeros que pudieron encontrar en las calles del pueblo —incluyendo a la tripulación de las naves de la real marina británica *Hyperion* y *Andromache* y la nave de guerra de los Estados Unidos *Macedonian*. Pezuela estimó que catorce a dieciséis extranjeros fueron muertos, incluyendo dos del *Macedonian* y cinco de las naves británicas. Otra fuente, sin embargo, dijo que sólo seis o siete extranjeros murieron. El ministro americano en España presentó una firme protesta. Un furioso Pezuela escribió en su diario: “No se ha equivocado el Pueblo en el concepto de que los estrangeros son nuestros enemigos; son repetidos los ejemplares de la mala fe de semejantes hombres y aun prescindiendo de la parte que hubiesen tenido en la sorpresa de la *Esmeralda*, ellos nos han hecho y hacen todo el daño posible”.<sup>1</sup>

La pérdida de la *Esmeralda* convenció al resto de comandantes realistas de que no valía la pena retener Lima. En el momento inmediatamente después del ataque Pezuela encontró la primera resistencia unificada en su contra. El 14 de noviembre anotó que el general La Serna había desobedecido una orden directa y que los comandantes habían solicitado el establecimiento de una junta de generales para dirigir la guerra. Pezuela resistió su pedido —temiendo que ellos querían que la junta fuera “una corporación superior al Virrey”— pero al final fue

1. Pezuela, *Memoria*, p. 798; juez de Arribadas al Ministerio de Ultramar, Cádiz, 16 de marzo de 1821, AGI, Indiferente 2291; juez de Arribadas al Ministerio de Ultramar, Cádiz, 23 de marzo de 1821, AGI, Indiferente 2293; Ministerio de Ultramar al ministro de Estado, Madrid, 31 de enero de 1822, AGI, Indiferente 313.

forzado a rendirse, viendo que, escribió, si se aislaba de los oficiales ya no tendría ningún medio para resistir “la opinión general a favor de la independencia”.<sup>2</sup>

Hacia fines de noviembre los rebeldes tenían a varias localidades del interior bajo su línea de ataque, incluyendo a Jauja, Tarma, y Cerro de Pasco. La comunicación de Lima con el interior estaba rota. El 3 de diciembre el batallón Numancia del ejército realista se pasó del lado de los rebeldes —un fuerte golpe para el régimen— luego que sus oficiales fueron sobornados con promesas de recompensas, el pago de sus deudas de juego, e incluso mujeres.<sup>3</sup> Otros desastres siguieron. Guayaquil —el segundo puerto más importante del Pacífico— se rebeló en octubre. El estatus de la jurisdicción de Lima sobre Guayaquil no era claro en ese entonces. Una real cédula del 23 de junio de 1819 había devuelto Guayaquil a la jurisdicción de la audiencia de Quito en todos los asuntos criminales, civiles y del tesoro, pero el Perú se mantenía como responsable por su defensa militar.<sup>4</sup> Muchos ciudadanos de Guayaquil se consideraban como parte de Quito, cuya capital estaba a sólo ochenta leguas de distancia en vez del Perú, cuya capital estaba a trescientas leguas, y otros aspiraban a una existencia completamente separada. Esto llevaría a las posteriores disputas entre el Perú y Ecuador. El 28 de diciembre el marqués de Torre Tagle se rebeló y condujo a Trujillo, la provincia costeña en extremo norte del Perú, a la independencia.

San Martín continuó la iniciativa enviando cartas privadas a selectos formadores de opinión en Lima, tales como los regidores del cabildo, el arzobispo, y el publicista Gaspar Rico. San Martín apeló al arzobispo en nombre de la religión para que aceptase el deseo inexorable del pueblo americano a ser independiente. Juró, “Yo no soy sino un instrumento de destino de mi país” y aseguró al arzobispo que “en una guerra en que la opinión vale más que la fuerza, las armas y la resistencia pueden aumentarse las desgracias, mas no poner término a la revolución”. Prometió al arzobispo consolidar un gobierno de orden que garantizaría la seguridad

2. Pezuela, *Memoria*, pp. 799-800.

3. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, primera parte, 1: 101-110.

4. Ministro de Gracia y Justicia al secretario de Hacienda, Madrid, 29 de mayo de 1819, AGI, Lima 1471; Real Cédula al virrey del Perú, Madrid, 23 de junio de 1819, AGI, Lima 610.

de la propiedad clerical y privada. En una larga carta dirigida a Rico, San Martín argumentó de manera persuasiva lo inevitable de la independencia, concluyendo que, "Yo digo que la fría razón indique a V. el partido que debe elegir". En proclamas de propaganda a los soldados y milicianos prometió una nueva era. En su propaganda dirigida a la nobleza declaró que "la revolución no está y no ha estado en contra de vuestros verdaderos privilegios". Bajo el régimen español, dijo, los nobles eran "una clase inerte y sin funciones", pero bajo un régimen independiente podían jugar un genuino papel en el gobierno. A cada clase, desde la más alta hasta la más baja, San Martín prometió algo.<sup>5</sup>

La tensión en Lima crecía día a día. Una serie de cartas personales de Sebastián de Ugarriza, un comerciante de la ciudad, proporciona un atisbo del ánimo de los habitantes. Dos meses antes de la llegada de San Martín a la costa la capital ya había sido llevada a una paralización por los bloqueos chilenos. Ugarriza escribió a un amigo esta lacónica descripción de lo que estaba ocurriendo; "Sin hacer nada, gastando el dinero, y el comercio parado". El mismo día escribió a otro amigo para decir que las noticias sobre la restitución de la Constitución se difundían por la ciudad, "y quiera Dios sea en beneficio de todos". Luego de la llegada de San Martín informó a otro amigo que los partidarios realistas no estaban haciendo nada; sólo un pequeño grupo de caballería había dejado la ciudad para vigilar los movimientos de los rebeldes. En octubre se quejaba porque al no llegar los esperados refuerzos desde Cádiz, tal omisión había costado al Perú la posible reconquista de Guayaquil y Quito, y que el comercio y el tráfico normales en Lima estaban completamente paralizados debido a la ausencia de naves amigas. El 25 de octubre dijo que Pisco, Chincha, Ica, y toda la costa comprendida entre esos pueblos se habían arruinado por las depredaciones del ejército rebelde, causando daños por valor de 2 millones de pesos, "En fin hasta ahora ninguna acción de fundamento se ha hecho por nuestra parte". En diciembre la situación era mucho más seria. Ugarriza escribió el 6 de diciembre, "Aquí estamos rodeados de insurgentes por mar y tierra; por

5. San Martín a Las Heras, Huaura, 20 de diciembre de 1820; San Martín a Rico, Huaura, 21 de diciembre de 1820, ambos en AGI, Lima 800; los manifiestos de San Martín a los soldados americanos, soldados españoles, mujeres, europeos y nobles, AGI, Indiferente 313.

aquella están los buques bloqueando desde Chilca hasta la Barranca, y por tierra todas estas cabezas y aun hasta Caravayllo [...] en fin, nos hallamos apurados, y oraré que antes de ocho días tengamos alguna acción". Finalmente, el 18 de diciembre escribió: "En el día nada entra por mar, ni tierra por los insurgentes, puestos estos tienen bloqueado al Callao con tres, cuatro, o más buques de guerra, y cuanto barco llega aunque sea extranjero lo atrapan".<sup>6</sup> El estado de ánimo que reflejan estas cartas era una combinación de creciente desesperación causada por la privación del bloqueo y un claro disgusto con el gobierno virreinal por no tomar una acción militar concertada contra los rebeldes. Muchos ciudadanos creían que el ejército rebelde podía ser derrotado si las más numerosas y mejor entrenadas fuerzas realistas tomaban una acción decisiva. Los comandantes principales del virrey Pezuela sentían lo mismo, y estaban molestos por su negativa a atacar.

En noviembre y diciembre de 1820 el liderazgo de Pezuela era un tema de debate público. El régimen se estaba desmoronando. Pezuela demostró ser totalmente inadecuado para enfrentar la crisis. Incluso las cartas que le envió a San Martín delataban su temor. Por ejemplo, el 30 de octubre, el último día de las negociaciones con los representantes de San Martín en Miraflores, el virrey envió una petulante carta al comandante rebelde con respecto al uso que los rebeldes hacían del término "Ejército Libertador", mientras que Pezuela insistía en llamarlo el "Ejército de Chile". Dijo a San Martín que mientras él era libre en su propaganda para afirmar que el pueblo peruano estaba oprimido y clamaba por un libertador, no debía decir tales cosas en su correspondencia con el virrey. Al día siguiente San Martín, desde su barco frente a la costa, contestó que el ejército que él comandaba había recibido el título de "libertador" por los que lo enviaron, y que ese era el título que él usaría. Durante diciembre la correspondencia entre los dos líderes trató de asuntos tales como el intercambio de prisioneros, pero el tema subyacente era un debate continuo entre ambos sobre si Perú quería ser independiente. El 24 de diciembre de 1820 San Martín terminó este

6. Ugarriza a Matías de la Fuente, Lima, 2 de julio de 1820; a Juan Bautista Odaondo, 2 de julio de 1820; a Antonio de Finajas, 18 de setiembre de 1820; a Matías de la Fuente, 25 de octubre de 1820; a Manuel Martín de Romaña, 6 de diciembre de 1820; y a Antonio de Finajas, 18 de diciembre de 1820, todas en ANP, Superior Gobierno, L. 37, C. 1325.

debate cuando le dijo a Pezuela que las elecciones recientes para un cabildo constitucional ofrecieron una prueba positiva del viraje de la opinión pública. Señaló que el cabildo estaba claramente preocupado por el grado de apatía pública hacia el régimen y la falta de unanimidad entre el pueblo, y recordó a Pezuela que debía descontar las muchas expresiones públicas de amor por la Constitución y por España, “cuando se habla bajo el influjo de las bayonetas de V”. Advirtió que “cuando todo un pueblo pide la paz no hay salvación en la guerra para los que contrarían sus deseos”.<sup>7</sup>

De una manera, sin embargo, ambos hombres estaban atrapados en sus tierras de ensueño privadas, donde sus deseos coloreaban su percepción de la realidad. Si Pezuela rehusaba apresurar el ataque contra los ejércitos rebeldes en la idea de que Lima debía ser defendida a toda costa y que salir al encuentro de los rebeldes pondría en peligro la capital, San Martín también erró en su idea de que su mera presencia en las inmediaciones de Lima sería suficiente para que la población se volcara a favor de la independencia. Ambos hombres sobrestimaban el apoyo popular para la independencia. Mientras que el almirante Cochrane y otros instaron a San Martín a atacar Lima luego de la captura de la *Esmeralda* en tanto que los realistas estaban sumidos en la confusión,<sup>8</sup> éste se adhirió tercamente a su propia, no empírica, y en última instancia errónea idea de que era simplemente el iniciador de una rebelión genuinamente peruana. En estas mismas semanas expresó al capitán Basil Hall, comandante de un navío de la marina británica anclado en Callao, que su política era “no dar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública”. Afirmando que utilizaría la opinión pública como el “motor” para el establecimiento de la independencia, remarcó, “¿De qué utilidad sería Lima para mí, si los habitantes fueran hostiles en su sentimiento público? ¿Cómo podría avanzarse la causa de la independencia reteniendo yo Lima, o incluso todo el país, bajo control militar?”<sup>9</sup>

7. Pezuela a San Martín, Lima, 30 de octubre de 1820; San Martín a Pezuela, a bordo del *San Martín*, 31 de octubre de 1820; Pezuela a San Martín, Lima, 3 de noviembre de 1820; y San Martín a Pezuela, Huaura, 24 de diciembre de 1820, todos en AGI, Lima 800.

8. Worcester, *Sea Power*, pp. 58-60.

9. Hall, *Extracts*, 1: 215-216.

De esta manera cada uno de los líderes perdió oportunidades preciosas para atacar, mientras que sus subordinados estaban desconcertados y ambos ejércitos se hacían cada vez más débiles. Movido por esta comprobación, el general La Serna y sus partidarios indujeron finalmente a Pezuela para que diera su aprobación tentativa al inicio de un contraataque agresivo contra el ejército rebelde en las inmediaciones de Lima. El 12 de diciembre 7,200 hombres del numeroso ejército realista se desplazaron al campamento de Aznapuquio en su preparación para actividades de campo. El 14 de diciembre Pezuela discutió con sus generales la creación de un Tribunal Militar de Vigilancia para custodiar la tranquilidad pública en la capital; pero como esta era una de las tareas del cabildo —cuyas prerrogativas Pezuela no quería ignorar— en vez de ello pidió al cabildo que hiciera lo que pudiese en vista de “las circunstancias de fermentación en que se halla esta ciudad”.<sup>10</sup>

Simultáneamente a estos acontecimientos, se eligió el nuevo cabildo constitucional de Lima. El 7 de noviembre el virrey Pezuela ordenó al cabildo en funciones que procediera a elaborar las listas de votantes y lo instó a que se apurase “porque espero dentro de muy poco tiempo variar las circunstancias de estar los enemigos al frente”. El 7 de diciembre de 1820 el nuevo cabildo fue elegido. Incluía a un número de los liberales más conocidos: como alcaldes, el conde de San Isidro y José María Galdiano; como regidores, Francisco de Zárate, Simón Rávago, Diego de Aliaga, el conde de la Vega del Ren, Francisco Vallés, el marqués de Corpa, Pedro de la Puente, José Manuel Malo y Molina, Francisco de Paula Mendoza, Mariano Vásquez, Manuel Pérez de Tudela, Manuel Sáenz de Tejada, Juan Bautista Gárate, Manuel María del Valle, Miguel Vértiz, y Manuel Alvarado; y sus síndicos, Tiburcio José de la Hermosa y Antonio Padilla.<sup>11</sup> No sorprende entonces que desde este momento en adelante el cabildo cooperaría sólo a regañadientes con los esfuerzos del régimen para resistir a San Martín. Como uno de sus primeros actos, el cabildo envió a Pezuela una petición que había recibido de setenta y dos ciudadanos prominentes pidiendo que se reanudaran las negociaciones que habían sido interrumpidas en Miraflores, de modo que se pudiese “libertar a esta fidelísima ciudad de los furros y estragos

10. Pezuela, *Memoria*, pp. 811-812.

11. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 9 noviembre y 7 de diciembre de 1820.

consiguientes a una invasión enemiga". Pezuela declinó el pedido. El 16 de enero de 1821 el cabildo discutió, y finalmente rechazó, una sugerencia para que se entregase a merced del comandante del navío de bandera británica *Andromache*, pidiéndole que pusiese a Lima bajo la protección naval británica.<sup>12</sup>

Otros signos de desintegración social eran claros. El Consulado —otrora bastión del colonialismo comercial y valorado teniente de los virreyes— estaba en total desorganización. En un informe que envió a España derramó sus lamentos. Las fuerzas insurgentes en la costa estaban interceptando todos los navíos que se dirigían al Perú. Todo el comercio cesó y las comunicaciones se interrumpieron. Las minas estaban completamente fuera de operaciones. El ejército chileno iba a atacar Lima, y el Consulado aparentemente sintió que los invasores tendrían éxito. Más tarde rogó a España que enviase tres naves de guerra, diciendo que si la ayuda no llegaba pronto, la pérdida del Perú, de muchas fortunas, y de muchos europeos leales sería inevitable, mientras que toda América sucumbiría a "la fiebre de una prematura independencia".<sup>13</sup>

El comerciante Félix D'Olabarriague y Blanco, que partió a España en este momento crítico, dio una detallada descripción de la situación en que se encontraba Lima en diciembre de 1820. Informó que desde que Pezuela asumió su cargo la situación en el Perú había sido grave, y se acordó que si el gobierno de Chile hubiera estado en manos de hombres más competentes, Lima hubiera caído mucho antes. Dando por descontado que la pérdida de Lima sería la pérdida del Perú, se quejó de que San Martín no encontrara ningún tipo de obstáculos en su desembarco en Pisco. Aunque creía que Lima no necesariamente sucumbiría de hambre, estaba de acuerdo en que su situación era "verdaderamente crítica". El ganado y el pan eran muy caros, y aprovisionar a las tropas y a la población civil se estaba haciendo una tarea muy difícil. San Martín y Cochrane habían sido tan poco políticos que saquearon las haciendas a

12. *Ibid.*, 18 de diciembre de 1820, 15 y 16 de enero de 1821.

13. "Fragmento del expediente promovido por el Real Tribunal del Consulado [...] manifestando la situación en que se encuentran las costas del Perú [...], año de 1820", ANP Superior Gobierno, L. 37, C. 1324; Antonio Real de Asua, apoderado del Consulado de Lima al rey, Madrid, 31 de agosto de 1821, AGI, Indiferente 313.

lo largo de la costa que eran propiedad de americanos y europeos, debilitando su apoyo popular, pero también poniendo en peligro las provisiones de alimentos para Lima. Olabarriague y Blanco estaba seguro que Lima podía sostener estos sacrificios "a lo menos año y medio" si recibía refuerzos. Su observación más importante, sin embargo, se refería a Pezuela: "El mayor mal es que todos los habitantes de Lima, sin distinción de clases ni colores, de Europeos o Americanos, y aun los mismos Gefes y tropas del ejército, estaban hacía mucho tiempo descontentos con las operaciones del virrey, y particularmente, con la inacción en que se mantenía desde que San Martín se presentó en Pisco".<sup>14</sup>

Este estribillo fue repetido en otros informes de testigos del período. Por ejemplo, un funcionario anónimo reportó: "El 12 de diciembre [1820] llegué a esta ciudad, y la hallé en el mayor desorden. Hablan en los cafés cada uno de lo que quería a su antojo y con el mayor desenfreno. El Gobierno sin opinión, las gazetas corrían con las proclamas de San Martín anunciándolos a la libertad, [...] las tropas de San Martín siete leguas de esta capital". El diarista añadió que pocos días después Pezuela fue obligado a entregar el comando militar efectivo a La Serna, quien fue nombrado comandante en jefe, con el general Canterac como su segundo.<sup>15</sup> De manera similar, el marqués de Valleumbroso y Antonio Seoane, los representantes de La Serna que viajaron más tarde a España para presentar su caso, dijeron que todos en el país estaban convencidos "de que el Perú se perdía no por falta de medios de defensa, no por la superioridad del enemigo, sino por el errado sistema y poco acierto de Joaquín de la Pezuela".<sup>16</sup> Otra fuente, un oficial anónimo al mando de un regimiento, escribió que "Nuestro estado se iba empeorando por momentos y lo hacía más terrible el tener un Gobierno sin crédito, ni político, ni militar [...] La opinión a favor de los enemigos se extendía a proporción del descrédito de nuestro Gobierno". Los oficiales estaban convencidos de que el ejército de San Martín era sólo la mitad del ejército realista y que si era atacado a tiempo sería destruido, pero Pezuela

14. "Situación política de Lima", informe de Félix D'Olabarriague y Blanco, Madrid, 19 de junio de 1821, AGI, Lima 1023.

15. Carta anónima, "Es de lima de sugeto fide digno", AGI, Indiferente 1570.

16. Marqués de Valleumbroso y Antonio Seoane al conde de Casa Flores, Río de Janeiro, 29 de junio de 1821, AGI, Indiferente 313.

rehusó dar la orden. Como resultado de que Pezuela no tenía “ningún tino para el mando, el absoluto descrédito en que había caído, la apatía que lo caracterizaba para todo lo que tenía relación con el fomento de nuestro ejército, las arbitrariedades de que se resistían las demás clases del estado, y el progresivo aumento de la opinión de los enemigos [...] era indispensable variar el sistema, poniendo a la cabeza del Gobierno un hombre que mereciera la confianza pública y diera por lo tanto vida a este agonizante país”.<sup>17</sup>

En consecuencia, el 29 de enero de 1821, diecinueve de los principales comandantes del ejército, en su campamento de Aznapuquio, firmaron una petición pidiendo a Pezuela que renunciara el virreinato a favor del general La Serna. La declaración formal de los oficiales al virrey era un elocuente resumen de sus “errores políticos y militares”. Lo acusaba de tomar medidas insuficientes para resistir el ejército de San Martín; de no estar consciente del peligro de traición dentro del batallón Numancia; de nombrar oficiales inadecuados para ciertos mandos; de decretar una paga desigual para los diferentes regimientos; de haber cometido el error de nombrar al muy sospechoso marqués de Torre Tagle como intendente de Trujillo y al brigadier José Pascual de Vivero como gobernador de Guayaquil; de no haber podido detener el contrabando de plata y de tolerar el libre comercio; de establecer impuestos desiguales y punitivos y de malversación de fondos; y de decisiones equivocadas en la campaña contra los rebeldes en el interior. Declarando que en las manos de Pezuela el país estaba perdido, los oficiales le pidieron entregar el poder a La Serna. Para entregar sus demandas los comandantes escogieron a un joven oficial llamado Juan Loriga, secretario de la Junta de Guerra, quien había pedido la mano de la hija de Pezuela en matrimonio. Loriga fue al palacio la mañana del 29 de enero y, luego de unos momentos de embarazosa confusión, presentó al virrey el pedido del ejército de que renunciara en dos horas o enfrentara el riesgo de que el ejército viniese de Aznapuquio para obligarlo a que lo hiciera.

En presencia de la Junta de Guerra, por lo tanto, Pezuela convino en abdicar. Para evitar un posible desorden, se requirió al virrey y su familia que se trasladasen ese mismo día a su casa de campo en Magdalena. Un

17. Carta anónima, Lima, 30 de abril de 1821, AGI, Indiferente 1570.

testigo declaró que Pezuela estaba sereno y cooperativo, pero que su esposa estaba muy contrariada y que acusó a su futuro yerno de jugar “con dos barajas”.<sup>18</sup>

El relato del general La Serna señaló que fue llamado a la Junta de Guerra e informó que los oficiales querían que tomase el comando. Dijo que estaba “sorprendido con novedades tan inesperadas”, pero accedió al pedido, “tomando sobre mí el peso de reparar los efectos de las pasadas desgracias, de reanimar el espíritu público [...] de restablecer el crédito perdido y la confianza pública y de dirigir a la defensa común”. Añadió que su toma del poder provocaría un renovado patriotismo y la decisión de resistir entre los europeos, “pero todos serán inútiles y no producirán otro resultado que la ruina del país y una muerte, más tarde sí, pero inevitable, si S.M. no destina a estos mares fuerzas considerables que aseguren nuestras costas”. La Serna permaneció dedicado a la idea que el gobierno de Pezuela estaba a punto de perder el Perú, y varios años después testimonió que el Perú se hubiera perdido si Pezuela hubiese permanecido al mando, “porque su sistema no era el correcto para las críticas circunstancias en las que se ha puesto a estos territorios” [trad].<sup>19</sup> Valleumbroso y Seoane fueron enviados de inmediato a España, vía Río de Janeiro, para dar cuenta de que el ascenso de La Serna al cargo había mejorado todo y que la “discreción, unidad, y concurrencia caracterizaban todas las acciones” [trad]. Para defender Lima, La Serna enroló inmediatamente a 1,500 esclavos —prometiéndoles la emancipación luego de seis años de servicio —y convocó los refuerzos de 3,000 hombres.<sup>20</sup> Al mismo tiempo envió varias divisiones a la sierra para atacar a los guerrilleros de San Martín. Otra fuente relata la toma del poder por La Serna: “Hemos mejorado mas de un mil respecto del

18. Manifiesto de los oficiales a Pezuela, Aznapuquio, 29 de enero de 1821, en Denegri Luna, ed., *Memorias, Diarios y Crónicas, CDIP*, tomo 26, 3: 353-358; Cuenta de Juan Martín de Larrañaga dada en la introducción de los editores de la *Memoria* de Pezuela.
19. La Serna al secretario de Guerra, Lima, 9 de febrero de 1821, AGI, Indiferente 313; La Serna al ministro de Gracia y Justicia, Cuzco, 15 de marzo de 1824, AGI, Lima 762.
20. Conde de Casa Flores al ministro de Ultramar, Río de Janeiro, 7 de julio de 1821, AGI, Indiferente 313.

Causas de los españoles (de Lima) por pedir al punto a Pezuela.



estado anterior". Y otro oficial escribió: "Este cambio [...] renació el entusiasmo [...] y dio un nuevo tono a todos nuestros asuntos políticos".<sup>21</sup>

Pezuela reaccionó al golpe con enorme sorpresa, seguida de ira y luego aquiescencia. El 29 de enero escribió en su diario: "Hasta aquí llega este Diario, con motivo del inaudito motín movido por los Gefes del Ejército". Al día siguiente del golpe, mucha gente fue a Magdalena a visitarlo —incluyendo el arzobispo, oidores, oficiales, mercaderes, caballeros y todos los generales con excepción de La Serna—. Pero Pezuela recibió solamente al arzobispo, encargando a su esposa que se entrevistara con los demás. Pezuela escribió que el arzobispo estaba "lleno de dolor al ver el mando en manos de unos hombres inmorales, presuntuosos y tan atrevidos como ambiciosos". El ex virrey descargó sus emociones contra sus oficiales, diciendo que en ellos "no se ve sino la desvergüenza, el atrevimiento, la altanería, el desacato al Rey, único que puede quitar y poner Virreyes", a la vez que se refería a sí mismo como "un general lleno de glorias militares que no había perdido una batalla; que había arrancado a [...] la independencia [...] que le recuperó las ricas provincias del Alto Perú". El 1 de febrero Pezuela dictó al auditor general, Bartolomé de Bedoya, una protesta secreta a ser enviada a la península, en la que señaló que La Serna y sus cómplices debían ser tenidos como responsables por las "ominosas consecuencias" de su golpe.<sup>22</sup> En consecuencia La Serna puso la casa de Pezuela bajo vigilancia.

En abril de 1821, Pezuela escribió un *Manifiesto*. El escrito, de la extensión de un libro, fue publicado después en España, en respuesta a todos los cargos que los oficiales habían presentado en su contra. Insistió en que su gobierno había hecho tanto como era humanamente posible para rescatar la autoridad real que se deterioraba rápidamente en un país donde, creía, la mayoría de la gente estaba a favor de la independencia. Más aún, dijo que muchos de los "que parecían más leales y juiciosos" en su administración habían sido secretos partidarios de los rebeldes. El ex virrey respondió de manera efectiva al argumento fun-

21. Carta anónima, "Es de Lima de sugeto fide digno", AGI, Indiferente 1570; Carta anónima, Lima, 30 de abril de 1821, AGI, Indiferente 1570.

22. Pezuela, *Memoria*, p. 841; Pezuela al secretario de Guerra, Magdalena, 1 de febrero de 1821, en Denegri Luna, ed., *Memorias, Diarios y Crónicas, CDIP*, tomo 26, 3: 486-499.

de la causa realista estos se llamaron de él por lo mucho que Pezuela y La Serna

damental de los oficiales —que carecía de la energía y habilidades para continuar la guerra y defender el honor nacional— y añadió cincuenta y siete documentos para probar la efectividad de su gobierno en asuntos militares y los errores de La Serna como comandante en jefe del Alto Perú desde 1816 a 1819. Pezuela se defendió detalladamente, mostrando la frecuente insubordinación de La Serna, sosteniendo que Torre Tagle no había mostrado ningún signo de deslealtad y que lo había transferido a Trujillo lejos de la intendencia de La Paz a la que el rey lo había nombrado porque entendía que Torre Tagle no tenía la experiencia suficiente para el Alto Perú, militarmente delicado, y sosteniendo que la tolerancia del comercio extranjero estuvo basada en la "ley de la necesidad".<sup>23</sup>

La amarga defensa de Pezuela, y el grado de controversia contra sus partidarios y oponentes, muestra claramente que la causa realista estaba seriamente dañada por esta lucha interna por el poder. Durante los meses siguientes, la propaganda a favor y en contra de Pezuela apareció en forma de panfletos, informes a España, y editoriales en la prensa partidaria. El 19 de febrero de 1821, el ex virrey envió una carta secreta a varios oficiales realistas, oidores, prelados y burócratas solicitándoles que fuesen sus testigos, que dijeran si su mando político y militar había sido inepto y si su derrocamiento reflejaba el sentimiento público. El coronel Juan Antonio Monet declaró que Pezuela había sido un hábil comandante militar; el marqués de San Juan Nepomuceno dijo que cada ciudadano entendía que el virrey había renunciado simplemente para evitar la guerra civil entre los realistas; Pedro Antonio Fernández de Córdova, un clérigo, declaró que el clero y el pueblo no tenían nada que hacer con el golpe; Tiburcio José de la Hermosa, un síndico del cabildo, dijo que ni el cabildo ni la población habían tomado parte en el golpe; respuestas similares dieron el rector de la universidad, los miembros de la audiencia, los miembros de la Diputación Provincial, y otras figuras prominentes.<sup>24</sup> Todos estuvieron de acuerdo en que el derrocamiento

23. "Manifiesto en que el virrey del Perú D. Joaquín de la Pezuela refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando...", Magdalena, 8 de abril de 1821, en Denegri Luna, ed., *Memoria, Diarios y Crónicas, CDIP*, tomo 26, 3: 267-505.

24. *Ibíd.*, pp. 433-457, cartas varias, y "Tres folletos a favor del virrey Pezuela", pp. 510-546.

de Pezuela fue la obra de sólo algunos miembros del Estado Mayor. El ex virrey, luego de una desesperada búsqueda por un barco que pudiese llevarlo de regreso a casa, partió finalmente del Perú en julio de 1821, en la misma semana en que Lima cayó en manos de San Martín.<sup>25</sup>

¿Cómo podemos evaluar entonces el impacto de la destitución de Pezuela? Es claro que los oficiales del ejército no actuaron de manera inmediata. El Estado Mayor se volvió contra Pezuela por unanimidad, incluyendo al joven Loriga, su futuro yerno. Todos estaban convencidos de que la situación militar no tenía esperanzas bajo el gobierno de Pezuela y que su insistencia en mantener el control sobre Lima a todo costo amenazaba todo. Sin embargo tanto civiles como eclesiásticos reaccionaron con grave preocupación al golpe militar. Este marcó un importante agravamiento de la tensión. De repente se hizo claro que Lima estaba en peligro, y desde ese momento en adelante cada cual luchó por su vida.

Ahora los ciudadanos comenzaron a apoyar a los rebeldes en números significativos. Las haciendas costeñas se vieron totalmente conmocionadas por las confiscaciones de ambos ejércitos y por la conscripción de esclavos. Hacia mediados de febrero la escasez de alimentos en Lima alcanzó niveles peligrosos. Una fuente señaló que tres y media onzas de pan costaban un real, lo mismo que "tres pequeños camotes", y que compró dos papas blancas del tamaño de unos huevos, por medio real. Una hogaza de pan a esta tasa valdría el increíble precio de un peso, el equivalente de un dólar norteamericano en 1821. El capitán Basil Hall informó que las provisiones eran tan escasas en Lima que tuvo que navegar hasta Huacho para encontrar alimentos y agua para su barco. Además, la moneda circulante casi había desaparecido. El virrey La Serna pudo a inicios de julio llegar a un acuerdo especial con San Martín para permitir el aprovisionamiento de Lima con 3,000 fanegas de trigo y miles de sacos de arroz, pero La Serna calculó que la ciudad necesitaba 4,000 fanegas de trigo a la semana sólo para sobrevivir. Mientras tanto, el virrey admitió que ya que era imposible reabrir las líneas de aprovisionamiento al interior, la ciudad tendría que pasarla sin carne, papas, vegetales y otros productos necesarios. Una nave norteamericana

25. La historia de la fuga de Pezuela se narra en un apéndice a su *Memoria*, pp. 847-863.

epidemia  
 vendió su cargamento de 1,100 barriles de harina a 75 pesos el barril.<sup>26</sup> Simultáneamente, tanto el ejército rebelde como el realista fueron atacados por una epidemia de lo que parece haber sido cólera. Los realistas, sin embargo, se vieron más seriamente afectados debido a lo escaso de sus provisiones. En Lima los hospitales estaban llenos hasta desbordarse, y el convento de San Francisco de Paula fue obligado a funcionar como hospital. En junio, morían veinte soldados al día, y al menos la mitad del ejército realista estaba enfermo.<sup>27</sup>

Mientras tanto, el cabildo se hizo cada vez más abierto en su resistencia a las demandas de La Serna por provisiones y dinero. En respuesta a su pedido de una contribución pública de guerra, el cabildo respondió proponiendo que se emitiera moneda de papel o cobre. Aunque La Serna hizo que el cabildo se hiciera responsable de reunir 70,000 pesos como contribución forzosa de los habitantes, también aceptó emitir 500,000 pesos en bonos al 8 por ciento de interés, garantizados por la venta de las propiedades pertenecientes a las Temporalidades y a la recientemente extinguida Inquisición. La emisión de bonos no se implementó, y sólo se reunieron 16,000 pesos de la contribución forzosa. Y mientras tanto el cabildo continuó enviando frecuentes comunicaciones a La Serna advirtiéndole que no se continuase con las confiscaciones militares de ganado y granos en las haciendas vecinas, señalando que esto amenazaba el futuro aprovisionamiento de alimentos para la capital.<sup>28</sup>

En vista de todas estas dificultades, el virrey La Serna decidió abandonar Lima. Sus planes fueron pospuestos temporalmente, sin embargo, por la llegada en abril del capitán de la marina Manuel Abreu, el comisionado de paz enviado desde España por el nuevo gobierno de las Cortes con instrucciones para negociar un acuerdo con los rebeldes. Abreu ya había pasado cuatro días con San Martín en el cuartel general

26. Carta anónima, "Es de Lima de sugeto fide digno", AGI, Indiferente 1570; Hall, *Extracts*, 1: 263; La Serna a los negociadores de paz, Lima, 12 de junio de 1821, AGI, Lima, 800.

27. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6:164; Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, Primera parte, 1: 162.

28. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 10 y 20 de febrero, 11 y 25 de abril, 22 de mayo y 8 de junio de 1821.

Manuel Abreu  
 comisionado de  
 paz de las  
 Cortes

el impact a la destitución de Pezuela

rebelde en Huaura. Ahora en Lima fue recibido por un poco dispuesto La Serna, que había recibido órdenes desde España para que facilitase la misión de paz. Las negociaciones entre los representantes del gobierno realista y los representantes de San Martín se iniciaron en la hacienda Punchauca, cinco leguas al norte de Lima. A La Serna le disgustaba Abreu profundamente tanto por la actitud visiblemente amistosa del comisionado para con San Martín como porque el alto comando del ejército desconfiaba de este capitán de la marina que ahora tenía autoridad para negociar un acuerdo con los rebeldes.<sup>29</sup> El 23 de mayo se acordó un armisticio de veinte días, y el 2 de junio el virrey La Serna y el general San Martín se encontraron personalmente en la hacienda. Después las negociaciones se desplazaron de Punchauca a Miraflores, para trasladarse una vez más a bordo de la fragata *Cleopatra* en la bahía del Callao. Sin embargo, excepto por los acuerdos sobre el intercambio de prisioneros y el movimiento de ganado y provisiones de alimentos, no se llegó a ningún acuerdo en concreto. El 6 de junio el cabildo de la ciudad de Lima envió al virrey un emotivo pedido de paz. Escrito por Manuel Pérez de Tudela, se lamentaba porque el armisticio iba a vencerse y urgía a La Serna a que buscara activamente un acuerdo. La Serna replicó al cabildo el 8 de junio en una carta notablemente ingenua, diciendo que él también quería la paz, pero que esta debía ser una paz honorable. La guerra era como un juego, dijo, y si bien los realistas podían estar perdiendo esta partida, el juego mismo estaba lejos de haber terminado.<sup>30</sup>

Sin embargo, Abreu continuó negociando con San Martín —quien aparentemente quería llegar a algún tipo de acuerdo— mucho después que los realistas abandonasen Lima en julio. La propuesta final de los rebeldes fue a favor de un armisticio de dieciocho meses, durante el cual el virrey nombraría dos diputados, el gobierno de Chile nombraría uno, y San Martín a un cuarto para que fuesen a España a negociar directamente con las Cortes. Nada más salió de esta propuesta porque hubiese sometido al Perú indefinidamente al prospecto de mantener a dos ejércitos enemigos y, más importante, porque La Serna odiaba a Abreu y hacia noviembre de 1821 lo acusaba de actuar más como “un agente de

29. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6:166.

30. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6:166.

los disidentes que [como] el de un Diputado por S.M”. Cada uno acusaba al otro de no cooperar, de ser abusivo e irrespetuoso.<sup>31</sup>

En cualquier caso, una vez que fue claro que las negociaciones de paz no llevarían a ninguna parte, La Serna procedió a completar su ya planeada evacuación de Lima. En una carta dirigida al conde de Casa Flores, el virrey escribió que hacia junio la crítica situación que lo había llevado al comando en enero era todavía más difícil. Había un bloqueo marítimo total y un sitio por tierra que atraía a más y más grupos de montoneros y desertores realistas cada día; las negociaciones a las que lo había obligado Abreu habían debilitado gravemente el prestigio del gobierno realista; la opinión pública era crecientemente favorable a los rebeldes; y el ejército estaba desesperadamente débil por la muerte de 1,500 soldados en la epidemia. En tales circunstancias, dijo La Serna, se convenció de que el ejército iba a ser destruido, porque la capital iba a caer, y consideraba que era más seguro retirarse de Lima para salvar al ejército y pelear en otro momento.<sup>32</sup>

El público comenzó a darse cuenta de la importante decisión cuando el 25 de junio el general Canterac salió de Lima con la mitad de la infantería y la caballería. En una proclama general el 4 de julio La Serna anunció que estaba abandonando Lima porque esta no proveía una base militar adecuada desde la cual defender el resto del país. “Vacilante muchos días”, dijo, “en si abandonaría un Pueblo que por tantas razones apreciaré siempre, o si trataría de defenderlo a toda costa, quedándome yo mismo sepultado para siempre en sus ruinas y sus cadáveres, tuve que ceder por último al deber y obligación de hombre público”. Prometió que si los rebeldes ocupaban la capital no permanecerían por mucho tiempo.<sup>33</sup> Cuando el propio virrey no vio en el futuro nada sino “ruinas y cadáveres”, es fácil entender por qué el pánico se apoderó de la ciudad. El 5 de julio La Serna puso el comando civil y militar de la capital en manos del mariscal de campo en retiro, el marqués de Montemira.

31. *Ibíd.*, 6: 158-160; La Serna a Abreu, Huancayo, 2 de noviembre de 1821; Abreu a La Serna, Lima, 12 de noviembre de 1821, ambos en AGI, Lima 800.

32. La Serna al conde de Casa Flores, Andahuaylas, 11 de diciembre de 1821, AGI, Indiferente 313.

33. “El virrey a los habitantes del Perú”, Lima, 4 de julio de 1821, AGI, Indiferente 1571.



Envió a Montemira una carta que debía entregar a San Martín, en donde pedía al comandante rebelde que no tomara represalias sobre el pueblo de Lima. La audiencia protestó la decisión del virrey, acusándolo de dejar a los ciudadanos a merced de los invasores y pidiéndole que no se retirara hasta que fuera absolutamente esencial para salvar al ejército. La respuesta de La Serna fue anunciar la noche del 5 de julio que había puesto doscientos rifles a disposición de Montemira —suficientes para asegurar la paz de la ciudad, pero no suficiente para hacer posible que se diesen acciones hostiles en contra de los rebeldes, evitando así un baño de sangre.<sup>34</sup>

La evacuación misma fue conducida con considerable habilidad y estuvo dirigida a eliminar todos los problemas posibles que podían impedir el progreso del ejército realista. El 30 de junio La Serna transfirió 900 soldados enfermos a la fortaleza del Real Felipe en el Callao donde, bajo el comando del subinspector general La Mar, esperaba que recobrarían su salud y defenderían el fuerte. De estos hombres, sin embargo, murieron 520 a consecuencia de la plaga entre el 2 de julio y el 21 de setiembre. Mientras tanto, La Serna ordenó al resto del ejército que llevara consigo todo lo que podía ser de utilidad para el enemigo. El tesoro fue vaciado, la artillería evacuada, y las armas fueron depositadas en los castillos en Callao o destruidas. Debido a la falta de mulas para transportar todo, La Serna se vio obligado a depositar los papeles de la secretaría virreinal en el Callao.<sup>35</sup> Tales exigencias ayudan a explicar la relativa escasez de documentos pertenecientes a la administración de La Serna. Toda la plata que estaba a la mano en la Casa de Moneda fue trasladada, y las máquinas fueron destruidas de modo que los rebeldes no pudiesen utilizarlas. La Serna también trató de evacuar no sólo la plata de la catedral sino incluso llevarse al arzobispo, pero no pudo hacer ninguna de estas cosas. En la víspera de la evacuación, La Serna insistió en que el arzobispo lo acompañase al interior, pero el 4 de julio

34. La Serna a Montemira, Lima, 5 de julio de 1821, AGI, Indiferente 1571; la Audiencia a La Serna, Lima, 5 de julio de 1821, AGI, Lima 800 e Indiferente 1571; "El virrey a los habitantes del Perú", Lurín, 8 de julio de 1821, AGI, Indiferente 313.

35. La Serna al secretario de Hacienda, Cuzco, 19 de octubre de 1822, AGI, Lima 762; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6:169.

Las Heras declinó hacerlo, diciendo que no podía abandonar a su rebaño en un momento tan difícil.<sup>36</sup>

Las únicas críticas que aparecieron después en contra de la decisión de La Serna y sus oficiales de abandonar Lima a su suerte vinieron de fuentes muy parcializadas. Cuando los comisionados de paz regresaron a España en 1822 presentaron un informe declarando que ellos ignoraban "los motivos que tuvo el virrey La Serna para evacuar a Lima" pero podían dar cuenta de ello. Declararon que esta permitió al ejército rebelde de San Martín, que al momento de su ingreso en Lima estaba falto de personal y muy mal provisionado, descansar a expensas de la capital. En cualquier caso los comisionados expresaron su convicción de que La Serna debía haber defendido la capital. El comandante de las fuerzas navales en Callao —Antonio Vacaro, un decidido partidario de Pezuela— también escribió un informe luego de su regreso a España que era muy crítico de la decisión de La Serna. Dijo que el objetivo de los generales todo ese tiempo había sido controlar la sierra y abandonar Lima y que Pezuela, al oponérseles, había sido destituido. Pero insistió en que al abandonar Lima los realistas habían dado algo a San Martín a cambio de nada. Una declaración aún más favorable a Pezuela llegó en forma de un panfleto anónimo publicado en Río de Janeiro en 1821. Este insistió en que La Serna era el instrumento de una camarilla de oficiales ambiciosos que planearon la "rebelión de Aznapuquio" para favorecer sus intereses personales.<sup>37</sup> El autor era casi con certeza un miembro del partido de Pezuela, que desembarcó en Río de Janeiro a fines de 1821.

Lo cierto es que la decisión de La Serna fue totalmente correcta. Al abandonar Lima fue capaz de librar a su ejército de los complicados problemas de aprovisionamiento, moral y defensa que caracterizaban la ocupación de una gran ciudad vulnerable a los ataques por mar y tierra e imposible de abastecer. Ahora las fuerzas rebeldes de San Martín su-

36. *Ibid.*, 6: 167-168.

37. Pedro Fernando Farina y Manuel Abreu al secretario de Ultramar, Madrid, 12 de abril de 1822, AGI, Lima 800; informe de Antonio Vacaro, presentado en una carta de Jacinto de Romarate al secretario de Ultramar, Aranjuez, 30 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571; "Análisis de las circunstancias del general La Serna. Virrey intruso del Perú", por "El Observador", Río de Janeiro, 1821, AGI, Indiferente 1569, también publicado en Denegri Luna, ed., *Memoorias, Diarios y Crónicas CDIP*, tomo 26, 3: 539-546.

frirían las dificultades de ocupar una ciudad en estas condiciones. Pocos meses después La Serna afirmó en una carta a España: “Lo que es lo cierto es que la evacuación de Lima es la que ha paralizado los progresos del enemigo, y la que ha salvado el Perú de la disolución que le amenazaba si yo hubiere subsistido en Lima”.<sup>38</sup>

El 6 de julio el marqués de Montemira escribió a San Martín que ahora era posible realizar los acuerdos necesarios para garantizar el bienestar de la población de Lima. Pidió específicamente a San Martín que controlara a “los indios y partida de tropas que circundan la ciudad y que en estos momentos de sorpresa podría causar muchos desórdenes si V.E. no ocurre oportunamente a precaverlos”. Al día siguiente San Martín contestó al cabildo, dando la bienvenida a los ciudadanos de Lima entre los “pueblos libres de América” y prometiendo que no tomaría represalias. “Yo estoy dispuesto a correr un velo sobre todo lo pasado, y desentenderme de las opiniones políticas que antes de ahora hubiese manifestado cada uno”. Prometió que sus tropas protegerían la ciudad.<sup>39</sup> Con estas cartas el comandante rebelde y el marqués de Montemira dieron inicio a las discusiones para la toma de la capital. Finalmente el momento de decisión había llegado para la gente de Lima.

Y sin embargo cuando la independencia fue declarada por medio de un cabildo abierto el 15 de julio de 1821, no constituyó, de hecho, una clara decisión por parte de los ciudadanos. Simplemente, Lima no tenía otra opción que declarar la independencia. La Declaración misma consistió en tan sólo una breve frase. El cabildo abierto declaró: “Todos los señores concurrentes por sí y satisfechos de la opinión de los habitantes de la Capital dijeron: Que la voluntad general está decidida por la independencia del Perú y de la dominación española y de cualquiera otra extranjera”. [...] <sup>40</sup> Después de que el acta fuera firmada en el cabildo

38. La Serna al secretario de Guerra, Cuzco, 22 de febrero de 1822, AGI, Indiferente 313.

39. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 6 y 7 de julio de 1821.

40. *Ibid.*, 15 de julio de 1821. Las copias de la declaración y de las reuniones del cabildo inmediatamente antes y después han sido impresas en forma editada en Gamio Palacio, *La municipalidad* (1971). El Concejo Provincial de Lima publicó en 1971 un facsímil de la declaración y las firmas bajo el título *Acta de la declaración de la independencia nacional*.

abierto, fue puesta en exhibición para que la población pudiese ratificarla. El plazo para la recolección de firmas fue incluso extendido, y al final firmaron 3,504 personas.<sup>41</sup> Esta evidencia documental normalmente se toma como prueba de un consenso general a favor de la independencia entre las clases altas y medias letradas de Lima.

La verdad era muy distinta. En otra parte he argumentado al respecto, por lo que aquí será suficiente una breve revisión del mismo.<sup>42</sup> La Declaración no reflejó el deseo genuino de los habitantes de Lima porque para ellos era imposible rehusarse. Más aún, hay evidencia considerable de que la Declaración fue el trabajo de un grupo de ambiciosos letrados —abogados, sacerdotes y profesionales— que la impusieron a una capital desesperada y hambrienta cuyos ciudadanos estaban intimidados por la fuerza armada, amenazados por el caos social inminente, y coactados por la violencia y el miedo. La premisa fundamental de la campaña de San Martín para liberar al Perú fue que los mismos peruanos querían la independencia. En consecuencia, era necesario que Lima diera una manifestación pública extraordinaria de su deseo por el nuevo sistema.

Según Basil Hall, Lima estaba en un estado de indecisión e incertidumbre luego de que los realistas la evacuaran. Hall asistió a una reunión convocada por Montemira entre “los principales habitantes que no habían huido al Callao”. La reunión se caracterizó por su tono divagante y la ausencia de propósito.<sup>43</sup> Puesto que no había nada que hacer excepto invitar a San Martín a que ocupase la ciudad, los participantes decidieron hacerlo. Al día siguiente los mismos notables se reunieron con Montemira para escuchar la respuesta de San Martín. El líder rebelde les pidió que declarasen si era la voluntad general del pueblo que entrase. Sin otra alternativa, los caballeros dijeron que sí, y el 12 de julio San Martín entró a Lima sin mayor ceremonia. Pero dos afirmaciones todavía no eran suficientes para el hombre que había pro-

41. Se llegó a esta suma contando las firmas en la copia facsimilar. La *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente* publicó una edición especial el 10 de agosto de 1821, que contenía una lista incompleta de 3,136 firmas.

42. Véase Timothy E. Anna, “The Peruvian Declaration of Independence: Freedom by Coercion”.

43. Hall, *Extracts*, 1: 219-232.

metido “no dar un paso más allá de la marcha gradual de la opinión pública”, de modo que el 14 de julio San Martín pidió al cabildo de la ciudad que llamase a un cabildo abierto al día siguiente para discutir el estatus futuro del Perú. Fue esta reunión la que declaró la independencia.

Una simple narración de estos eventos, sin embargo, no logra capturar el espíritu que reinaba en Lima y la motivación de muchos de los firmantes de la Declaración. El espíritu era de confusión, miedo y terror, y para muchos de los firmantes la motivación era el deseo de escapar de la esperada furia de los conquistadores. Antonio Vacaro informó a España que debe interpretarse el éxito de San Martín a la luz de “el horror con que mira el Público la conducta de nuestros Gefes” cuando se hizo conocido el plan del virrey para abandonar Lima.<sup>44</sup> De manera aún más directa, Pedro Ángel de Tado, un dedicado sacerdote realista que vivió en el Perú durante treinta y dos años, describió estos eventos en una larga carta dirigida a un antiguo oidor. Tado insistió en que Lima estaba aterrorizada del ejército rebelde debido a los muchos meses de pillaje de las haciendas, la conscripción de esclavos, y la proliferación de banderos armados que había precedido la llegada del ejército a las afueras de Lima. Tado insistió en que los hacendados, esclavos y campesinos de Chíncha, Pisco, Ica, Chancay y Huaura habían huido del ejército rebelde y que el Perú rural rechazaba de manera unánime la independencia. Fue solamente cuando los rebeldes dirigieron su subversión en contra de la capital que mejoraron sus fortunas. A medida que se aproximaban a Lima comenzaron a atraer el apoyo de una ola de pequeños abogados sin crédito, clérigos sin nombramientos, frailes insensatos y “empleaditos que se juzgaban agraviados en no tener los primeros destinos en el Perú”. La versión de Tado es que la independencia era el resultado del deseo por recompensas y nombramientos entre este segmento de la población, que insistía en que no era representativo del Perú en general o de Lima en particular.<sup>45</sup>

44. Informe de Vacaro en carta a Jacinto de Romarate al ministro de Ultramar, Aranjuez, 30 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571.

45. Pedro Ángel de Tado al marqués de Castell-Bravo de Rivero, Madrid, 14 de noviembre de 1823, AGI, Lima 1024. Esta carta fue enviada a Castell-Bravo, un oidor de Lima emigrado; éste la entregó al fiscal del Consejo de Indias, quien sugirió que fuese publicada como propaganda. El Consejo leyó la carta en una

*Independencia: deseo por recompensas y nombramientos*

Se reconocerá rápidamente que Tado es una fuente muy parcializada. Sin embargo, su carta constituye una seria denuncia de la afirmación de los rebeldes que la independencia fue la “voluntad general” de Lima. Tado sostuvo que el cabildo abierto fue una escena de confusión en que no hubo una discusión seria sobre las opciones disponibles; que la gente firmó por temor a las represalias de San Martín, o que la muerte, el exilio y la confiscación amenazaban a los que se rehusaron a firmar; que ninguna de las “personas capaces de expresar su opinión” firmó la Declaración —en otras palabras, que los firmantes constituían una facción no representativa de la población; y que muchos de ellos lamentaron después haber firmado pero que estuvieron constreñidos por el temor de repudiar abiertamente la Declaración—. Todas estas alegaciones pueden ser comprobadas.

El cabildo abierto mismo fue una escena de considerable entusiasmo en que no era posible ninguna deliberación sosegada. El único discurso importante de la reunión fue dado por José de Arriz, un profesor de leyes y uno de los fundadores del *Mercurio Peruano* que después fue nombrado a la Corte Suprema de Justicia que sucedió a la audiencia. Arriz instó a los presentes a no considerar siquiera la cuestión de la independencia en sus méritos. “No debemos ahora”, dijo, “ocuparnos en la justicia, necesidad, conveniencia y legitimidad de esta resolución [...] Lo que insta el momento es determinar y decidir valerosamente”.<sup>46</sup> Desde los balcones del cabildo y desde las calles se escucharon gritos de entusiasmo. Arriz y Manuel Pérez de Tudela escribieron la frase de la Declaración de Independencia, mientras que en las calles los simpatizantes realistas eran instados a seguir a La Serna en su retirada.

Para los siguientes días hay evidencias substanciales de que se produjo una coerción directa para la firma de la Declaración. Incluso antes

sesión el 17 de enero de 1826, pero no hay indicios de que fuese publicada. Tado tuvo una larga carrera como cura de parroquia de indios en el Perú. Luego que regresó a España solicitó un beneficio en alguna iglesia en España. Su relación de méritos y cartas de recomendación a su favor del arzobispo Las Heras y Castell Bravo están en AGI, Lima 1563. En febrero de 1826 la Cámara de Indias acordó encontrarle un puesto; Cámara de Indias, Consulta, Madrid, 27 de febrero de 1826, AGI, Lima 604.

46. Gamio Palacio, *La municipalidad*, p. 42.

de que el ministro de San Martín, Bernardo Monteagudo, lanzara su campaña de persecución contra los españoles, hubo, según las cartas de realistas que huían de Lima, muchos tipos de presión impuestos sobre los europeos. La situación general de la ciudad —rodeada de guerrillas conformadas por esclavos huidos de las haciendas o de bandoleros indios hambrientos, necesitados de otras provisiones y abandonados por el ejército realista— era presión suficiente para la mayoría. ¿Qué otra opción tenía Lima? Aún así, se ejercieron amenazas directas y la coerción. Manuel Pardo, antiguo regente del Cuzco, relató que algunos europeos e incluso criollos que se rehusaron a jurar la independencia se escondieron para protegerse de la emoción del día. “En esta crítica situación la existencia de todo europeo, la de sus familias y bienes estaba pendiente del capricho del populacho y del despotismo feroz de un Gefe Sanguinario”. Se hizo una presión especial sobre el clero para que diese su apoyo al nuevo orden. El sacerdote Manuel Méndez huyó a España e informó que la persecución de los españoles tenía como objetivo simplemente obligarlos a jurar el apoyo a la independencia. Nicolás Tadeo Gómez, sacristán mayor de la catedral de Lima, informó que fue confinado en Chancay por rechazar la independencia y que todos sus bienes fueron confiscados. Pedro Gutiérrez Cos, obispo de Huamanga, que había huido a Lima desde su diócesis cuando los rebeldes desembarcaron en Pisco, informó que luego que se declaró la independencia San Martín trató de obligarlo a que jurase su apoyo y a que enviara una carta pastoral a su diócesis urgiendo a su pueblo a que hiciera lo mismo. Cuando se negó, fue expulsado del Perú.<sup>47</sup> El caso mejor documentado de presión de un individuo para que firmase la Declaración de Independencia fue el de José Antonio Prada, un acaudalado hacendado criollo cuya hacienda, que valoró en 700,000 pesos, fue confiscada por el ejército patriota. Muchas fuentes —incluyendo el ex virrey Pezuela, el ex contador mayor, varios oidores y otros— testificaron que Prada fue sujeto a una considerable persecución cuando se negó a firmar. El conde

47. Manuel Pardo al ministro de Gracia y Justicia, Río de Janeiro, 12 de febrero de 1822, AGI, Lima 1619; Manuel Méndez al rey, Madrid, 16 de setiembre de 1823, AGI, Lima 1024; Consejo de Indias, Consulta, Madrid, 26 de enero de 1824, AGI, Lima 604; el obispo de Huamanga al ministro de Gracia y Justicia, ciudad de México, 8 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571.

de Montemar dijo que Prada rehusó firmar “a pesar del riesgo de ser sacrificado”. Manuel Pardo dijo que sabía “los riesgos que han corrido los hombres de honor naturales del país, que pensaban como Prada”, por lo que “D. José y los muy pocos más de su clase han sido el objeto de la persecución de este caudillo [San Martín]”. El ex oidor Manuel Genaro Villota declaró que Prada se escondió y corría un gran peligro. Y Manuel de Arredondo señaló que Prada “fue uno de los pocos y primeros americanos [que se atrevió a pedir su pasaporte manifestando en esto tan decididamente su opinión] y exponiéndose a las persecuciones de aquel gobierno”.<sup>48</sup> Hubo muchos otros informes de afrentas e insultos, así como de amenazas directas, que se dirigían contra los miembros de la elite. Tampoco las mujeres estuvieron exentas. Por ejemplo, aunque los realistas habían permitido a la marquesa de Torre Tagle que abandonase Lima para unirse a su esposo luego que este se rebeló en Trujillo, las mujeres de varios prominentes oficiales realistas no fueron tratadas de manera tan gentil luego de que los rebeldes tomaron el poder. La esposa del general Juan Ramírez, que reemplazó a La Serna como comandante del Alto Perú desde 1819 a 1820, fue insultada por un oficial patriota en un baile, y muchas casas de la nobleza fueron obligadas a alojar a oficiales rebeldes.<sup>49</sup> Basil Hall resumió el dilema que enfrentaban los miembros de la elite limeña en este momento crítico:

Los españoles, que formaban la clase adinerada, estaban tristemente perplejos: si declinaban unirse a las opiniones de San Martín, su propiedad y sus personas estaban sujetas a confiscación; si accedían a sus condiciones, se comprometían a su propio gobierno el cual, era posible, podía volverse contra ellos con similar venganza. Los nativos, por otro lado, [...] estaban aún más alarmados por las consecuencias de sus actos presentes. Muchos dudaban de la sinceridad de San Martín; muchos de su poder para cumplir con sus compromisos.<sup>50</sup>

48. Expediente relativo a José Antonio Prada, Madrid, 1824, AGI, Lima 1024. Este no es el ex regente de Lima, Manuel de Arredondo y Pelegrín, quien murió en 1821, sino su sobrino y heredero el brigadier Manuel de Arredondo y Míoño.

49. Diario sin firma, Río de Janeiro, 26 de diciembre de 1821, AGI, Lima 1023.

50. Hall, *Extracts*, 1: 254-255.

Para casi toda la elite, por lo tanto, la única alternativa fue firmar la Declaración de Independencia o huir. En los días inmediatamente previos e inmediatamente posteriores a la Declaración, muchos peninsulares y criollos leales huyeron, abandonando a sus esposas y familias, hogares y negocios. Un año después el gobierno independiente llevó a cabo una investigación entre todos los escribanos de la ciudad para ver qué peninsulares habían huido de Lima y de qué manera habían dispuesto de sus propiedades. Cada escribano informó sobre muchas escrituras de venta, transferencias de propiedad, y poderes otorgados en junio y julio de 1821 por europeos que huían. Además, dos semanas después de la Declaración de Independencia cuarenta y tres de los sesenta y cuatro miembros del Consulado huyeron. Sólo diecisiete miembros del Consulado firmaron la Declaración. En realidad, fueron tantos los comerciantes que cerraron sus negocios que San Martín ordenó que todos los negocios de propiedad de españoles reabriesen o serían confiscados.<sup>51</sup> Aunque es imposible llegar a un estimado preciso del número de personas de la elite que huyeron, parece claro que incluyeron al menos a la mitad de los nobles, dos tercios de los miembros del Consulado, un quinto del cabildo eclesiástico, y la mitad de la audiencia. Tampoco fueron estos invariablemente peninsulares; había algunos criollos.

Los europeos que no huyeron pronto estuvieron sujetos a una abierta persecución por los ministros del gobierno de San Martín, en particular Monteagudo. Los españoles estaban sujetos a un toque de queda que se iniciaba a las seis de la tarde, obligados a hacer grandes contribuciones punitivas al gobierno, acusados por una campaña pública de vilipendio en la que el mismo San Martín participó, exiliados en grandes números y finalmente destruidos. A inicios de 1822 todos los españoles solteros que no habían adquirido cartas de ciudadanía peruana recibieron la orden de abandonar el país, renunciando a la mitad de sus bienes a favor del estado. En setiembre de 1821, cuando las fuerzas

51. "Relación elevada al Sr. Presidente del Departamento por los escribanos de Lima" ANP, Superior Gobierno, L. 38, C. 1365; conde de Villar de Fuente a San Martín, Lima, 2 de agosto de 1821, ANP, AHH, PL 1-10: los nombres de los miembros del Consulado han sido tomados de una carta del Consulado a Pezuela, Lima, 27 de julio de 1818, AGI, Lima 155; Decreto de San Martín, Cuartel General de la Legua, 19 de julio de 1821, AGI, Lima 800.

del general Canterac se alinearon en las afueras de Lima, más de 2,000 civiles españoles fueron confinados a la fuerza en el convento de La Merced. Durante el año siguiente, cada nave que dejaba las costas del Perú llevaba emigrantes españoles. Trescientos españoles fueron repatriados a bordo del *Laura*, *Mercurio*, *Pacífico*, y *Sara*. Cuando otros cuatrocientos fueron enviados a Chile a bordo del *Monteagudo*, varios cientos más esperaban en Lima para ser expulsados. Un oficial refugiado recién llegado a Cádiz informó que entre el 8 y el 29 de noviembre de 1821, las naves inglesas *Galen*, *Saint Patrick*, y *Lord Lyndock*, la nave española *Cleopatra*, y el barco de bandera francesa *Estafeta* zarparon del Callao llevando familias españolas, mientras que el buque americano *Carabana* recibía a más pasajeros listos para partir. El cónsul en Río informó que los refugiados pagaban hasta 500 pesos por sus pasaportes expedidos por San Martín y 2,500 pesos por pasaportes expedidos por Lord Cochrane.<sup>52</sup> Paz Soldán dijo que cuando los rebeldes desembarcaron en Pisco había más de 10,000 españoles en Lima, pero que en julio de 1822 quedaban no más de 600. Gaspar Rico, que acompañó al ejército de La Serna en los Andes, estimó en 1824 que 12,000 españoles habían sido muertos o exiliados en Perú en los últimos tres años. Basil Hall señaló que hacia julio de 1822 "la ruina de los viejos españoles era completa".<sup>53</sup>

Podría citarse innumerables ejemplos de la trágica suerte de los viejos españoles, ya que la mayoría de los que huyeron a España contaron luego sus historias cuando solicitaron a la corona nuevas posiciones

52. *Suplemento a la Gaceta del Gobierno*, 22 de mayo de 1822; *Gaceta del Gobierno*, 2 y 26 de enero de 1822, Martín de Aramburu al ministro de Ultramar, Río de Janeiro, 2 de setiembre de 1822, AGI, Lima 798; Cristóbal Domingo y otros al juez de Arribadas, Cádiz, 19 de marzo de 1822, AGI, Lima 1619; "Relación de los sujetos que han salido de la ciudad de Lima [...] a bordo de la *Especulación*", Cádiz, 15 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571; Cartas del juez de Arribadas de Cádiz al Ministerio de Ultramar, Cádiz, 15 y 19 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 2294 e Indiferente 1571; Diario sin firmar, Río de Janeiro, 26 de diciembre de 1821, AGI, Lima 1023.

53. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, Primera parte, 1: 314; la cifra proporcionada por Rico figura en una carta de La Serna al ministro de Hacienda, Cuzco, 2 de abril de 1824, AGI, Lima 762; Hall, *Extracts*, 2: 87. Las cifras de Paz Soldán y de Rico sobre el número de españoles eran estimados.



en la península o la pensión especial de 12,000 reales al año que fue concedida a cada oficial que emigraba desde América. Algunos pocos casos, sin embargo, ilustrarán el grado de sus pérdidas personales. Por ejemplo, el conde de Vallehermoso, un oidor, recibió la orden de expulsión del Perú por rehusar aceptar la independencia. Como la mayoría, sin embargo, tuvo muchas dificultades en encontrar pasaje. Abordó sucesivamente cinco naves —de banderas británica, norteamericana y francesa— pero se le negó pasaje en cada una por la intervención de San Martín. Entonces fue procesado por conspiración y perdió las extensas propiedades de su esposa mediante confiscaciones o renunciando a ellas. Una vez que llegó a Río de Janeiro permaneció allí —como lo hicieron muchos otros emigrados— esperando a ver si los sucesos en Perú le permitían regresar. Finalmente, convencido de que el Perú estaba perdido, continuó su viaje a España. Su esposa e hijos permanecieron en Cuzco. Otros realistas huyeron al Callao, pero cuando este cayó en manos de San Martín en setiembre de 1821, tuvieron que salir del Perú. Francisco de Puga, un funcionario de correos en Lima, tuvo una experiencia de este tipo. Luego de que los castillos en Callao capitularon al gobierno republicano, regresó a su hogar en Lima, donde fue arrestado cuatro meses después. Fue finalmente liberado luego de tres meses de encarcelamiento y recibió la orden de abandonar el Perú en quince días. El conde de Montemar le prestó el dinero para su viaje, pero dejó a su familia en el Perú. Antonio Caspe y Rodríguez, un oidor, fue otro realista que huyó a los castillos en el Callao. Cuando capitularon se convirtió en un refugiado indigente. Huyó del Perú dejando a su mujer y nueve hijos. En Río de Janeiro se vio obligado a prestarse dinero de un español para poder sobrevivir.<sup>54</sup>

Otro tipo de historia le ocurrió al conde de Montemar y de Monteblanco. Al principio, no preparado para abandonar el Perú —como lo estaban muchos otros miembros de la elite— juró un voto de lealtad al nuevo régimen, aunque la expedición de San Martín había sido responsable por la destrucción de sus haciendas en el norte de Lima en 1820. El

54. El conde de Vallehermoso al rey, Madrid, 25 de agosto de 1825, y Hacienda al contador general, Madrid, 12 de octubre de 1825, ambos en AGI, Lima 1472; Francisco de Puga al rey, Madrid, octubre de 1823, AGI, Lima 1470; Antonio Caspe y Rodríguez al rey, Madrid, 28 de abril de 1822, AGI, Lima 1470.

18 de agosto de 1821 la *Gaceta* publicó una carta en donde abjuraba de su lealtad a España y abrazaba completamente la causa de la independencia. El gobierno independiente, “en vista de la espontánea y franca retractación que hace el suplicante de sus antiguas opiniones”, le devolvió sus bienes confiscados. En 1822 incluso patrocinó una serie de corridas de toros para reunir dinero para el gobierno patriota. Más tarde ese año, sin embargo, aprovechó de sus privilegios y, a pesar de su juramento de lealtad a la independencia, huyó a España.<sup>55</sup> Otros nobles que tomaron parte activa en el gobierno independiente intentarían emular su ejemplo.

Aunque muchas personas prominentes firmaron la Declaración de Independencia y posteriormente huyeron del país, hubo unos pocos que no firmaron ni huyeron. Estas eran personas que eran tan notables que los rebeldes prefirieron su silencio a sus firmas. Por ejemplo, de todos los miembros de la audiencia, sólo uno, el peninsular Manuel María del Valle, firmó la Declaración. Pero seis otros —los peninsulares Tomás Ignacio Palomeque, Gaspar Osma, y José de la Iglesia y los criollos José Santiago Aldunate, José de Irigoyen, y Francisco Moreno— pidieron a San Martín que les permitiese permanecer en Lima luego de la independencia pero no firmaron la Declaración.<sup>56</sup> Optaron por permanecer en Lima no porque aceptasen positivamente la idea de la independencia, sino porque sus ingresos y propiedades estaban en el Perú. De los jefes de departamentos y directores de la burocracia, sólo un puñado firmó. Los de más alto rango fueron Antonio Chacón, contador mayor del Tribunal de Cuentas, y Félix de la Roza, antiguo administrador de los correos, cuya conducta en el cargo había estado bajo investigación durante mucho tiempo. Se supo que Pedro Trujillo, director de la renta de tabacos, había ofrecido sus servicios, pero San Martín lo expulsó.<sup>57</sup>

Por supuesto que hubo muchas personas importantes que firmaron voluntariamente la Declaración de Independencia, y estas personas a menudo son citadas como prueba que la independencia fue popular. En

55. *Gaceta del Gobierno de Lima Independiente*, 18 de agosto de 1821; Orden de Torre Tagle, Lima, 16 de febrero de 1822, ANP, AHH, OL 29-21; conde de Montemar al rey, Madrid, 27 de setiembre de 1823, AGI, Lima 1023.

56. Expediente relativo a Francisco Tomás Anzotegui, regente de Lima, 1821, AGI, 795.

57. Diario sin firma, Río de Janeiro, 26 de diciembre de 1821, AGI, Lima 1023.

algunos casos, sin embargo, la gente firmó simplemente porque eran criollos que no podían enfrentar la idea de ser expatriados o peninsulares cuyas familias, propiedades y fuentes de ingresos estaban en el Perú. Por ejemplo, había cuarenta y nueve tenedores de títulos de Castilla en Lima en 1821.<sup>58</sup> De este número, ocho eran mujeres, que no podían firmar la Declaración. Pero cuarenta y uno eran hombres (la mayoría de los cuales estaba definitivamente en Lima en ese momento), y de ese número sólo diecinueve firmaron (véase el cuadro 10). Un examen detenido, sin embargo, muestra que la mayoría de esos diecinueve eran jóvenes que habían heredado sus títulos muy recientemente, tales como Vega del Ren, Vistaflorida, San Juan de Lurigancho, o San Juan Nepomuceno, o tenedores de títulos muy “nuevos” concedidos desde inicios de siglo, tales como Casa Boza, Casa Saavedra, Casa Dávila, y Torre Antigua del Orué. Estos hombres habían nacido y fueron criados en Lima y tenían títulos que fueron concedidos específicamente para recompensar a familias criollas. Se identificaban con el Perú y hubieran sido extraños en la misma Castilla de donde provenían sus títulos. Hall señaló, en cualquier caso, al referirse a los nobles como Torre Tagle, que la independencia ofrecía “a personas en su situación un gran incremento de fortuna y consecuencia”.<sup>59</sup> Cuando los viejos nobles, dueños de títulos más antiguos, u hombres que tenían una fuente de ingresos o una familia en Europa firmaron, como el conde de Montemar, tendieron a huir del país poco después porque tenían la opción de huir.

Es verdad, también, que el alto clero de Lima firmó la Declaración de la Independencia. El arzobispo Las Heras, el deán Francisco Javier de Echagüe, y la mayoría del capítulo de la catedral firmaron. La explicación, una vez más, es el grado de su identificación con el Perú. El arzobispo, aunque peninsular, había vivido la mayor parte de su vida en América. Tenía ochenta años de edad y se había negado decididamente a abandonar su rebaño cuando el virrey le invocó hacerlo. Sabía cuán profundamente Lima lo estimaba, y a su vez, él amaba Lima. En la última década antes de la independencia el cabildo y el capítulo de la cate-

58. Esta cifra se ha tomado de la lista de propietarios de bienes raíces en 1820, ANP, Superior Gobierno, L. 37, C. 1335.

59. Hall, *Extracts*, 1: 114.

*el grado de identificación con el Perú*

dral habían propuesto que fuese nombrado cardenal en honor a “el triunfo de la fidelidad de Lima”.<sup>60</sup> El motivo para la permanencia del capítulo de la catedral es más claro porque, contrariamente al mito prevaleciente —exacerbado por la creencia muy literal en la propaganda criolla expuesta en materiales tales como las “28 causas” de Riva Agüero— la mayoría del capítulo de Lima era americana. Veinte de los veintiséis miembros, desde Echagüe hacia abajo, eran americanos; dieciséis de ellos eran peruanos; y diez de estos eran limeños.<sup>61</sup> Los capítulos catedralicios de Trujillo y Arequipa también eran predominantemente criollos.<sup>62</sup>

Otros dos grupos auténticamente de la elite que firmaron la Declaración de Independencia fueron los médicos y los más importantes comerciantes de importación y exportación. El motivo para los médicos es claro. Eran exclusivamente criollos, algunos incluso no eran blancos, y habían abogado por la reforma política durante muchos años.<sup>63</sup> Más extraños fueron los grandes comerciantes que firmaron —incluyendo a José Arizmendi, Pedro Abadía, Manuel y Fernando Exhelme, el conde de San Isidro, y el conde de Villar de Fuente. Sus motivos, sin embargo,

60. Consejo de Indias, Consulta, Madrid, 16 de junio de 1817, AGI, Lima 1018-B. El rey convino en enviar un pedido formal a la Santa Sede para que Lima fuera elevada al cardenalato, aunque nadie esperaba que ocurriera, ya que hasta ese momento no existían cardenales americanos. Otros documentos sobre este asunto están en AGI, Lima 1568. Cuando se le pidió su opinión, el ex virrey Abascal respaldó a Las Heras en los mejores términos.

61. “Estado de la Iglesia metropolitana de Lima”, 1820, AGI, Lima 1566. Sólo había un europeo, cuatro cuyos lugares de nacimiento no fueron proporcionados, y uno de los nombrados que aún no había llegado.

62. En 1820, Trujillo tenía un obispo español y un capítulo de cuatro criollos y tres europeos; Arequipa tenía un obispo criollo y un capítulo de cuatro criollos y tres europeos. Esto no se ha subrayado en varios estudios sobre el clero en la independencia, incluyendo Rubén Vargas Ugarte, *El episcopado en los tiempos de la emancipación*, o Sparks, “The Role of the Clergy during the Struggle for Independence in Peru”. Véase Antonine Tibesar, “The Peruvian Church at the Time of Independence in the Light of Vatican II”; e ídem. “The Lima Pastors, 1750-1820: Their Origins and Studies Taken from their Autobiographies”.

63. Jorge Arias-Schreiber Pezet, *Los médicos en la independencia del Perú*, p. 108.

**CUADRO 10**  
**TÍTULOS DE CASTILLA EN LIMA EN 1821**

TÍTULO	COMENTARIO
FIRMANTES DE LA DECLARACIÓN	
Marqués de Casa Boza	Título heredado en 1820-1821.
Marqués de Casa Dávila	
Marqués de Casa Muñoz	Título creado en 1817.
Conde de Casa Saavedra	Título creado en 1820.
Marqués de Corpa	
Conde de Lagunas	
Marqués de Montealegre	
Conde de Montemar y de Monteblanco	Huyó después.
Conde de San Carlos	
Conde de San Isidro	Heredó título después de 1812, murió en el Callao.
Conde de San Juan de Lurigancho	Heredó título en 1817, murió en el Callao.
Marqués de San Juan Nepomuceno	Heredó título en 1821, huyó y sus propiedades fueron confiscadas.
Conde de Torre Antigua de Orué	Título creado en los años 1810.
Conde de Torreblanca	
Marqués de Torrehermosa	Heredó título en 1820-21.
Conde de la Vega del Ren	Heredó título a inicios de años 1800 cuando era un joven.
Marqués de Villafuerte	Heredó título en años 1810.
Conde de Villar de Fuente	Convertido después en realista, murió en el Callao.
Conde de Vista Florida	Heredó título en 1818.
NO FIRMANTES	
Conde de Cártago	
Marqués de Casa Calderón	
Conde de Castañeda	
Marqués de Castel Bravo del Rivero	Oidor, huyó.
Marqués de Castellón	Título napolitano, heredado después de 1807.

(sigue)

(viene)

Marqués de Feria	Permaneció en Lima.
Marqués de Fuentehermosa	
Marqués de Lara	Tal vez la más importante familia noble (Manrique de Lara), relacionada a Montemira, Montemar, Feria y San Carlos. Gobernador interino de Lima.
Marqués de Montemira	
Marqués de Monterrico	
Conde de Montesclaros	
Conde de Polentinos	
Marqués de la Real Confianza	
Conde de San Xavier	
Marqués de Salinas	
Conde de Sierrabella	
Marqués de Tabaloso	
Marqués de Torre Tagle	No vivía en Lima en 1821, intendente de Trujillo. Permaneció en Lima.
Conde de Torre Velarde	
Conde de las Torres	
Marqués de Villablanca	
Conde de Valleumbroso	Comandante realista.
TOTAL = 22	
Marquesa de Casa Concha	
Marquesa de Negreyros	
Condesa de Pozos Dulces	
Condesa de Premio Real	Madre del intendente de Arequipa, Juan Bautista Lavalle.
Marquesa de Rocafuerte	
Marquesa de San Felipe	
Marquesa de Santa María	
Marquesa de San Miguel	
TOTAL = 8	
FUENTE: "Lista de los individuos que poseen fincas en esta ciudad", 17 de mayo de 1820, ANP, Superior Gobierno, L. 37, C. 1335.	



también son claros, porque la mayoría de estos hombres estaban entre los comerciantes que habían defendido durante mucho tiempo el comercio exterior y habían sido ellos mismos líderes en éste. Los primeros cuatro, en cualquier caso, habían sido opositores del Consulado y su exclusivismo comercial. Todos los comerciantes ricos se vieron decepcionados después por la conmoción en el comercio y las incesantes demandas de contribuciones para el nuevo gobierno independiente. Casi todos ellos estaban quebrados en 1823 y huyeron para unirse a los realistas —como lo hicieron los dos nobles mencionados— o marcharon al exilio. Este último grupo incluyó a Arizmendi, el más rico comerciante de Lima, cuya compañía ganaba 120 millones de reales al año y cuyos bienes fueron valorados luego de que huyera del Perú en 2'172,000 pesos. Luego de un breve encarcelamiento por órdenes de San Martín, Arizmendi huyó a México, luego a las Filipinas, y finalmente a España. Su socio, Abadia, de quien Proctor dijo que era famoso incluso en Europa, se arruinó completamente y vivió el resto de su vida como un hombre pobre.<sup>64</sup>

Parece, entonces, que la alegación de Tado sobre que la Declaración de Independencia fue el esfuerzo de los letrados y buscadores de puestos es bastante correcta, al menos cuando se interpreta a la luz de lo que debe haber sido el muy tradicional y estrecho sentido que Tado tenía sobre quiénes eran “personas capaces de expresar su opinión”. El hecho simple es que la negativa a firmar la Declaración era para muchos hombres el equivalente de firmar su propia orden de arresto, confiscación y exilio. Como dijo Tado, “¿quién no la firmaría en aquellas circunstancias?” La vasta mayoría de los firmantes que he podido identificar eran hombres que no habían alcanzado la cima de sus profesiones, que sentían que sus posibilidades de progreso estaban bloqueadas por impedimentos reales o imaginarios, o que, simplemente, nunca aspiraron a llegar a la cima. Atribuyeron su fracaso a la inflexibilidad de las instituciones imperiales de España en vez de a sus propios errores, y cada uno esperó cautelosamente la oportunidad.

64. Expediente relativo a José Arizmendi, Madrid, 1825, AGI, Lima 604; Proctor, “El Perú entre 1823 y 1824”, en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 2: 309.

*cornucopia del estado. más que en realidad era una profecía de desechos y esperanza de mejor la crítica situación económica.*

VII / 1821

251

Desde el punto de vista histórico, por supuesto, no sorprende que los aspirantes a cargos fuesen los principales partidarios de la independencia. Uno esperaría eso naturalmente. El punto, sin embargo, es que estos aspirantes tendrían que ser satisfechos por el nuevo gobierno. No lo fueron, porque San Martín no era más capaz de convertir a Lima en una cornucopia para recompensar a sus seguidores de lo que fueron La Serna o Pezuela. Más aún, de los que firmaron la Declaración de Independencia, muchos retornaron al bando realista, o al menos no dieron indicación de un consiguiente apoyo positivo al gobierno rebelde. Sólo esto impugna la idea que todos los firmantes de la Declaración eran partidarios activos de la independencia. En seis meses el régimen de San Martín colapsó en medio de la apatía general e incluso la oposición, y la rebelión cayó en una parálisis ignominiosa. Sin duda, San Martín ganó Lima, pero su victoria resultó ser vacía.

El objetivo de San Martín al conseguir tantas firmas para la Declaración de Independencia fue comprometer a los indecisos con su causa. Organizó dos otras ocasiones ceremoniales para conseguir este objetivo. Solicitó y recibió juramentos de lealtad de cada dependencia del gobierno, corporación, escuela e institución en Lima. Hall señaló que las firmas en estos juramentos “comprometían profundamente a muchos hombres que hubieran estado muy gustosos de ocultar su aquiescencia a este respecto”. Además, el 28 de julio San Martín llevó a cabo una espléndida ceremonia pública para proclamar la independencia. En medio de gran pompa, hizo el histórico anuncio: “El Perú es desde este momento libre e independiente, por la voluntad general de los pueblos”. El siempre perceptivo Hall, que estuvo de pie cerca de San Martín ese día, declaró: “Fue un asunto de demostración y efecto, y muy repugnante para su gusto. A veces pensé que se detectaría en su rostro una momentánea expresión de impaciencia o disgusto de sí mismo por participar en semejante farsa”.<sup>65</sup>

Lima declaró la independencia en julio de 1821 porque era la única alternativa al vacío dejado por la evacuación del virrey y el único método disponible para librar a la capital de la amenaza de ataques o las depredaciones de las bandas de guerrillas que merodeaban. A lo más, Lima

65. Hall, *Extracts*, 1: 260-261; Gamio Palacio, *La municipalidad*, pp. 68-77.

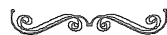
*Ceremonias públicas.*

*importante*

*San Martín ganó  
New York victory for independence.*

*La época de la independencia  
me cubrió al menos del  
poder.*

simplemente aceptó tomar parte de un desarrollo político ante el cual no tenía poder de resistir. Y San Martín pronto aprendería cuán poco valor tuvo esa aceptación. La causa realista, por supuesto, se había visto muy debilitada por el abandono de Lima, pero había conseguido escapar de la ruina total despojándose de su carga. Los ejércitos realistas permanecieron en el campo, bajo un liderazgo agresivo e inteligente, preparado si era posible para ocupar nuevamente la capital. Ambos bandos se instalaban ahora en lo que probaría ser un largo *impasse*, y el futuro del Perú permaneció sin decidirse.



## VIII

EL *IMPASSE*

(1821-1824)

NI EL VIRREY LA SERNA en la sierra ni el general San Martín en la costa esperaban el *impasse* político y militar en que entró el Perú desde fines de 1821 a fines de 1824. La Serna previó que retomaría Lima muy pronto, o al menos que sería capaz de reforzar el Callao (que al principio permaneció en manos realistas), impidiendo por lo tanto que los barcos descargasen provisiones en el puerto. También planeó obstruir el aprovisionamiento de Lima desde el interior y así forzar a los rebeldes hambrientos que salieran de la capital. El programa de San Martín, por otro lado, consistía en crear un gobierno que funcionase en Lima y luego expandir su cruzada por el interior, utilizando a Lima como su base de abastecimientos y principal apoyo. Ambos planes estaban bien fundamentados y eran suficientemente razonables, y sin embargo ninguno funcionó. El *impasse* se prolongó durante tres años y medio y constituye la prueba definitiva, si es necesaria alguna, de que los peruanos no habían optado por ser independientes.

San Martín y el gobierno independiente que creó controlaban la parte políticamente activa del Perú. Pero no pudo generar confianza en su propia persona o en toda la empresa de la independencia. La Serna, por otro lado, controlaba la políticamente inerte sierra del Perú. La confianza popular no era esencial para su supervivencia porque su "gobierno" consistía principalmente en un ejército que estableció sus cuarteles generales primero en Huancayo y después de diciembre de 1821, en Cuzco. Poseía un enclave, pero que estaba demasiado aislado, tanto política como físicamente, como para ejercer el dominio sobre el resto del Perú. Más aún, La Serna estaba aislado de la comunicación con España

por períodos tan largos como todo un año.<sup>1</sup> Por lo tanto, los peruanos continuaron estando impedidos por las circunstancias para tomar una decisión clara sobre la independencia.

Fue principalmente el fracaso de San Martín, quien ahora tenía el título de Protector del Perú, lo que permitió la supervivencia del enclave realista de La Serna en la sierra. Nunca se ha visto bien en la historiografía peruana utilizar la palabra “fracaso” en referencia a San Martín. El retiro voluntario del protector del Perú en setiembre de 1822 siempre ha sido considerado como un acto de heroísmo abnegado —la gloria final en la distinguida carrera de un hombre honesto.<sup>2</sup> De hecho, San Martín se retiró del Perú en 1822 porque había fracasado y lo sabía. Su fracaso está íntimamente ligado con la pregunta general sobre si el Perú quería ser independiente, porque si su cruzada hubiese sido apoyada por un verdadero consenso peruano, él hubiese tenido éxito. Ese hecho esencial ya no puede ignorarse. Habiendo basado su empresa en la premisa de que los peruanos querían la independencia y se apresurarían a apoyarlo, San Martín pagó el precio de no haber juzgado correctamente al pueblo que buscó liberar.

Tres factores explican el fracaso de San Martín. En primer lugar, cayó en una trampa —la misma trampa que La Serna acababa de evadir. Consideró que Lima era la llave para el Perú, y anticipó difundir la independencia desde la capital al interior. En realidad, ningún ejército basado en Lima podía construir los recursos económicos necesarios para llevar adelante su lucha. La responsabilidad adicional de crear y administrar un gobierno civil dividió la atención de los líderes rebeldes y en última instancia paralizó su capacidad de funcionar. En 1824, cuando Bolívar consiguió destruir el ejército realista, lo hizo desde la base de Trujillo y el campo norteño, no desde Lima, y concentró todos sus talentos en la lucha militar, delegando en otros el poder para que gobernaran por él. En segundo lugar, San Martín, sencillamente fracasó como líder. Destruído por la tuberculosis y adicto al opio, no podía ejercer el coman-

1. En marzo de 1822 La Serna informó a España sobre la llegada de las primeras noticias de la península en un año. La Serna al ministro de Ultramar, Cuzco, 12 de marzo de 1822, AGI, Lima 1023.

2. El más reverente estudio del retiro del protector y de todos los otros aspectos de su carrera es la obra de Ricardo Rojas, *San Martín: Knight of the Andes*.

*Fracaso de San Martín: 1. Cayó en una trampa 2. Fracaso como líder 3. La población no estaba convencida de la independencia*

do cotidiano o ejercer la brillante astucia que lo había llevado al Perú en primer lugar. Sus oficiales comenzaron a ponerse en su contra en los mismos momentos en que los ciudadanos de Lima lo hacían. En tercer lugar, y más importante, el Perú en general y Lima en particular —al menos la clase políticamente activa— no estaban convencidos de que la independencia era deseable. De muchas formas, el gobierno de San Martín fue torpe, inepto, y a menudo estuvo equivocado. No fue el turbulento caos del divisionismo político lo que destruyó a San Martín; en vez de ello, fue el fracaso de San Martín lo que creó la anarquía de 1823 y 1824.

Era de dominio público que San Martín estuvo muy mal de salud durante todo el período que estuvo en el Perú. En esencia, esto causó la pérdida de su liderazgo. Poco después de la Declaración de Independencia, ingresó en un exilio virtual en la casa de campo construida por el virrey Pezuela en Magdalena, a media legua de Lima, dejando el gobierno en manos de tres ministros, de los cuales Bernardo Montea-gudo —ministro de guerra y marina— era el más poderoso y pronto el más odiado. Varios informantes dijeron a España que San Martín estaba inactivo, que sufría terriblemente, y que incluso se esperaba que moriría. Pedro Gutiérrez Cos, obispo de Huamanga, informó que cuando huyó a Lima en noviembre de 1821 San Martín estaba “enfermo gravemente de sangre por la boca [...]. Se dudaba mucho de que recobrase la salud”. En noviembre de 1821, el mismo San Martín escribió a Bernardo O’Higgins, director supremo de Chile, que estaba convencido de la gravedad de su enfermedad y que si continuaba trabajando moriría. Luis Cruz, delegado chileno en Lima, informó después a O’Higgins que “El general San Martín estaba pasando por una de esas crisis que más de una vez han puesto en peligro su salud”.<sup>3</sup>

La gravedad de la enfermedad de San Martín ha sido descrita sólo recientemente. Según Adolfo J. Galatoire, quien rastreó su historia clínica, San Martín sufría de varios síntomas directos e indirectos de tuberculosis. Contraída cuando era un niño, la enfermedad se manifestó sólo

3. Informe de un grupo de oficiales de la *Especulación*, Cádiz, 19 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 2294; Cos al ministro de Gracia y Justicia, ciudad de México, 8 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 1571; San Martín a O’Higgins, citado en Adolfo J. Galatoire, *Cuáles fueron las enfermedades de San Martín*, p. 26; Cruz, citado en *ibíd.*, p. 77.

cuando era un adulto, y fue de lo más virulenta desde 1814 hasta inicios de la década de 1820, el período de su participación más activa en la independencia de América. Para el alivio de los dolores de su enfermedad, el médico de San Martín le prescribió el único analgésico de que disponía la medicina de inicios del siglo diecinueve: el opio. San Martín se hizo adicto al opio. Sus consejeros personales y amigos, incluyendo a Tomás Guido y el Supremo Director argentino Juan Martín de Pueyrredón, sabían de su adicción, simpatizaban con él y lo instaron a resistir el hábito. Como lo ha señalado Galatoire, el opio, además de formar un hábito, requería de mayores cantidades a medida que la tolerancia de San Martín a este crecía. En el caso de San Martín las grandes dosis causaban no solamente la normal euforia inicial, sino una euforia sostenida con cambios de conducta funcionales, combinados con depresión y constipación. Cuando el efecto de la droga pasaba, San Martín estaría exhausto y deprimido y sufriría de dolores gástricos y de extremas náuseas y vómitos, necesitando más dosis para mitigar estos efectos.<sup>4</sup> Puede o no que su juicio haya estado afectado. Sin embargo, tanto contemporáneos como historiadores han señalado ciertas decisiones cruciales que fueron objeto de especial crítica —incluyendo su negativa a atacar al ejército de Canterac en setiembre de 1821 cuando se situó cerca de Lima para liberar a la guarnición realista en el Callao; su continuo apoyo a su muy odiado y temido ministro, Bernardo Monteagudo; su abierto cortejo a la idea de establecer un príncipe europeo en el Perú como monarca; y su respaldo a la contraproducente campaña de persecución contra los españoles en Lima—. El apoyo popular a su gobierno se hundió, sus tropas desertaron, y sus ejércitos eran notoriamente inútiles. Es una señal de la habilidad de San Martín que lograra hacer tanto, antes que su cuerpo y espíritu se agotaran más allá de toda posibilidad.

Las tareas principales que enfrentaba el gobierno del novísimo estado independiente incluían organizar un ejército lo suficientemente grande para defender y extender lo que ya había sido ganado por defecto, creando un régimen civil que funcionase, y ganando los corazones y mentes de los peruanos. Estos objetivos dependían, sobre todo, de estabilizar la economía. El objetivo era no sólo continuar con la guerra, sino

4. *Ibíd.*, pp. 107-113, 139.

1. *Ver el libro de Galatoire*
2. *Satisfacer a la conmovida elite*
3. *controlar a las clases bajas*

probar que la independencia podía proveer de “buen gobierno” —que podía encontrar trabajos para los letrados, satisfacer a la muy conmovida elite, y controlar a las clases bajas. El gobierno patriota no pudo cumplir con estos objetivos porque la destrucción de la vieja elite —los españoles— paralizó la economía. Cada vacante creada así en la burocracia tenía a varios aspirantes esperando en fila para llenarla, pero los más leales seguidores de San Martín, la mayoría de los cuales eran foráneos, esperaba y obtenía la preferencia. En unas semanas era claro que las promesas de San Martín hechas a cada clase de la sociedad no podían cumplirse, y la desilusión con el nuevo régimen inundó Lima. Cuando Basil Hall habló de Lima como una ciudad caracterizada por un “creciente egoísmo”, se refería a esto.<sup>5</sup>

El régimen de San Martín se embarcó en una política económica que, aunque tal vez no fue un plan consciente, tuvo el efecto de la expropiación. La destrucción de los españoles fue una catástrofe económica que puso en desorden a la porción más económicamente activa de la población, borrando el valor acumulado de propiedades, negocios y haciendas. Esto a su vez debilitó gravemente la base de ingresos del gobierno. En la primera explosión de victoria el régimen independiente continuó con sus confiscaciones forzosas y legislación punitiva que en última instancia llegaron a parecer una política de abierta persecución.

Algunas haciendas —las que eran propiedad de los realistas— fueron directamente confiscadas. Un grupo de valiosas propiedades, con un valor de más de 500,000 pesos, fue confiscado y distribuido en diciembre de 1821 como recompensas para los líderes rebeldes. La distribución al azar fue llevada a cabo por el cabildo de Lima, aunque muchos de los oficiales renunciaron a sus regalos. El cabildo en última instancia se opuso a la política de dar tales recompensas a los oficiales, declarando en julio de 1822 que “nada es más opuesto a su progreso” de la libertad. Aparentemente las confiscaciones más grandes fueron las propiedades tomadas de José Antonio Prada y del intendente de Arequipa, Juan Bautista Lavalle.<sup>6</sup> Algunas propiedades no fueron con-

5. Hall, *Extracts*, 1: 282-283; Anna, “Economic Causes of San Martín’s Failure in Lima”, pp. 657-681.

6. “Razón de las fincas del Estado que se han distribuido entre los Jefes del Ejército Libertador”, ANP, AHH, OL 7-18; el Cabildo a Hipólito Unanue, 22 de

*promesas incumplidas*

fiscadas directamente —por ejemplo, las dos haciendas de la orden religiosa de la Buenamuerte, cuyo padre provincial recibió la orden de entregar todos sus productos al estado. Otras haciendas simplemente recibieron la orden de entregar parte de su tierra para uso del gobierno. En diciembre de 1821 la *Gaceta* publicó una lista de siete grandes haciendas a cuyos propietarios se les ordenó que tomaran a su cargo 8,500 cabezas de ganado de propiedad del estado para pastar.<sup>7</sup>

Muchas de las haciendas sufrieron una conmoción tan grande que dejaron de ser productivas. El problema más serio fue la pérdida de esclavos debido a las huidas o a la conscripción en el ejército, seguida de la confiscación de animales. En 1814 el gobierno realista había estimado que había 12,263 esclavos en las inmediaciones de Lima (partido del Cercado) y 30,000 (un quinto de la población total) en toda la provincia de Lima.<sup>8</sup> En 1821 los realistas habían reclutado a 1,500 de estos esclavos. San Martín continuó y expandió esta política, aunque Stevenson dice que el protector estaba profundamente desilusionado por la falta de entusiasmo para el servicio entre los esclavos. En enero de 1822 el ejército rebelde incluía tal vez a una mayoría de esclavos (un contemporáneo estimó unos 4,000 a 5,000).<sup>9</sup> Es verdad que el 28 de setiembre de 1821 San Martín decretó que los hijos de esclavos nacidos desde ese día en adelante serían libres, y en noviembre decretó el fin de la importación de nuevos esclavos en el Perú.<sup>10</sup> Pero estos decretos no afectaron a los esclavos ya existentes, que eran una fuente de mano de obra demasiado valiosa como para que se les emancipase de inmediato. En setiembre de 1821, cuando el ejército del general Canterac se aproximó a las inme-

julio de 1822, ANP, AHH, OL 45-46; Expediente relativo a José Antonio Prada, Madrid, 1824, AGI, Lima 1024; Expediente relativo a Juan Bautista Lavalle, Lima, 1821, ANP, AHH, PL 1-34.

7. Orden del delegado Supremo Torre Tagle, Lima, 23 de mayo de 1822, ANP, AHH, OL 29-56; *Gaceta del Gobierno*, 26 de diciembre de 1821.
8. Abascal al secretario de Ultramar, Lima, 31 de julio de 1814, AGI, Lima 747.
9. Stevenson, "Memorias sobre las campañas", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 3: 273; Informe anónimo a España, 30 de abril de 1821, AGI, Indiferente 1570; Informe de Ramón Lavalle, Río de Janeiro, 5 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 313.
10. *Gaceta del Gobierno*, 28 de noviembre de 1821.

diaciones de Lima por primera vez, la mayoría de los esclavos estaban armados. Luego que la crisis había pasado, San Martín decretó que como recompensa por sus servicios veinticinco de los muchos cientos de esclavos que habían tomado las armas fueran escogidos al azar y liberados, pero los que no habían regresado al servicio de sus dueños fueron excluidos de esta compensación extraordinaria. En cualquier caso, los esclavos que pertenecían a personas que habían huido y aquellos que habían sido reclutados como conscriptos en el ejército realista pero desertaron, recibieron la orden de incorporarse al servicio y de recibir su libertad luego de seis años. En abril de 1822 el gobierno llamó a un quinto de todos los esclavos de la capital y a un décimo de todos los que estaban en los alrededores, prometiendo devolver su valor a sus dueños en un plazo de dos años. Sólo un mes después Torre Tagle, aparentemente ignorando el decreto anterior, simplemente ordenó a todos los esclavos varones que se enrolasen.<sup>11</sup> La mayoría de los esclavos conscriptos por San Martín fueron destinados a conformar la milicia civil; más tarde se creó un Batallón de Cívicos Pardos.

El efecto de este uso de los esclavos era fácil de prever. En marzo de 1822 un grupo de hacendados en el valle de Cañete se quejó al gobierno porque la toma que los patriotas habían hecho de algunos de sus esclavos había ocasionado que el resto huyese, dejando la tierra sin trabajar. Luego que los esclavos se habían ido, el gobierno continuó confiscando animales y ganado de las haciendas. Los soldados patriotas malgastaban enormemente el ganado confiscado. Miller señaló lo siguiente: "No era raro, a inicios de la revolución, matar una docena de bueyes simplemente para comer sus lenguas". En pocos meses las haciendas, de las que Lima dependía para su abastecimiento de alimentos, estaban completamente destruidas. El 6 de abril de 1822 el viajero inglés Gilbert F. Mathison recorrió las afueras de Lima para visitar las haciendas en el valle del Rímac. Informó que en millas no se podía ver ni un hombre o animal: todo estaba vacío y abandonado. "Debí haberme imaginado enteramente en el desierto de Atacama, que divide Chile del Perú, antes que en el celebrado valle del Rimac". El hecho de que los esclavos y otras

11. *Ibid.*, 5 y 21 de setiembre, 21 de noviembre de 1821, 17 de abril y 15 de mayo de 1822; *Gaceta Ministerial de Chile*, 24 de noviembre de 1821, en AGI, Lima 800.

Miller.



personas que normalmente no estaban permitidas de hacerlo estuvieron armados también llevó al crimen y el robo generalizados, como lo admitió San Martín en un decreto del 7 de setiembre de 1821.<sup>12</sup>

Debido a esta conmoción en las haciendas, los precios de los alimentos en Lima se mantuvieron muy altos. El elemento central que salvó a la ciudad de una auténtica hambruna fue la caída del Callao, que estaba en manos de los realistas, a favor de los rebeldes en setiembre de 1821. Cuando el virrey La Serna partió de Lima en julio de 1821, dejó a un gran contingente de tropas —2,200 hombres, muchos de los cuales estaban enfermos de la epidemia que entonces azotaba al ejército— para que mantuviesen el control de los fuertes reales en Callao. Uno de los más famosos episodios militares de toda la guerra ocurrió en setiembre de 1821, cuando el general realista José Canterac llegó al Callao con casi 3,300 hombres de su ejército en un intento por reabastecer las raleadas despensas en los castillos y sacar a los soldados que se habían recuperado de sus enfermedades. Hallando imposible abastecer a los fuertes, Canterac partió el 16 de setiembre llevando consigo a 489 de los defensores del Callao. La negativa de San Martín de atacar a las fuerzas realistas en su retiro del Callao pocos días después, fue el golpe más fuerte a su prestigio como comandante militar.<sup>13</sup> Durante el siguiente mes los soldados realistas que permanecieron en los fuertes estuvieron sitiados y sufrieron horribles privaciones. Doce o quince soldados realistas murieron cada día, hasta la rendición final de los fuertes a San Martín el 19 de setiembre. La respuesta de La Serna fue reclamar que el fácil retiro de Canterac del Callao probaba una vez más que las únicas victorias de los rebeldes eran las que los realistas les daban. Sin embargo, los informes consulares de Río de Janeiro —que ahora se había convertido en el principal puesto de escucha de España acerca del Perú— dijeron

12. Francisco Carrillos, conde de Vistaflorida, y Francisco de Zea al presidente del Departamento Riva Agüero, Lima, marzo de 1822, ANP, AHH, PL 2-21; John Miller, *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru*, 2: 94; Gilbert F. Mathison, "Residencia en Lima entre abril y mayo de 1822", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 1: 284; *Gaceta del Gobierno*, 3 de octubre de 1821.

13. Worcester, *Sea Power*, p. 69; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 194; Stevenson, "Memorias sobre las campañas", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 3: 306.

que los emigrados realistas que vivían en Río sabían que si Canterac hubiese atacado a las fuerzas de San Martín en Lima hubiese ganado una rápida victoria.<sup>14</sup>

A pesar del costo en el prestigio de San Martín, la adquisición del Callao fue esencial para el bienestar de Lima. Permitió que se levantara el bloqueo de Cochrane y reabrió Lima al comercio de trigo de Chile y de la costa del Perú. El cabildo de Lima fijó el precio del trigo a diez onzas por un real y continuó publicando el precio en la *Gaceta*, aunque se quejaba de que los comerciantes de trigo no estaban reportando cifras precisas a fin de evadir los impuestos de ingreso. En fecha tan tardía como mayo de 1822 la necesidad de alimentos era tan grande que el gobierno ordenó que todos los barcos extranjeros y domésticos que llevasen trigo, harina, arroz o carne pagaran solamente los impuestos que se cobraban normalmente a los comerciantes de la costa. No fue, sin embargo, hasta octubre de 1822 que la *Gaceta* pudo ufanarse, en respuesta a la propaganda realista que decía que Lima padecía hambre, que las "provisiones abundan al presente en Lima". Pero ciertamente exageraba cuando dijo que "nunca se han visto más bienes de consumo en Lima, ni a precios más cómodos".<sup>15</sup> Los bienes de consumo que había procedían de los comerciantes británicos que ahora llegaban en grandes números para abrir negocios bajo la directa protección de la flota naval británica en el Pacífico. En octubre de 1822 al menos catorce casas comerciales británicas ya estaban establecidas en Lima.<sup>16</sup>

Las fuentes de ingreso del gobierno independiente estaban peligrosamente restringidas. Durante el período de San Martín, e incluso después, el gobierno publicó informes mensuales en la *Gaceta* sobre los

14. "Estado general [...] de tropas que defendieron la Plaza del Callao", y el acuerdo de rendición, Callao, 19 de setiembre de 1821, AGI, Indiferente 1571; Proclamación de La Serna, Huamanga, 28 de noviembre de 1821, AGI, Indiferente 313; Informe sin firma de Río de Janeiro, 10 de enero de 1822, AGI, Indiferente 1570.

15. *Gaceta de Gobierno*, 7 de noviembre, 5 de diciembre de 1821, 29 de mayo, 2 de octubre de 1822; administrador del Tesoro al ministro de Finanzas, Lima, 15 de octubre de 1821, ANP, AHH, OL 7-12a.

16. Junta de Gobierno al presidente del Congreso, Lima, 9 de octubre de 1822, listando a los comerciantes, ANP, AHH, OL 49-4.

ingresos y gastos del tesoro público. Las cifras muestran cuán débil era el nuevo estado. Las primeras cifras publicadas, correspondientes a setiembre de 1821, mostraron un ingreso total de solamente 130,659 pesos. Sólo unos 30,000 pesos de esta suma procedían de fuentes regulares de ingresos del estado —en este caso de restos de sumas en las aduanas en Lima y Cerro de Pasco y de la renta de tabacos. El resto procedía de donaciones privadas, confiscaciones, suscripciones, ventas y otras fuentes irregulares. Los gastos, sin embargo, iban para los rubros esenciales y regulares —principalmente mantenimiento militar, que consumía cuatro quintos de todos los fondos estatales. Un año después, en setiembre de 1822 (el último mes del protectorado de San Martín), los ingresos se habían incrementado a 203,949 pesos, pero al menos la mitad de estos todavía procedían de fuentes irregulares.<sup>17</sup> Esta brecha entre ingresos regulares e irregulares se hizo explícita cuando, luego de la renuncia de San Martín y la toma del poder por el Congreso, el ministro de finanzas, Hipólito Unanue, informó al Congreso en diciembre de 1822 que los ingresos reales de lo que él llamó fuentes ordinarias durante los últimos seis meses de 1822 fueron de 735,000 pesos, mientras que los gastos reales fueron de 1'526,000 pesos. De estos, más de 1'200,000 pesos, o casi el 80 por ciento del total, fue para gastos militares.<sup>18</sup>

El nuevo gobierno inmediatamente dirigió su atención hacia la resurrección de dos fuentes fundamentales de ingresos para el estado en el Perú: aduanas y minería. En ambos campos el éxito fue mínimo. Aunque el comercio de Lima, cerrado durante mucho tiempo por el bloqueo del Callao dirigido por Cochrane, fue reabierto luego de la rendición realista del puerto en setiembre de 1821, demostró que era imposible renovar un comercio exterior muy activo, porque aunque el Perú necesitaba comprar casi todo, tenía poco para vender. San Martín declaró inmediatamente el Callao abierto a todo tráfico y estableció nuevos impuestos de aduana que favorecían los bienes peruanos y bienes de otras repúblicas sudamericanas. En principio hubo un fuerte flujo de barcos que ingresaban al puerto. Desde el 28 de setiembre al 15 de octubre de 1821 ancla-

17. *Suplemento a la Gaceta del Gobierno*, 10 de octubre de 1821, 9 de octubre de 1822.

18. "Estado que manifiesta [...] las entradas actuales ordinarias de la Tesorería General de la República", 2 de enero de 1823, ANP, AHH, OL 30-36.

ron veinte naves, y el mes siguiente llegaron doce naves más; pero después el comercio se hizo escaso.<sup>19</sup> Más que nada, esto reflejaba la relativa ausencia de mercancías peruanas de exportación, porque cuando estas mismas naves dejaban el Callao usualmente llevaban solamente lastre y, por supuesto, la plata con que los limeños habían comprado las tan necesitadas provisiones. La irregularidad del comercio explica los muy irregulares ingresos procedentes de aduanas. En la mayoría de meses alcanzaron a un promedio de 40,000 pesos.

En el sector minero no había nada que el gobierno pudiera hacer. Casi todas las minas habían dejado de producir, y muchas de las que aún funcionaban estaban en el territorio controlado por La Serna. El abandono de las minas, la desaparición de los principales inversionistas (un español que huyó del Perú, por ejemplo, era propietario de 420 minas), la dispersión de los trabajadores, la pérdida de animales, la escasez de mercurio y la devastación de las provincias productoras más importantes como Pasco, dieron como resultado la imposibilidad de reabrir la más grande fuente de riqueza del Perú. Sin embargo, en octubre de 1821 San Martín, refiriéndose a las minas como "el patrimonio del Perú", creó un Directorio General de Minas en Lima para reemplazar al antiguo Tribunal de Minería. También hizo un llamado para la creación de bancos para que el estado comprase metales preciosos en Pasco y Huancavelica. En noviembre, Dionisio Vizcarra, primer director general de minas, publicó un plan para la reforma de la industria y para la creación de bancos de cambio.<sup>20</sup> Nada podía hacerse, sin embargo, porque el Perú carecía del capital de inversión masivo necesario para reconstruir la industria.

Durante el período de San Martín en el Perú, por lo tanto, el gobierno dependió de donaciones voluntarias y forzosas para cubrir la mitad de sus ingresos. Este era un recurso políticamente peligroso, porque el cabildo dijo a San Martín que la gente común creía que la independencia significaría la abolición de casi todos los impuestos, mientras que los capitalistas eran obviamente vulnerables a las exacciones frecuentes

19. *Suplemento a la Gaceta del Gobierno*, 31 de octubre de 1821; *Gaceta del Gobierno*, 20 de octubre, 10 de noviembre, 14 de noviembre, 1 de diciembre de 1821.

20. Decreto de San Martín, 23 de octubre de 1821, ANP, AHH, OL 1-9a; *Suplemento a la Gaceta del Gobierno*, 24 de noviembre de 1821.

que podría llevarlos a que se volvieran en contra del régimen. Las donaciones genuinamente voluntarias fueron por cantidades muy pequeñas e incluso estas fueron conseguidas a través de una considerable presión política y social. En enero de 1822, por ejemplo, el gobierno anunció que los nombres de las personas que intervenían en representación de los intereses de súbditos españoles, o que estaban ligados a través de lazos personales a tales enemigos del estado, serían publicados en la *Gaceta* “de modo que el público sepa quienes son los que prefieren los afectos personales a los altos intereses de la justicia y la política”.<sup>21</sup> En otras palabras, cualquier persona que no fuese activa a favor de la independencia sería considerada como un opositor de ella. Naturalmente, los nombres de las personas que contribuyeron también aparecieron en la *Gaceta*.

Las contribuciones forzadas, sin embargo, siguieron siendo esenciales. Las sumas más grandes fueron extraídas de los españoles y de los comerciantes peruanos. En agosto de 1821 San Martín ordenó al Consulado que recolectara 150,000 pesos para el gobierno en un plazo de seis días; cuando no pudo cumplir, el gobierno simplemente confiscó directamente 105,000 pesos. El problema era que muchos de los comerciantes establecidos habían huido, incluyendo a casi dos tercios del Consulado. El cabildo, luego de que se le había asignado una cuota de 30,000 pesos, se quejó de que no podía reunir tal suma de los principales ciudadanos excepto a través de la “extorsión”. En abril de 1822 los españoles que todavía vivían en la ciudad fueron obligados a contribuir con 110,000 pesos.<sup>22</sup> Y justo después que el Congreso tomase el poder, se cobró una enorme contribución de 400,000 pesos a los comerciantes.

21. El Cabildo a San Martín, 1 de setiembre de 1821, ANP, AHH, OL 7-10; *Gaceta del Gobierno*, 20 de enero de 1822.

22. Lista de contribuyentes a la colecta del estado, ANP, Superior Gobierno, L. 38, C. 1370; San Martín al Consulado, 28 de agosto de 1821, ANP, AHH, OL 3-6; “Expediente sobre un cupo de 150,000 pesos al Comercio de la Capital”, ANP, AHH, PL 1-10; el Cabildo a Unanue, 11 de setiembre de 1821, ANP, AHH, OL 7-11; el Cabildo a Unanue, 19 de setiembre de 1821, ANP, AHH, OL 7-12; *Suplemento a la Gaceta del Gobierno*, 22 de mayo de 1822. Los documentos relativos a la colecta de 150,000 pesos están publicados en Alberto Tauro, ed., *Asuntos económicos: Informes y oficios del Tribunal del Consulado*, CDIP, tomo 21, 1: 373-456.

En respuesta a esta última orden, toda la comunidad de comerciantes británicos que vivía en Lima solicitó pasaportes y recibió el apoyo del comandante de la flota británica en el Pacífico, el capitán H. Prescott. Finalmente, se llegó a un compromiso por el que los comerciantes británicos pagarían 73,400 pesos en vez de los 100,000 pesos que se les asignó, pero el gobierno insistió en que su nacionalidad no los eximía de futuras contribuciones.<sup>23</sup>

Desde el primer momento de su presencia en Lima, el problema económico más importante de los rebeldes fue la ausencia casi total de circulante —monedas de metal. El problema en parte fue ocasionado por la huida de los españoles de la ciudad, así como por el virtual colapso de la Casa de Moneda y de la industria minera en general. La crisis fue agravada por la toma de toda la reserva de metales preciosos del gobierno por Lord Cochrane en Ancón en setiembre de 1821. A inicios de ese mes, cuando Canterac se aproximó por primera vez a Lima, la reserva de metales preciosos del gobierno había sido trasladada a Ancón para su resguardo. En este preciso momento un trágico enfrentamiento entre San Martín y Cochrane llegó a su culminación. La armada chilena, que estaba al mando de Cochrane y que había hecho posible el éxito inicial en el Perú, se volvió contra San Martín porque no recibió su paga. Según un acuerdo hecho con Chile, la marina iba a recibir un pago de 150,000 pesos, mas un bono de 50,000 pesos por la captura de la *Esmeralda* una vez que Lima fuera tomada. Cuando en agosto de 1821 Cochrane exigió el pago, San Martín dijo que él pensaba que Chile debería pagar. El gobierno trató entonces de inducir a los hombres de Cochrane a que viniesen y formasen una armada peruana separada, pero en octubre Cochrane y su flota abandonaron a San Martín, llevándose la reserva de metales preciosos. El tesoro valía 460,480 pesos.<sup>24</sup> Los propagandistas realistas

23. Junta de Gobierno al presidente del Congreso, Lima, 9 de octubre de 1822, ANP, AHH, OL 49-4; secretario del Congreso al ministro de Finanzas, Lima, 19 de octubre de 1822, ANP, AHH, OL 30-10, acompañado de cartas de Prescott.

24. El tesoro consistía en 80,000 pesos en plata y 23,780 onzas de oro. El precio de oro era de 16 pesos la onza. Diario sin firma, Río de Janeiro, diciembre de 1821, AGI, Lima 1023. Véase también el informe sin firma desde Río de Janeiro, 10 de enero de 1822, AGI, Indiferente 1570; *Gaceta del Gobierno*, 24 de octubre de 1821; y Stevenson, “Memoria sobre las campañas”, en Núñez,



acogieron con alegría esta señal de disenso dentro de las filas patriotas, y el gobierno en Lima estaba tan sorprendido que incluso publicó en la *Gaceta* una lista pormenorizada de lo que Cochrane había tomado. Meses más tarde el ministro de Finanzas todavía culpaba a Cochrane por la incapacidad de la Casa de Moneda de producir suficiente circulante.<sup>25</sup>

La pérdida de la flota fue un golpe menos serio que la pérdida de los metales preciosos. San Martín se dispuso inmediatamente a crear una armada peruana separada; en realidad, Stevenson sostuvo que se lanzó a subvertir la marina chilena y a traer a sus oficiales al servicio peruano.<sup>26</sup> Además, no había una efectiva amenaza naval española frente al Perú en ese momento, las dos fragatas españolas restantes, la *Prueba* y la *Venganza*, se habían dirigido más al norte. Lo dañino fue la pérdida de los metales preciosos, porque el gobierno ahora no tenía ningún tipo de reservas.

En octubre de 1821, sólo tres meses después de la Declaración de la Independencia, el gobierno de San Martín estaba al borde del colapso. La escasez de moneda hacía casi imposible las compras cotidianas, mucho menos el pago de las contribuciones y los impuestos. La situación era tan apremiante que las monedas chilenas fueron declaradas de valor circulante en Lima. La marina ya había desertado por la falta de pago. Además, el ejército mismo sufrió de fuertes desertiones y estaba extremadamente descontento porque no había recibido su paga. Los desertores fueron reemplazados por conscriptos y algunos observadores pensaban que todo el ejército de unos 4,800 hombres estaba compuesto de esclavos. No más de 500 del contingente original de soldados chilenos permanecían en sus puestos. Ramón del Valle, un realista, informó que los soldados estaban “mal pagados y los más descalzos”. El ex oidor Bazo y Berri informó que las tropas eran “soldados de pintura”.<sup>27</sup> Los

ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 3: 307, que dice que Cochrane guardó solamente 285,000 pesos que pertenecían al gobierno y devolvió el dinero que estaba en depósito de individuos privados.

25. *Gaceta del Gobierno*, 1 de diciembre de 1821.

26. Stevenson, “Memoria sobre las campañas”, en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 3: 309.

27. Camprubí Alcázar, *El Banco*, p. 25; Informe de Antonio Jaranco, Río de Janeiro, 27 de febrero de 1822; Informe de Ramón del Valle, Río de Janeiro, 5 de

salarios para el soldado común eran extremadamente bajos, cuando se les pagaba. Un soldado enrolado en el Batallón de Cívicos Pardos, por ejemplo, recibía como paga sólo dos reales al día —lo justo para comprar veinte onzas de pan a los precios oficiales—.<sup>28</sup> San Martín y sus comandantes más leales estaban profundamente preocupados por la existencia de varios complots entre los principales jefes del ejército para deponer al protector. Consciente de la disensión entre sus propios comandantes, San Martín optó por no reprimirlos. Meses después, cuando se preparaba para retirarse del Perú, explicó su tolerancia a su amigo Tomás Guido: “Voy a decirlo: para sostener la disciplina del ejército tendría necesidad de fusilar algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han acompañado en los días felices y desgraciados”.<sup>29</sup> En diciembre de 1821 circulaban pasquines en Lima que proclamaban “viva el rey”.<sup>30</sup>

En medio de esta grave crisis, Hipólito Unanue, el ministro de hacienda, anunció la creación del Banco Auxiliar del Papel Moneda para emitir billetes como medio de rescatar al gobierno del colapso económico. Esta fue de muchas formas la más atrevida de las reformas del gobierno de San Martín, y sólo el segundo intento en la historia sudamericana por crear una moneda de papel, pero fracasó rotundamente. El gobierno apostó en la esperanza que el papel moneda permitiría a la población llevar a cabo las diarias transacciones del mercado mientras que el estado se reservaba la moneda en metal para pagar a las tropas, comprar las provisiones esenciales de los barcos extranjeros y mantener el régimen a flote. La emisión de papel moneda, sin embargo, no tenía otro respaldo que la palabra del gobierno que para entonces valía poco. La moneda comenzó a emitirse en febrero de 1822 y no recibió el apoyo

marzo de 1822; Antonio Luis Pereyra al secretario de Estado, Río de Janeiro, 27 de febrero de 1822, todo en AGI, Indiferente 313; Informe de S.A. (nombre verdadero D. J. Cereño, hacendado de Lima) al ministro de Ultramar, Río de Janeiro, 9 de setiembre de 1822; Juan Bazo y Berri al ministro de Ultramar, Río de Janeiro, 29 de mayo de 1822, ambos en AGI, Lima 798.

28. Orden de Torre Tagle, Lima, 28 de febrero de 1822, ANP, AHH, OL 29-25.

29. Citado en Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 240; sobre los complots véase 6: 206.

30. Diario sin firma, Río de Janeiro, diciembre de 1821, AGI, Lima 1023.

Hipólito Unanue

del público. Antonio Jaranco, un exiliado realista, señaló en febrero que estaba “sin circulante ni crédito”. La hoja de propaganda realista *El Depositario*, publicada por el ejército de La Serna, utilizó la desconfianza pública en toda la empresa declarando que el propio San Martín era el agente de “unos negociantes usureros asociados cuatro años en la empresa de arruinar sangrientamente nuestros pueblos por acrecentar sus fortunas particulares”. En octubre de 1822 incluso la propia *Gaceta* del gobierno se permitió decir que el papel moneda “nos ha dado a todos alguna incomodidad”[trad].<sup>31</sup> En el mismo mes en que comenzó a emitirse el papel moneda, el gobierno también comenzó a emitir monedas de cobre “provisionales”, valoradas en dos reales, para que reemplazaran a los cuartillos de plata que habían desaparecido completamente de la circulación.<sup>32</sup> Estas nuevas monedas eran preferidas en el mercado —ya que el cobre al menos tenía algún valor intrínseco— e inmediatamente sacaron al papel moneda de la circulación. Tanto la moneda de papel como la de cobre fracasaron completamente. Un emigrado español informó que todo era un complot por parte de los líderes para llenarse los bolsillos con oro y plata dejando a los peruanos sólo papel y cobre en su lugar. Proctor dijo lo siguiente del papel moneda: “Nada, estoy persuadido, disgustó más a los peruanos con la causa independiente”.<sup>33</sup>

En agosto de 1822 el gobierno ordenó el retiro del papel moneda, pero el programa para amortizarlo recolectándolo a cambio de vales sobre futuros impuestos de aduana también fracasó. El crédito del gobierno era tan bajo y el número de barcos que anclaban en el Callao era tan pequeño que los tenedores de papel moneda rehusaron rendir incluso un circulante que no tenía valor por un porcentaje de los ingresos de las aduanas. El refugiado realista José María Ruybal escribió que el fra-

31. Informe de Antonio Jaranco, Río de Janeiro, 27 de febrero de 1822, AGI, Indiferente 313; *El Depositario*, N.º 52, Huancayo, 22 de octubre de 1821, AGI, Indiferente 313; *Gaceta del Gobierno*, 2 de octubre de 1822.

32. Superior orden, Lima, 18 de febrero de 1822, ANP, AHH, OL 29-22.

33. Informe de S.A., Río de Janeiro, 9 de setiembre de 1822, AGI, Lima 798; Proctor, “El Perú entre 1823 y 1824”, en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 2: 291.

caso del plan de amortización demostró claramente que el gobierno de San Martín carecía totalmente de probidad.<sup>34</sup>

Al momento en que San Martín entregó el gobierno del Perú al Congreso Constituyente el 20 de setiembre de 1822, era claro que el primer intento por amortizar el circulante en papel había fracasado. El Congreso emitió entonces nuevos billetes en diciembre de 1822. Un segundo intento por amortizar el papel, sin embargo, fue llevado a cabo en mayo de 1823 durante la presidencia de José de la Riva Agüero. También fracasó. Un tercer intento por recolectar tanto la moneda de papel como las monedas de cobre se lanzó bajo la administración del marqués de Torre Tagle a fines de 1823, y esta vez tuvo éxito. Pero al lograrse la amortización se reveló la profundidad en que se habían hundido las finanzas del gobierno. Torre Tagle fue capaz de recolectar el papel moneda sólo intercambiándola por cobre. Luego liquidó el cobre ordenando su cambio a la tasa de 75 pesos por cada 100 con notas del gobierno tomadas del primero de los grandes préstamos de Londres que acababan de concretarse. El cobre depreciado fue empleado para amortizar el papel moneda sin valor y luego fue redimido al cambiarse a un 25 por ciento de descuento en contra de dinero prestado.

Los intentos del gobierno de San Martín para continuar financiando la cruzada habían fracasado. A inicios de 1822 todo estaba en desorden. La marina había desertado. El ejército estaba compuesto de esclavos y conscriptos cuyos magros salarios todavía costaban el 80 por ciento del total de ingresos del joven estado. Aún así, los soldados recibían su paga tan rara vez que vendían o empeñaban sus uniformes. El orden público se desintegraba como resultado de los robos generalizados y los pequeños crímenes de una soldadesca armada pero indisciplinada. Hacia mediados de 1822, el cabildo de Lima había dejado de pagar sus obligaciones básicas. Hacia setiembre de 1822 las tropas recibían el pago de sólo dos tercios de sus salarios, y los empleados civiles habían recibido el pago de sólo la mitad de sus sueldos desde el año anterior. Mientras tanto, el gobierno había incluso reconocido

34. Ruybal a Antonio Luis Pereyra, Río de Janeiro, 27 de julio de 1822, AGI, Lima 798.

1822: todo en desorden

6'500,000 pesos de deuda heredada del gobierno virreinal.<sup>35</sup> La capital continuaba sufriendo por la escasez de alimentos, la falta de moneda circulante y el descontento.

Más aún, el gobierno de San Martín también perdió su crédito político debido a su continua persecución de súbditos españoles. Los civiles españoles fueron confinados en el convento de La Merced el 3 de setiembre de 1821, cuando el general Canterac se aproximó a Lima. San Martín ordenó su liberación el 18 de setiembre, y en una proclama dijo a los españoles que su confinamiento había sido por su propia seguridad y para impedir que cualquiera de ellos ayudase al enemigo. En los últimos meses de 1821, sin embargo, el gobierno, bajo la dirección de Monteagudo, adoptó una política de más abierta persecución de los españoles. En enero de 1822 varios decretos ordenaron a los españoles solteros que abandonasen el país. El 30 de enero la *Gaceta* editorializó que “la ingratitud española no es capaz de transigir, si no se emplea la fuerza para dictar las condiciones a que debe someterse”.<sup>36</sup> En el mes de febrero, los oficiales consulares españoles en Río de Janeiro informaron a Madrid que “a pesar de cuanto dicen en sus papeles públicos los españoles europeos son perseguidos del modo más cruel e ignominioso”, y que como resultado, “lo principal del vecindario de Lima se hallaba muy disgustado con San Martín y sólo contenta la gente de color del pueblo”.<sup>37</sup> El 20 de abril de 1822 el delegado supremo de San Martín, Torre Tagle, instituyó restricciones draconianas a la libertad de movimiento de los españoles, en un decreto que prohibía todo tipo de reunión entre dos o más españoles, renovando el toque de queda para ellos luego de las seis de la tarde (esto había estado en efecto desde el 27 de setiembre de 1821), negándoles el uso de todo tipo de armas, y creando una Comisión de Vigilancia para supervisar sus acti-

35. *Gaceta del Gobierno*, 10 de julio de 1822, 1 de diciembre de 1821; Riva Agüero al ministro de Finanzas, Lima, 20 de agosto de 1822, ANP, AHH, OL 53-20; Resumen de cuentas, setiembre, octubre, y noviembre de 1822, ANP, AHH, OL 52-49, y 52-50.

36. *Gaceta del Gobierno*, 19 de setiembre de 1821, 2, 12 y 26 de enero, 2 de febrero, y 30 de enero de 1822.

37. Antonio Luis Pereyra al secretario de Estado, Río de Janeiro, 27 de febrero de 1822, AGI, Indiferente 313.

vidades. La pena para cualquier español que violaba el toque de queda era la muerte. Un informe de Francisco Xavier de Izcue a Monteagudo en abril especificó la cuota que cada español debía pagar en la contribución forzosa que se cobraba de ellos.<sup>38</sup>

La más famosa víctima española de la persecución —y una de las primeras— fue el arzobispo Bartolomé de Las Heras, de ochenta años de edad. Habiendo rehusado acompañar al virrey en su evacuación de la ciudad, Las Heras fue entonces presa de la arbitraria vindicta de Monteagudo. En una disputa por el deseo expresado por el gobierno de clausurar las casas de retiro religioso —que Monteagudo temía podían ser centros de actividad pro-española— el arzobispo dijo al gobierno que tenía que aceptar su opinión de que las casas eran inviolables o de lo contrario permitirle que renunciara a su cargo. La torpe política del gobierno a inicios de setiembre de 1821 fue aceptar la renuncia del arzobispo y ordenarle que se retirase a Chancay en el plazo de cuarenta y ocho horas, para allí esperar el transporte que lo llevaría de regreso a España. Las Heras le dijo adiós a “mi estimado amigo” San Martín, agradeciéndole “porque me ha aliviado de una carga superior a mis fuerzas”. Llegó a Río de Janeiro el 28 de diciembre de 1821 y fue jubilosamente recibido por otros emigrados españoles. Desde ahí continuó viaje a España, donde murió en 1823. Sus inversiones personales en el Consulado de Lima fueron confiscadas por el gobierno, como también lo fueron las deudas que le debían varios miembros del clero.<sup>39</sup> El deán Echagüe y el cabildo de la catedral se hicieron cargo de la administración de la diócesis en los años siguientes.

Varios emigrados declararon que la persecución de los españoles alcanzó su punto más alto en abril de 1822, luego de la derrota de las fuerzas rebeldes en Ica el 7 de abril. La victoria española en Ica sobre

38. *Gaceta del Gobierno*, 24 de abril de 1822; Francisco Xavier de Izcue a Monteagudo, Lima, 15 de abril de 1822, ANP, AHH, OL 49-1.

39. Véase Vargas Ugarte, *El episcopado*, pp. 179-184; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 183-184; Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, primera parte, 1: 211; diario sin firmar, Río de Janeiro, diciembre de 1821, AGI, Lima 1023; Consejo de Indias, Consulta, Madrid, 26 de enero de 1824, AGI, Lima 604; Orden de Monteagudo, Lima, 23 de mayo de 1822, ANP, AHH, OL 29-33.

el ejército patriota comandado por Domingo Tristán, le dio nuevas esperanzas a los realistas y afligió profundamente a los patriotas. Fue la primera maniobra de campo importante que los rebeldes habían intentado en contra de los realistas. Miller escribió: "El efecto moral fue desechar la idea, que hasta entonces se había mantenido, de la superioridad de los patriotas; y de bajar los ánimos de las masas [...] Se restauró la unión en el consejo realista, en tanto que los patriotas estaban distraídos en disensiones y debilitados por la insubordinación".<sup>40</sup> Los peninsulares que todavía vivían en el Perú, sin embargo, pagaron el precio del éxito de los ejércitos realistas. Gilbert Mathison informó que Lima estaba sumida en el pánico luego de la derrota en Ica, y que incluso San Martín, que solía estar recluido, "era ahora frecuentemente visto a caballo en las calles".<sup>41</sup>

Entre las víctimas de la persecución de Monteagudo inmediatamente después de la derrota en Ica, estuvo el popular ex oidor de Lima, Pedro Mariano de Goyeneche (criollo), hermano del general realista Manuel (conde de Guaqui) y del obispo de Arequipa, Sebastián (futuro arzobispo de Lima). En abril de 1822 recibió la orden de dar una contribución especial de 40,000 pesos al gobierno para expiar los pecados de su familia. Cuando declaró que no tenía tal cantidad de dinero, Monteagudo ordenó que su casa fuese saqueada, tomó 80,000 pesos y lo envió a la cárcel en cadenas.<sup>42</sup> Más tarde huyó.

La larga persecución de los peninsulares culminó el 2 de mayo de 1822 en un acto de violencia sin paralelo y abuso a los derechos humanos sin precedentes. La mejor descripción del evento es la del inglés Gilbert Mathison. A las tres de la mañana del 2 de mayo las tropas del gobierno rodearon las casas de los peninsulares que quedaban y se llevaron al menos a seiscientos de los hombres, sin darles tiempo para que reunieran sus pertenencias personales. Los ancianos y enfermos fueron llevados a caballo, los demás fueron obligados a caminar. Fueron transferidos al Callao y obligados a embarcarse en la vieja nave mercante *Monteagudo* para ser deportados a Chile. Mathison escribió: "Fue mi

40. Miller, *Memoirs*, 1: 352.

41. Mathison, "Residencia en Lima", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 1: 290.

42. Martín de Aramburu al Ministerio de Ultramar, Río de Janeiro, 2 de setiembre de 1822, AGI, Lima 798.

desgracia ser testigo de este horripilante embarco. Muchos se mostraron bastante violentos en su aflicción al ser inesperadamente forzados a dejar de esta suerte, por un período indefinido sus hogares y familias: algunos necesitaban ser realmente empujados dentro de los botes por las bayonetas de la soldadesca". Señaló que muchos de los peninsulares habían vivido desde su niñez en Lima y la consideraban su hogar. El 3 de mayo Mathison cabalgó hacia el Callao nuevamente, donde escuchó que dos españoles ya habían muerto a bordo del *Monteagudo*, "y que la miseria que prevalecía allí excedía cualquier creencia". Muchos de los exiliados estaban a punto de morir de sed, ya que no se les había dado agua en más de un día. "Para aumentar el horror a la escena, botes llenos de mujeres y niños rodeaban el barco por todos lados, y llenaban el aire con sus lamentaciones, implorando vanamente permiso para abrazar una vez más a sus maridos, amigos y parientes". De regreso a Lima el 4 de mayo, encontró el camino entre el puerto y la ciudad lleno de carruajes, hombres a caballo y peatones, ya que los habitantes de la ciudad —aparentemente abrumada por el odio a los peninsulares o por remordimiento— se dirigían en grandes números al Callao para darles el adiós a los exilados. El gobierno expidió un decreto anunciando que las deportaciones forzadas eran "un acto solemne de expiación [...] y un memorable ejemplo de venganza" en contra de los residentes españoles por su negativa irreconciliable a adherirse a la independencia. El 10 de mayo el *Monteagudo* zarpó con destino a Valparaíso con sus infelices pasajeros, luego que doscientos de los deportados fueron autorizados a contratar diferentes naves para dirigirse a Río de Janeiro.<sup>43</sup> Stevenson, un firme partidario de Cochrane y por lo tanto un abierto crítico de San Martín, verifica cada detalle de la narración de Mathison, añadiendo que los hombres que no fueron enviados a Chile eran los que podían comprar los pasaportes que San Martín les ofreció a precios de 1,000 a 10,000 pesos cada uno.<sup>44</sup> San Martín había garantizado repetidamente la seguridad de los españoles; sin embargo, ahora los condenaba al exilio y a la ruina financiera.

43. Mathison, "Residencia en Lima", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 1: 307-315.

44. Stevenson, "Memoria sobre las campañas", en *ibíd.*, 3: 331-332.

El pueblo de Lima culpaba a Monteagudo por la persecución de los españoles y por otras acciones impopulares de la administración. Y es verdad que Monteagudo era el más notorio oponente de los españoles en el gobierno, habiendo declarado abiertamente que su objetivo era su total destrucción. A pesar de la afirmación más bien extrema de Paz Soldán que "Monteagudo con su política consiguió más triunfos contra los españoles que Cochrane con sus naves", pronto se ganó el odio de todos los sectores de la sociedad limeña.<sup>45</sup> Se desconfiaba de él en particular debido a su abierta defensa de la monarquía, por su jacobinismo social, y porque era un argentino, un extranjero. Nadie estuvo a salvo bajo su despotismo. El inglés Gilbert Mathison escribió: "Bajo el nombre de la libertad y el patriotismo, el gobierno existente ejercitaba el más despótico poder, y era obedecido más por miedo que por amor o respeto verdadero. Era mantenido un completo sistema de espionaje; y en lugar de conversar libremente sobre temas políticos [...] la mayor cautela y reserva eran observables en todas partes". Al visitar a Monteagudo, Mathison subrayó que hablaba un buen inglés y era un buen negociador, pero que le apasionaba el poder.<sup>46</sup>

En julio de 1822, mientras que San Martín asistía a su famosa entrevista con Bolívar en Guayaquil, una petición popular firmada por muchos de los ciudadanos más importantes de Lima fue presentada al cabildo solicitando la destitución de Monteagudo de su cargo. En la noche del 25 de julio, y nuevamente al día siguiente, la gente rodeó el palacio y la municipalidad clamando su caída. El cabildo aprobó la petición y urgió al ejército a que no disparara sobre los manifestantes, señalando que no se trataba de una sedición. Envió a Francisco J. Mariátegui y a dos regidores a conferenciar con el delegado supremo de San Martín, Torre Tagle, sobre la demanda del pueblo. El 26 de julio Torre Tagle destituyó a Monteagudo del ministerio y lo colocó bajo arresto domiciliario. Para protegerlo del creciente enojo público, lo envió fuera de Lima en secreto el 30 de julio. Dos años y medio después regresó a Lima, donde fue asesinado el 28 de enero de 1825 por un

45. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, primera parte, 1: 200.

46. Mathison, "Residencia en Lima", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 1: 287-288.

negro aguatero. Ricardo Palma y otros han alegado que se trató de un asesinato político ordenado, o al menos permitido, por Bolívar o su ministro Sánchez Carrión. No hay prueba alguna de esta afirmación.<sup>47</sup>

Una parte de la ira popular contra Monteagudo estuvo también dirigida contra San Martín, y no hay duda que Monteagudo no puede cargar con toda la culpa por el trato arbitrario que el gobierno dispensó a los españoles. Vargas Ugarte dice que San Martín mismo había propuesto antes que los españoles debían ser obligados a pagar por la guerra y que estaba predispuesto a realizar actos hostiles en su contra. Basil Hall declaró que, aunque la persecución de los españoles fue en gran medida obra de Monteagudo, San Martín todavía era responsable. "No serviría de nada a los amigos de San Martín decir que se trató de actos de otro, puesto que él era notoriamente la fuerza más importante de todo el gobierno".<sup>48</sup>

El efecto neto de los errores del gobierno de San Martín tanto en la economía como en la política fue un torrente de resentimiento y oposición de los mismos peruanos. Basil Hall notó un hecho muy importante sobre la respuesta de Lima a la independencia: "Los limeños, durante mucho tiempo engreídos por el lujo y la seguridad, y ahora por primera vez bastante despiertos a las reales miserias y peligros de la vida, no podían de una sola vez adquirir la facultad de sopesar los motivos".<sup>49</sup> Aquí estaba la debilidad fundamental del novísimo estado de San Martín. La independencia basada completamente en el interés personal hubiera tenido que satisfacer estas aspiraciones. Ramón del Valle declaró que ha fines de 1821 la nobleza y la clase media estaban ya completamente desilusionadas por su fracaso en conseguir puestos, "y no creo que esas dos clases sean muy partidarias del gobierno". Los informes consulares desde Río de Janeiro aseguraron a Madrid que "toda la nobleza de Lima [...] no aspira más que a ver tremolar la bandera española para [...] sublevarse contra el célebre Libertador que

47. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 25 y 26 de julio de 1822; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 238; Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, primera parte, 1: 317; Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú, 1822-1933*, 1: 101.

48. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 186; Hall, *Extracts*, 2: 88.

49. Hall, *Extracts*, 1: 282-283.

Francisco Mariátegui

Sanchez Carrión



odian al extremo". Cristóbal Domingo, un refugiado, informó que la indiferencia pública a la proclamación de San Martín de su Estatuto Provisional del 8 de octubre de 1821 significó que había perdido la mayor parte de su apoyo público. José María Ruybal, otro refugiado, informó que "los peruanos más ilustrados, que se han adherido al partido de San Martín, desengañados a vista de su conducta y convencidos de que no es un nuevo Washington [...] generalmente lo aborrecen". Las impresiones de Gilbert Mathison en abril y mayo de 1822 eran idénticas: "Casi todos los habitantes habían sido más o menos afectados en sus fortunas; y no es dato sorprendente que el gobierno que ocasionaba sus infortunios, y era incapaz de aliviarlos, [...] debía ser impopular". Dijo que el número de aquellos que habían sido arruinados financieramente era muy grande e incluía no sólo a españoles sino a todos los criollos que habían sido clientes o dependientes de los españoles. Pensaba que el error fundamental fue la total arbitrariedad del gobierno, que puso en peligro la seguridad y la propiedad incluso de los comerciantes ingleses. John Miller resumió todos estos sentimientos cuando escribió que, "El pueblo de Lima [...] se cansó de sus libertadores".<sup>50</sup>

Era imposible que San Martín no entendiera que su cruzada había terminado y que su liderazgo personal era repudiado. No sorprende que eligiera dejarle el paso a Bolívar. En enero de 1822 anunció su intención de reunirse con Bolívar en Guayaquil y entregó el gobierno a su delegado supremo, Torre Tagle, un líder débil e inepto. San Martín partió a Guayaquil en febrero pero regresó a Lima cuando supo que Bolívar había decidido continuar la campaña de Quito. Al llegar a Lima el 3 de marzo, firmó un decreto que mantenía a Torre Tagle a la cabeza de la administración. En esencia, entonces, San Martín se separó del liderazgo político activo seis meses antes del encuentro de Guayaquil, que tuvo lugar en julio de 1822. Los hechos de la realidad llevaron a este hombre

50. Informe de Ramón del Valle, Río de Janeiro, 5 de marzo de 1822, AGI, Indiferente 313; diario sin firmar de Río de Janeiro, 10 de enero de 1822, AGI, Indiferente 1570; Cristóbal Domingo al Juez de Arribadas, Cádiz, 19 de marzo de 1822, AGI, Lima 1619; José María Ruybal a Antonio Luis Pereyra, Río de Janeiro, 27 de julio de 1822, AGI, Lima 798; Mathison, "Residencia en Lima", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 1: 293-295; Miller, *Memoirs*, 1: 347.

pragmático a darse cuenta que la ayuda proveniente de fuera del Perú era necesaria para completar la lucha por la independencia. El movimiento de Bolívar, apoyado como lo fue por la renuente pero no obstante impresionante ayuda de la Gran Colombia, continuaba siendo la mejor posibilidad. La breve declaración pública que San Martín dio a conocer el 24 de agosto de 1822, luego de regresar de su encuentro con el Libertador en Guayaquil, reflejó esta inevitable realidad. Señalaba simplemente que Bolívar iba a enviar ayuda: tropas y armas.<sup>51</sup> En el contexto del momento, eso era suficiente. Era un asunto mucho más importante que si el propio San Martín había de continuar en el liderazgo.

El 20 de setiembre de 1822, el Congreso que San Martín había llamado anteriormente se reunió finalmente. Consistía en cincuenta y un diputados que representaban los once distritos en los que estaba dividido el Perú. Cinco de los once distritos estaban completamente en manos realistas (Cuzco, Arequipa, Huamanga, Puno y Huancavelica) y tuvieron que ser representados por delegados nativos de esas regiones pero que vivían en Lima. San Martín entregó formalmente todos sus poderes al Congreso. Declaró a sus amigos: "Hoy es un día de verdadera felicidad para mí. Me he desembarazado de una carga que no podía llevar". Cuando Tomás Guido fue esa noche a verlo, San Martín le dijo que estaba partiendo a Chile. Guido lo instó a quedarse, pero él replicó que tenía que irse, añadiendo que; "Bolívar y yo no cabemos en el Perú".<sup>52</sup> A las diez de esa noche abrazó a Guido, cabalgó hasta el Callao, y abordó el bergantín *Belgrano*, partiendo para siempre del Perú

Cuando los rebeldes en Lima se hundían en el caos y la inactividad, los ejércitos de La Serna en el interior también estaban paralizados por la ausencia total de comunicaciones desde la madre patria y por el enorme esfuerzo de tratar de mantener un ejército organizado en el vasto interior. Pero La Serna se mantuvo confiado en la posibilidad de una victoria realista en última instancia. En marzo de 1822 informó a España que había recibido las primeras noticias de la península en un año. En setiembre de 1822 escribió desde Cuzco urgiendo a la península no reconocer la independencia de América, como había oído que se estaba contem-

51. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 231; *Gaceta del Gobierno*, 24 de agosto de 1822.

52. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 240.

plando. Dijo que todavía mantendría el control sobre el Perú, especialmente dado que había renunciado a la carga que significaba Lima, aunque insistía en que el Perú podía ser reconquistado solamente con apoyo naval en la costa. Una vez más en marzo de 1822 escribió desde Cuzco para explicar que en el conmocionado estado en que se encontraba el Perú había encontrado imposible poner todas las provisiones de la Constitución española en efecto y que no debía esperarse eso de él. Estas tres cartas fueron interceptadas por los rebeldes.<sup>53</sup>

La mayoría de los realistas que efectivamente acompañaron a La Serna en su retirada al interior defendía su afirmación de que sólo el abandono de Lima había salvado a la causa realista de la total destrucción. Se condujo una animada propaganda de guerra sobre este asunto, con las proclamas públicas de La Serna señalando a menudo que los rebeldes habían tomado Lima solamente porque él se los permitió; que la posesión de la capital les daría pocos beneficios; y que él retomaría Lima en cualquier momento que quisiera. En respuesta a la afirmación del virrey sobre que Lima había sido reducida a un estado “triste y horrible” por los rebeldes, San Martín declaró que los enemigos eran mentirosos y que La Serna y Canterac pronto serían derrotados.<sup>54</sup> El publicista Gaspar Rico huyó de Lima con los ejércitos virreinales y, haciendo uso de una pequeña imprenta que llevaban las tropas, comenzó la publicación de una hoja de propaganda realista llamada *El Depositario*. Desde 1821 hasta marzo de 1824, aparecieron ciento siete números de este periódico, produciendo un cúmulo de propaganda no sofisticada, exaltándose por el abierto disenso entre las filas del liderazgo rebelde, citando el apático espíritu público que se apoderaba de Lima e insultando a San Martín y a otros líderes.<sup>55</sup> Con la ayuda de Rico los realistas también

53. La Serna al secretario de Ultramar, Cuzco, 12 de marzo, 26 de setiembre de 1822, AGI, Lima 1023. Unos pocos documentos relativos a la administración de La Serna en el Cuzco, particularmente sus proclamas y propaganda, han sido publicados en Horacio Villanueva Urteaga, ed., *Documentación oficial española*, CDIP, tomo 22, vol. 3.

54. Proclama de La Serna, Huancayo, 12 de noviembre de 1821, AGI, Indiferente 313; Proclama de San Martín, Lima, 4 de diciembre de 1821, AGI, Indiferente 313.

55. Véase *El Depositario*, 22 de octubre, 27 de noviembre, y 30 de noviembre de 1821, en AGI, Indiferente 313.

Gaspar Rico: *El Depositario*, hoja realista.  
(1821-1824)

publicaron en Huancayo y en Cuzco una *Gaceta del Gobierno Legítimo del Perú*. En una carga a España en diciembre de 1821, La Serna explicó que la baja calidad de la propaganda realista se debía a la pérdida de dos imprentas, el abastecimiento de tinta y a buena parte de los tipos en Jauja. En 1824 La Serna refirió en apoyo de Rico que él fue “el único empleado que me acompañó a mi salida de Lima”.<sup>56</sup>

El fin de la era de San Martín encontró al virrey La Serna informando a España que las filas de su ejército estaban llenas pero que le faltaban armas. Pidió varios miles de rifles y bayonetas, y por supuesto —junto con los otros realistas— un gran contingente naval. La Serna añadió, “y rápido, rápido”.<sup>57</sup> Cuando dos barcos franceses llenos de emigrados peruanos llegaron a España en mayo de 1822, un realista informó que todos estaban de acuerdo en que si un buque de la línea y dos fragatas podían ser enviados a Lima “la destrucción del ejército de San Martín no sufriría la menor dificultad”. Ese mismo mes el oidor emigrado Juan Bazo y Berri informó que Lima podía ser tomada nuevamente en cualquier momento porque San Martín tenía un ejército de sólo 6,000 hombres y que “todos son negros sacados de las haciendas por fuerza, no tienen la menor disciplina y estaban muy disgustados [...]”<sup>58</sup>

En realidad, Bazo y Berri y los otros testigos estaban en lo cierto en su predicción sobre que los realistas podían retomar Lima en el momento que quisieran. Eso se demostró cuando los ejércitos realistas reocuparon la capital brevemente en junio de 1823 y otra vez para una permanencia mucho más larga en febrero de 1824. Los rebeldes eran sencillamente demasiado débiles para resistir. Pero tres cosas eran necesarias para que los realistas pudiesen llevar a cabo una completa reconquista del Perú. Necesitaban no solamente continuar controlando la sierra, sino también retomar la capital, a la vez que restablecer el dominio

56. La Serna al conde de Casa Flores, Andahuaylas, 11 de diciembre de 1821, AGI, Indiferente 313; La Serna al ministro de Hacienda, Cuzco, 2 de abril de 1824, AGI, Lima 762.

57. La Serna al conde de Casa Flores, Andahuaylas, 11 de diciembre de 1821, AGI, Indiferente 313.

58. Francisco Richard al secretario de Estado, Burdeos, 14 de mayo de 1822, AGI, Indiferente 313; Juan Bazo y Berri al ministro de Ultramar, Río de Janeiro, 29 de mayo de 1822, AGI, Lima 798.

Los rebeldes eran muy débiles para resistir los realistas

realista naval en las costas del Perú. Podían hacer las dos primeras cosas, la tercera no. La España peninsular, destruida por la lucha interna entre liberales y conservadores y la subsiguiente invasión en 1823 de un ejército francés para restaurar a Fernando VII en sus plenos poderes, fue incapaz de enviar ayuda naval. Los rebeldes, por supuesto, también tenían que ganar una completa superioridad en estas tres áreas. Ellos controlaban el mar, y normalmente controlaban Lima y su región, pero carecían de la capacidad ofensiva para sacar a los realistas de la sierra. El oficial naval inglés Alexander Caldcleugh, que visitó el Perú desde 1819 a 1821, escribió sobre este período: "Al examinar el mapa se ve que ésta es una guerra enteramente sin recursos, y por tanto, a no ser que se presente una circunstancia imprevista, tiene que ser bastante larga y llena de altibajos".<sup>59</sup> Si el *impasse* demostró algo, fue que sólo quedaba una solución militar. Los peruanos no eran simplemente reaccionarios o miopes en su negativa a dar un completo apoyo a la causa de la independencia. Los decepcionantes errores del régimen independiente —sobre todo su incapacidad para dar lugar a la participación de los peruanos— convencieron gradualmente a muchos de que realmente tenían más en común con los españoles que con los rapaces chilenos, argentinos, esclavos y mulatos que ahora parecían estar en control de su país. El *impasse* continuó y se hizo más profundo.

59. Alexandre Caldcleugh, "El Perú en víspera de la jura de la independencia", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 1: 196.

## IX

## EL CAOS Y LA SOLUCIÓN MILITAR

EN LOS DOS AÑOS POSTERIORES al retiro de San Martín, la parte independiente del Perú cayó en un caos tan intenso que incluso el incomparable Bolívar estuvo en un principio desesperanzado. Cuando el gobierno pasó a las manos de los líderes peruanos, el Estado estaba dañado por el divisionismo interno, la bancarrota y la traición. Hacia fines de 1823 la independencia peruana presentaba al mundo un cuadro realmente patético. Existían ejércitos separados de peruanos, chilenos, colombianos y argentinos. El Estado político carecía de liderazgo, con dos hombres diferentes que reclamaban ser el presidente de la república. El Congreso colapsó bajo la presión. La llegada de Bolívar en setiembre de 1823 —un año después de la partida de San Martín— añadió un nuevo elemento a la mezcla, uno que muchos líderes peruanos temían y trataron de subvertir. Como Bolívar mismo lo dijo: "Los asuntos peruanos han alcanzado el pináculo de la anarquía. Sólo el ejército enemigo está bien organizado, es unido, fuerte, enérgico y capaz".<sup>1</sup> La evaluación de Bolívar era correcta, porque el ejército realista bajo el mando de La Serna y sus comandantes se había mantenido intacto en la sierra y, haciendo uso del considerable apoyo a la causa realista que existía entre los indios, los mestizos y los pocos blancos del interior y del sur, ofrecía una amenaza siempre presente a la causa de la independencia.

En realidad, durante varios meses en 1824 —durante el período en que Lima estuvo nuevamente en manos realistas y mientras Bolívar yacía enfermo en Pativilca— los realistas consiguieron efectivamente recobrar

1. Citado en Masur, *Bolívar*, p. 358.



el control de todas las provincias del Perú, excepto una. Estuvieron muy cerca de ganar la guerra y de aplastar al régimen independiente. Sólo el liderazgo de Bolívar —indoblegable y a veces brutal— consiguió contener el desastre y organizó una efectiva fuerza patriota de lucha. Aún así, la independencia se produjo sólo como resultado de un enfrentamiento militar, y el largo sitio de las fuerzas realistas y sus partidarios en el Callao durante 1825 y enero de 1826 demostró una vez más que muchos peruanos —incluyendo algunos de los líderes más importantes del gobierno independiente— aún no se habían comprometido con la independencia. Los peruanos nunca decidieron. El régimen independiente se había fundado en Lima en 1821 por defecto, estuvo cerca de ser completamente eliminado en 1824, y hacia 1825 había ganado una campaña militar y derrotado al ejército realista, pero nunca había existido un verdadero compromiso.

Todos los autores que han escrito sobre la independencia peruana han comentado, de una forma u otra, sobre el fenómeno esencial de la incapacidad del Perú para apoyar la independencia. Masur lo atribuyó a la traición de la clase alta criolla: “Cuando las circunstancias parecieron favorecer la causa de la libertad la siguieron; cuando el barómetro de la nueva causa caía, rápidamente cambiaban de posición y, elusivos como el mercurio, siguieron a los españoles”. Lynch señaló el mismo factor: “Los criollos no estaban comprometidos con ninguna causa; buscando sólo preservar su propia posición, esperaron la victoria del más fuerte”. Basadre lo atribuyó al conflicto entre el continentalismo de Bolívar y el nacionalismo de los peruanos, construyendo un sólido argumento para demostrar que muchos líderes peruanos vieron a Bolívar como un nuevo Napoleón, combinado con “la angustia y desilusión de la aristocracia frente a una guerra que parecía una continua carnicería acompañada por exacciones sin fin y permanente anarquía”. Paz Soldán, con el sincero fervor de un hombre que era testigo de los desórdenes subsiguientes del estado peruano, culpó a la traición e ignorancia de los nobles. Vargas Ugarte lo atribuyó, fundamentalmente, a la incapacidad del Perú para soportar a dos ejércitos enemigos y a la devastación material causada por la guerra desde 1821 a 1824.<sup>2</sup>

2. *Ibid.*, p. 360; John Lynch, *The Spanish-American Revolutions, 1808-1826*, p. 266; Basadre, *Historia de la república*, 1: 75, 84; Paz Soldán, *Historia del Perú*

det 10 de set 1823. poco a poco en manos de la aristocracia

Desde setiembre de 1822, cuando San Martín se retiró del Perú, hasta setiembre de 1823, cuando llegó Bolívar, el gobierno del régimen independiente estuvo en manos de los aristócratas peruanos que durante tanto tiempo habían deseado tener el poder. Establecieron tres administraciones separadas, ninguna de las cuales consiguió mantener el gobierno o fortalecer la independencia. El Congreso, al cual San Martín entregó el poder, creó un ejecutivo, la Junta de Gobierno, que estuvo compuesta por tres hombres no distinguidos —José de La Mar, un ex oficial realista; Felipe Antonio Alvarado, conocido sólo como el hermano del general Rudesindo Alvarado, general en jefe del ejército patriota del sur; y Manuel Salazar y Baquijano, el conde de Vista Florida. La junta no podía nacer nada, porque sus poderes eran muy limitados y los tiempos necesitaban de un liderazgo enérgico y activo. Las condiciones generales continuaron siendo muy malas. El gobierno no tenía dinero, las tropas y los empleados civiles no estaban recibiendo sus pagos, los criminales infestaban Lima y sus alrededores, el ejército del centro permanecía inactivo, la desertión era endémica, la marina estaba insubordinada y amotinada. Los préstamos forzosos podían reunirse sólo con amenazas de confiscación y exilio.<sup>3</sup> Escribiendo en noviembre de 1822, el pastor protestante inglés James Thomson, que había llegado a Lima para establecer un sistema de escuelas lancasterianas y distribuir copias de la Biblia, informó: “En el momento, existe una gran angustia en el gobierno, por la falta de dinero [...] Este parece ser el principal obstáculo que impide la independencia general del Perú”.<sup>4</sup> Finalmente, el 21 de enero de 1823, la más importante ofensiva militar del Congreso colapsó con la derrota en Moquegua de la primera expedición de Intermedios. Un ejército realista acampó en Jauja, desde donde se tenía fácil acceso a la capital. El gobierno parlamentario no podía soportar la presión. El ejército patriota urgió al Congreso que nombrase un ejecutivo fuerte e impuso sus demandas con amenazantes movimientos de

*independiente*, segunda parte, 1: 44; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 302.

3. Francisco Valdivieso a Rafael Menéndez, Lima, 20 de enero de 1823, ANP, AHH, OL 70-31.
4. James Thomson, “Impresiones de Lima entre 1822 y 1824”, en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 2: 15.

tropas. El 27 de febrero de 1823, por lo tanto, el Congreso eliminó a la Junta de Gobierno y nombró a José de la Riva Agüero como primer presidente de la república.<sup>5</sup>

La administración de Riva Agüero duró menos de cuatro meses. Sin embargo, en ese corto período sus logros fueron mayores que los de su predecesor o de su sucesor. Riva Agüero, un partidario de la independencia durante mucho tiempo y un nacionalista dedicado, se concentró en restablecer el orden militar de la república que desaparecía rápidamente. Invitó inmediatamente a Bolívar a enviar un ejército colombiano para ayudar en la causa de la independencia, a pesar de sus intensos temores sobre el impacto de la participación de Bolívar en los asuntos del Perú. Un ejército de 4,000 soldados colombianos llegó bajo el comando del lugarteniente de Bolívar, Antonio José de Sucre, pero Bolívar mismo se abstuvo de ingresar en el torbellino de los asuntos peruanos. Dentro del Perú mismo, Riva Agüero creó y despachó la segunda expedición de Intermedios, compuesta de 5,000 soldados. Reorganizó la decadente marina, colocándola bajo el mando de Jorge Guise. Creó nuevos batallones en varias partes del país y fundó la Academia Militar. Para ayudar a salvar al gobierno de la bancarrota total, Riva Agüero presidió el primero de los empréstitos de Londres, negociado por Juan García del Río y Diego Paroissien, que habían sido originalmente enviados a Europa por San Martín. El primer empréstito fue por 1.2 millones de libras. Riva Agüero también envió agentes a Chile y a Buenos Aires en búsqueda de préstamos, pero con pocos resultados.<sup>6</sup> El presidente incluso ofreció al virrey La Serna un armisticio de dos meses y un tratado de paz, pero el virrey, seguro de la inminente desintegración de la república, rechazó la sugerencia.

Bien podía el virrey esperar el momento adecuado, porque el colapso de la república estaba muy avanzado. Riva Agüero, que había sido

5. Basadre, *Historia de la república*, 1: 24-28; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 241-250.

6. Basadre, *Historia de la república*, 1: 31-34; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 252-254; para un estudio sobre el efecto a largo plazo de los préstamos británicos tomados consiguientemente por el Perú, véase W.M. Mathew, "The Imperialism of Free Trade: Peru, 1820-1870"; y para la historia de este primer préstamo véase Mathew, "The First Anglo-Peruvian Debt and Its Settlement, 1822-49".

impuesto por la presión militar, no tenía siquiera el apoyo de todo el Congreso. Cuando la segunda expedición de Intermedios partió de Lima, la capital misma fue dejada con pocas defensas. Sucre, responsable ya de enviar informes de primera mano a Bolívar, dijo a su líder:

El ejército no tiene jefes; el país está tan dividido en partidos como están las tropas de los diferentes Estados que las forman; el Congreso y el Ejecutivo están discordes y esto no puede tener buen resultado; no hay subsistencias para la tropa y las pocas que se adquieren se invierten mal [...] en fin, mil males asoman para presagiar que todo se desbarata y en un desmoronamiento la división de Colombia será parte de las ruinas.<sup>7</sup>

Viendo que esta era su oportunidad, el general Canterac inmediatamente se dirigió hacia Lima. No dispuesto a poner en riesgo a la recientemente llegada división colombiana en una inútil defensa de la ciudad, el 17 de junio de 1823 Sucre retiró sus fuerzas al Callao, donde se unió a Riva Agüero, al Congreso, y otras autoridades políticas civiles que ya se habían refugiado allí. Al día siguiente Canterac volvió a ocupar Lima.

La población civil de Lima respondió a la nueva ocupación realista con lo que el cabildo llamó una "emigración general". Esto está confirmado por otras fuentes. James Thomson dijo que 10,000 personas huyeron de Lima, y el agente de negocios británico Robert Proctor dijo que los únicos residentes que permanecieron en Lima fueron los que no se identificaban de ninguna manera con la causa patriota. Bien hicieron en huir los civiles, porque los realistas impusieron una contribución forzosa de 300,000 pesos sobre la ciudad.<sup>8</sup> Sin embargo, no todos los residentes de la capital se resistieron a los españoles. Un número de oficiales permaneció en sus puestos —razón por la cual fueron después destituidos de sus cargos— y cuando los realistas partieron un número de limeños se fue con ellos.

Canterac, al descubrir una vez más que Lima no podía defenderse, la abandonó nuevamente en menos de un mes, el 16 de julio. Cuando su ejército dejó la ciudad tomó consigo toda la plata que pudo encontrar de

7. Citado en Basadre, *Historia de la república*, 1: 35.

8. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 5 y 9 de setiembre, 1823; Thomson, "Impresiones de Lima entre 1822 y 1824", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 2: 36; y Proctor, "El Perú entre 1823 y 1824", en *ibid.*, 3: 206.

Torge Guise - reorganizar la marina

las iglesias, junto con la maquinaria en la Casa de Moneda y muchos de los libros y documentos en la Biblioteca Nacional —un botín avaluado en total, según Thomson, en más de 2 millones de pesos. Cuando los realistas se retiraron hacia el Cuzco, un número de limeños se puso bajo la protección real y huyó con ellos.<sup>9</sup> Esta fue la segunda vez que Canterac demostró que podía ir y venir de Lima cuando quería, y la segunda vez que los realistas abandonaron voluntariamente la capital aduciendo que era una carga desde el punto de vista militar.

Mientras que los patriotas se refugiaban en el Callao, el Congreso depuso formalmente a Riva Agüero como presidente. Sucre fue nombrado comandante supremo de los ejércitos combinados, y el 17 de julio el Congreso nombró al marqués de Torre Tagle jefe ejecutivo. El 16 de agosto fue formalmente nombrado presidente de la república por la parte del Congreso que continuó reuniéndose en Lima, pero luego de la llegada de Bolívar al Perú el mes siguiente Torre Tagle funcionó simplemente como una figura decorativa a cargo del gobierno civil. Riva Agüero, mientras tanto, se trasladó a Trujillo junto con sus partidarios en el Congreso, donde obstinadamente rehusó renunciar el cargo presidencial o reconocer a Torre Tagle. Torre Tagle respondió declarando a Riva Agüero fuera de la ley y luego ofreciendo una recompensa a cualquiera que capturase al tirano vivo o muerto.<sup>10</sup> El Perú tenía ahora dos presidentes, cada uno de los cuales se rehusaba a reconocer la legitimidad del otro. Torre Tagle procedió a ordenar la suspensión o destitución de sus cargos de todos los empleados del gobierno que habían permanecido en Lima durante el mes que duró la ocupación de Canterac, incluyendo al presidente de la Corte Suprema de Justicia y a varios jueces y directores de departamentos. Esto sólo garantizó el mayor deterioro del gobierno civil en Lima, ya gravemente conmocionado. El presidente interino del departamento de Lima, el regidor José Freyre, había huido para unir-

9. Thomson, "Impresiones de Lima entre 1822 y 1824", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 2: 38-39; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 277-279.

10. Decretos del Congreso (partidarios de Torre Tagle), Callao, 21 de junio de 1823; Lima, 16 de agosto de 1823; y Lima, 19 de agosto de 1823, respectivamente ANP, AHH, OL 70-80, OL 66-18, Y OL 66-19; Orden del Congreso (partidarios de Riva Agüero), Callao, 23 de junio de 1823, ANP, AHH, OL 70-78.

se a su benefactor Riva Agüero; fue reemplazado como presidente del departamento por el alcalde Juan de Echeverría y Ulloa.<sup>11</sup>

En las inmediaciones de Lima la situación había alcanzado una nueva crisis de confusión y conmoción. El gobierno patriota, mientras se encontraba en el Callao, había ordenado que se mataran dos bueyes de cada hacienda en los alrededores de la capital para abastecer de carne. Los hacendados y el cabildo de la ciudad de Lima rogaron para que se les ayudase, afirmando que esta política destruiría no sólo la producción de las haciendas sino también a sus ocupantes. Sin embargo, no hubo ayuda para los hacendados. Antes de que pasaran otros seis meses la mayoría de ellos se había arruinado totalmente. En enero de 1824 un hacendado de Miraflores, cerca de Lima, informó que las extorsiones del ejército lo habían dejado sin esclavos, ganado, mulas, o semillas. Un testigo de fuera estimó que las pérdidas de esta hacienda en sólo un año alcanzaba los 34,400 pesos. El hacendado pidió que se le perdonara una deuda que tenía con el gobierno. El fiscal del Ministerio de Finanzas respondió que el problema del suplicante no era diferente del de cien otros hacendados; su pedido no debía ser concedido porque otros clamarían por el mismo tipo de ayuda.<sup>12</sup> Vergara Arias cita muchos otros casos de haciendas que fueron destruidas por montoneros patriotas que robaban de las haciendas al punto que a menudo era imposible distinguir entre las fuerzas guerrilleras patriotas y las bandas de saqueadores y criminales comunes. Proctor afirmó que los españoles tomaron tantas mulas de Lima luego de su breve ocupación en 1823 "que costaba más llevar mercaderías del Callao a Lima que traerlas desde Inglaterra".<sup>13</sup>

Torre Tagle procedió a organizar un gobierno, y nombró como ministros a Francisco Valdivieso para Asuntos Exteriores, a Juan de Berindoaga para Guerra y Marina, y a Dionisio Vizcarra para Finanzas.<sup>14</sup> Pero

11. Decreto de Torre Tagle, Lima, 23 de julio de 1823, ANP, AHH, OL 66-8; BML, Actas de Cabildo, libro 45, 2 de setiembre de 1823.

12. El Cabildo de Lima a Torre Tagle, Lima, 30 de julio de 1823, ANP, AHH, OL 85-13; Ángel de Alfaro al ministro de Finanzas, Lima, 20 de enero de 1824, ANP, AHH, OL 4-9.

13. Vergara Arias, *Montoneros y guerrillas*, pp. 49-60; Proctor, "El Perú entre 1823 y 1824", en Núñez, ed. *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 2: 250.

14. Decreto de Torre Tagle, Lima, 18 de agosto de 1823, ANP, AHH, OL 66-20.

cuando el momento para la llegada de Bolívar se aproximaba era claro que el estado independiente estaba en la bancarrota absoluta. Todas las fuentes fundamentales de riqueza habían sido agotadas. Se continuó decretando las contribuciones especiales, por supuesto, pero estas simplemente no se cobraban. Bolívar mismo, poco después de su llegada, observó: "Lima es una ciudad grande y agradable que alguna vez fue rica".<sup>15</sup> Los robos y el desorden civil estaban fuera de control. Las agencias de caridad más importantes estaban al borde del colapso. El orfanato público de Lima anunció que no podía comprar leche para los niños y estaba a punto de cerrar sus puertas. En noviembre de 1823 el deán de la diócesis informó que la catedral ya no tenía dinero para pagar los salarios, la música o los ritos sagrados. Incluso las tropas auxiliares colombianas sufrían por la falta de armas, ropas y equipo. En consecuencia, se unieron a otras fuerzas indisciplinadas en los robos y asaltos.<sup>16</sup>

Toda pretensión de crédito del gobierno o de prestarse de forma ordenada de un poder soberano fue abandonada. Un préstamo forzoso de 150,000 pesos decretado en contra de los comerciantes en agosto tuvo que ser reducido a 80,000 pesos más tarde ese mes, e incluso esa suma significó una considerable vejación para la gente. En noviembre, Torre Tagle negoció otro préstamo de un número de comerciantes que demostró la desesperación del gobierno. El contrato con el grupo de comerciantes particulares les exigía entregar al gobierno 50,000 pesos en efectivo y 150,000 pesos en bienes, a cambio de un pagaré de 300,000 pesos contra futuros ingresos de aduanas. Esto efectivamente absorbió todos los ingresos futuros de las aduanas y el hombre que tomó el contrato, José Ignacio Palacios, recibió incluso el derecho de nombrar a sus propios funcionarios. En setiembre, Torre Tagle pidió a Chile un nuevo empréstito de 2 millones de pesos contra el préstamo de Londres. Chile se negó, puesto que ya había prestado al Perú 1.5 millones de pesos. El gobierno ya había tomado más de 1.5 millones de pesos contra el préstamo de Londres, mientras que solamente en el

15. Citado en Masur, *Bolívar*, p. 360.

16. BML, Actas de Cabildo, libro 45, 6 de junio de 1823; Francisco de Echagüe a Berindoaga, Lima, 12 de noviembre de 1823, ANP, AHH, OL 70-142a; Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 302.

período de Riva Agüero se habían expedido nuevos contratos para provisiones y armas hasta un valor de 2.5 millones de pesos.<sup>17</sup>

El Perú entró ahora en una suerte de submundo. Las palabras son inadecuadas para describir la gravedad de la situación o el grado de anarquía.<sup>18</sup> Desde julio de 1823 hasta diciembre de 1824, la causa patriota parecía cercana a la derrota. Luego de la derrota y destrucción de la segunda expedición de Intermedios, lo que quedaba del gobierno de Riva Agüero en Trujillo hizo esto claro al abrir negociaciones para llegar a un acuerdo con el virrey La Serna. Riva Agüero propuso primero la celebración de un armisticio de dieciocho meses, durante los cuales se acordaría la paz definitiva con España y una conjunción de fuerzas hispano-peruanas atacarían a las fuerzas rebeldes del gobierno de Lima. El virrey La Serna, alentado por el colapso de los rebeldes e incapaz de decidir cuál de los dos presidentes era el legítimo y con el cual negociar, decidió no aceptar la oferta de Riva Agüero pero nombró a un representante para que fuese a Trujillo para hablar con él. En noviembre de 1823 Riva Agüero propuso una rendición total, ofreciendo establecer un reino en el Perú bajo un príncipe español escogido por Fernando VII, con

17. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, segunda parte, 1: 216-217.

18. Lo que refuerza la sensación de anarquía absoluta es la ausencia de documentos relativos a varios eventos clave. Un conjunto bastante grande de informes y correspondencia del virrey La Serna, que era llevado a España por sus comisionados Antonio Seoane y el marqués de Valleumbroso, fue lanzado por la borda cuando los comisionados fueron capturados por corsarios de Buenos Aires frente a las costas de Brasil; Nota no firmada dirigida al secretario de Guerra, Madrid, 5 de octubre de 1822, AGI, Ultramar 812. Torre Tagle perdió muchos de sus papeles en dos incendios en el palacio—uno ocurrido la noche del 13 de julio de 1822; Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, primera parte, 1: 313; Proctor, "El Perú entre 1823 y 1824", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 2: 248—. Las actas del cabildo de Lima también tienen vacíos significativos. No hay registros desde el 10 de junio al 22 de julio de 1823—durante la primera ocupación realista, BML, Actas de Cabildo, libro 45, 22 de julio de 1823. Más serio aún es que las actas del cabildo se detienen completamente el 27 de enero de 1824—pocos días antes de la segunda ocupación española—. El libro 45 es el último Libro de Actas en la Biblioteca Municipal de Lima. Finalmente, la recientemente fundada Biblioteca Nacional, que contenía la colección personal de libros de San Martín, fue saqueada por los realistas en 1823 y 1824.

una regencia provisional bajo La Serna, y basada en la constitución española. Hubiera sido un tipo de independencia —no hay duda sobre ello— pero La Serna no tuvo ocasión de responder a la propuesta.

En medio de la confusión una cosa se había hecho innegable: la presencia del propio Simón Bolívar era ahora necesaria para impedir el colapso total de la independencia. Respondiendo a los frecuentes llamados de los peruanos, Bolívar zarpó con destino a Lima, llegando el 1 de setiembre de 1823, más de un año después que San Martín había dejado el camino libre para él. A pesar de la intensa desconfianza que muchos peruanos sentían hacia él —muchos veían al presidente colombiano como un usurpador napoleónico— todas las autoridades civiles y eclesiásticas salieron a saludarlo.<sup>19</sup> Bolívar permitió al Congreso que lo nombrase dictador militar y comandante de los varios ejércitos en el Perú. Inmediatamente se encontró con la frustración de tratar de lidiar con la desconfianza peruana sobre sus motivos, y escribió: “Siempre seré un extranjero para la mayoría de la gente y siempre seré motivo de los celos y la desconfianza entre estos caballeros [...] Ya estoy lamentando haber venido aquí”.<sup>20</sup> En realidad, cuando Bolívar trató de iniciar conversaciones con Riva Agüero en Trujillo su gesto fue rechazado por el rebelde ex presidente, quien veía a Bolívar como un tirano y usurpador. Torre Tagle no fue menos desconfiado pero dependía demasiado de las fuerzas colombianas como para actuar libremente.

Poco después de la llegada de Bolívar el ejército peruano del sur se desintegró. Decidido a asegurar el norte si era posible, el Libertador viajó a Trujillo para tratar de hacer posible una reconciliación con Riva Agüero. Antes que pudiese llegar, sin embargo, Riva Agüero fue derrocado, el 25 de noviembre de 1823, por uno de sus asistentes militares, Antonio Gutiérrez de la Fuente. Convencido de que las negociaciones de Riva Agüero con los realistas constituía una abierta traición, de la Fuente marchó a Trujillo y lo depuso. El ex presidente fue encarcelado en Guayaquil, donde fue finalmente liberado por el vicealmirante Guise, comandante de la marina peruana. Luego marchó al exilio en Europa.

19. Berindoaga al ministro de Hacienda, Lima, 2 de setiembre de 1823, ANP, AHH, OL 70-83.

20. Citado en Masur, *Bolívar*, p. 360.

Luego de la desaparición de Riva Agüero, Bolívar regresó a Lima. Viendo imposible mejorar la situación militar y de abastecimientos allí, determinó a fines de 1823 trasladarse al norte, donde pudo reagrupar a un ejército libre de la pestilente anarquía de Lima. Escribió: “Sólo la Providencia [...] puede crear orden de este caos”.<sup>21</sup> Durante su viaje al norte por mar, Bolívar cayó gravemente enfermo. El 1 de enero de 1824 fue llevado desde su nave al pequeño puerto de Pativilca, doscientos kilómetros al norte de Lima. Ahí yació en cama durante dos meses, luchando por su vida contra el primer ataque de la tuberculosis que finalmente acabaría con su vida. Desde su lecho de enfermo el 12 de enero informó a Torre Tagle que renunciaría y regresaría a Bogotá si no se enviaban provisiones frescas y dinero a su ejército colombiano del norte en el plazo de un mes.<sup>22</sup>

Y ahora, en los primeros meses de 1824, ocurrió el inevitable colapso de la causa patriota. Con la desertión de los ejércitos, con el Libertador tratando desesperadamente de recobrar su salud, la gota que colmó el vaso fue cuando Torre Tagle emuló a su antiguo oponente Riva Agüero en cometer traición. Torre Tagle envió a su ministro de guerra, Berindoaga, a negociar un acuerdo con los realistas. Bolívar no estaba opuesto a una tregua, que le hubiese dado tiempo para que llegasen los 8,000 refuerzos colombianos que había ordenado. Torre Tagle, sin embargo, aparentemente contempló más de un simple cese al fuego. Berindoaga fue a Jauja para conferenciar con los realistas. Las conversaciones no llegaron a un resultado, sin embargo, y Berindoaga regresó a Lima, donde Torre Tagle le informó que él y el vicepresidente, Diego de Aliaga, habían abierto negociaciones por su cuenta con los realistas, esta vez sin que Bolívar lo supiera o lo consintiese.<sup>23</sup> El representante de Torre Tagle viajó a Ica para conferenciar con los realistas que recientemente habían tomado la ciudad, diciendo que el presidente quería unirse con los españoles a fin de resistir al usurpador colombiano Bolívar. Si se planeó una real conspiración para la toma de Lima por los realistas con el asentimiento de Torre Tagle es algo que no está claro. En cualquier caso,

21. Citado en *ibíd.*, p. 364.

22. Bolívar a Berindoaga, Pativilca, 12 de enero de 1824, ANP, AHH, OL 99-4.

23. Basadre, *Historia de la república*, 1: 77-78.



el general Canterac, encabezando las fuerzas realistas que avanzaban hacia Lima, entendió que contaría con el apoyo de Torre Tagle. Bolívar, todavía en Pativilca, comprendió lo mismo, y ordenó el arresto de Torre Tagle, Aliaga y Berindoaga —el presidente, vicepresidente, y ministro de guerra de la república— y que fuesen enviados a su presencia. Torre Tagle interpretó esto como una orden de ejecución, y entró en pánico. ¿Qué podía hacer ahora?

La respuesta llegó rápidamente. En medio de estas maquiavélicas negociaciones las tropas patriotas en el Callao —ahora las únicas fuerzas útiles disponibles en la capital— habían sido ignoradas por las autoridades civiles. Motivadas por su falta de pago y no dispuestas a desplazarse al norte como lo ordenó Bolívar, las fuerzas argentinas y chilenas que estaban acuarteladas en los fuertes del Callao se amotinaron el 5 de febrero de 1824, bajo el liderazgo de un sargento llamado Dámaso Moyano. Incapaces de llamar la atención sobre sus privaciones, el 10 de febrero los amotinados liberaron a todos los prisioneros realistas que estaban en las cárceles del Callao y uno de ellos, el coronel José de Casariego, tomó el comando del lugar, izando la bandera española. Mientras tanto, en preparación para el esperado avance de las fuerzas realistas, Bolívar había ordenado al general Enrique Martínez que se retirase de la capital, dejándola sin defensas, y tomando con él todo lo que pudiese ser de utilidad al enemigo, incluyendo los caballos y ropas de los civiles. Bolívar nombró al general Mariano Necochea, un argentino, para que quedase al comando de la capital. El 10 de febrero el Congreso entró en receso; el 17 de febrero Torre Tagle entregó su comando a Necochea; el 27 de febrero —una vez más motivado por la imposibilidad de defender la capital— Necochea abandonó Lima. Dos días después, los realistas, bajo el mando del general Juan Antonio Monet, ocuparon la ciudad. Esta vez la república estaba en un colapso completo. Los civiles, que no contaban esta vez con el Callao para refugiarse, fueron incapaces de huir de los españoles.

El desorden y el caos de esa última semana de febrero de 1824 tuvieron una escala que Lima nunca antes había experimentado. Robert Proctor ha dejado una narración detallada del terror provocado por el motín en el Callao. Pocos días antes del motín, Proctor y su esposa habían viajado a Chorrillos —“el Brighton de Lima”, como lo describió— para llevar a su hijo mayor a que tomase el aire puro de ese bal-

neario. Enterados mientras tanto que su hijo recién nacido, al que habían dejado en Lima, había caído gravemente enfermo, él y su esposa regresaron a Lima el 27 de febrero. Les tomó muchas horas viajar las pocas millas de distancia, sorteando a las tropas realistas, patriotas amotinados, bandidos y guerrillas. En las murallas de Lima una banda de soldados patriotas trató de forzarlos a desviarse hacia el Callao que estaba en poder de los realistas. Luego de sobornar a los soldados, entraron a la ciudad y encontraron con horror que ya estaba en manos de la amotinada guarnición del Callao, puesto que Necochea se había retirado recién esa mañana. Las dueñas de la casa que alquilaba Proctor, realistas como muchas otras personas propietarias, estaban “agobiadas por el placer de la entrada de sus amigos realistas”, y sólo con esfuerzo pudieron ser disuadidas de salir a las calles a saludar a sus libertadores. Los amotinados, sin embargo, no eran salvadores sino saqueadores. Cuando cayó la noche, Lima ingresó en una pesadilla. De pie en su balcón, Proctor observó el torbellino de la lucha a medida que bandas de soldados del Callao saqueaban las casas y las tiendas a voluntad. Granaderos montados rompían las puertas de las casas vecinas y las despojaban de todo. “Vimos mucho de lo que pasaba. [...] Fue una noche horrible para Lima”. A la mañana siguiente se aventuró hacia la plaza, donde observó a los oficiales de los amotinados disparar a los saqueadores sin mediar audiencia o juicio, y notó que entre los ejecutados estaba el inocente sirviente de un amigo inglés. “Cada uno rezaba fervientemente ahora por la entrada de alguna fuerza respetable, aunque fuese enemiga, para protección [...]”.

Esa misma noche la casa de Proctor en Chorrillos fue saqueada por las tropas del Callao, y su hijo y su ama fueron obligados a punta de pistola a revelar el sitio donde estaban escondidos los objetos de valor que habían sido transferidos allí para tenerlos a salvo. Los ladrones llevaron la plata y los objetos de valor en bolsas hechas con la ropa de la familia. Luego de destrozarse todos los muebles que había en la casa, los saqueadores huyeron. El niño y la sirvienta retornaron a Lima e informaron que el camino estaba lleno de bandidos montoneros que insultaron a la sirvienta y les lanzaron cerillos encendidos por las ventanas del carruaje. Dos días después el ejército realista compuesto por 3,500 hombres bien disciplinados —españoles, criollos, indios, y negros— ingresó a Lima, y la distraída y aterrorizada población, olvidando to-

da política y a los políticos, observó silenciosamente su llegada.<sup>24</sup> El cuerpo principal de las fuerzas realistas marchó hacia el Callao pero dejó 200 soldados detrás para patrullar la ciudad.

El general Monet ofreció la amnistía a todo habitante de Lima que apoyase a los realistas. Al calor del momento, en un loco apresuramiento por salvar sus vidas, casi todo el liderazgo de la república se plegó a ese bando. Como los realistas se habían negado al pedido de Torre Tagle para que lo considerasen como prisionero de guerra, este se unió a ellos. Siguiendo el ejemplo del presidente de la república, otros corrieron a salvarse. Entre estos se incluyeron el vicepresidente, Diego de Aliaga; Carlos Pedemonte, presidente del Congreso y obispo de Trujillo, el candidato de los patriotas para ocupar el arzobispado de Lima; Juan de Berindoaga, ministro de guerra; el presidente del departamento de Lima; varios congresistas; muchos empleados civiles; y más de 240 jefes militares, junto con muchos ciudadanos distinguidos.<sup>25</sup> El conde de Villar de Fuente —antiguo dirigente del Consulado en la época del dominio español— se convirtió en el gobernador de la ciudad. No quedaban rastros del ejército patriota; los realistas rodearon la ciudad y fueron tomando el control de las provincias. La independencia parecía perdida.

Basadre sostiene convincentemente que los aristócratas criollos que se pasaron al bando realista estaban motivados principalmente por el cansancio de la guerra y la aparente imposibilidad de ganarla. Cuando Bolívar llegó y los despojó de su liderazgo de ellos, comenzaron a hablar del régimen del Libertador en términos de “esclavitud”, “tiranía”, y “despotismo”. Viendo que la Guerra de Independencia no era más que una guerra civil entre españoles y colombianos, decidieron que estaban, después de todo, más cercanamente alineados espiritual y culturalmente con los españoles. Sus prejuicios de clase los llevaron a considerar a los rudos soldados colombianos como sus enemigos, y a los cultivados realistas como a sus pares. Torre Tagle escribió a Berindoaga: “He decidido en mi corazón ser más español que don Fernando”.<sup>26</sup> En Pativilca,

24. Proctor, “El Perú entre 1823 y 1824”, en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros, CDIP*, tomo 27, 2: 324-328. A fines de marzo de 1824 Proctor y su familia huyeron de Lima, sin pasaportes, en una nave de guerra británica.

25. Basadre, *Historia de la república*, 1: 82.

26. Citado en *ibíd.*, 1: 84.

Bolívar —enfrentado con la defección de todo el liderazgo de la causa patriota— derramó su ira contra los peruanos. “Por todos lados escuchó los sonidos del desastre. Mi época es una de catástrofe. Todo nace y perece ante mis ojos como si fuese tocado por el rayo”.<sup>27</sup>

El grado de los cambios en Lima era mucho más grande que una simple nueva ocupación temporal por los realistas. Los españoles mantuvieron el control sobre Lima desde febrero hasta diciembre de 1824, con ocasionales retiradas hacia el Callao cuando las fuerzas patriotas se acercaban. El Callao era el bastión, y permaneció en manos realistas sin interrupción hasta enero de 1826. El general José Ramón Rodil tuvo el control sobre el Callao y era gobernador e intendente. En Lima la vida retornó a algo que se parecía a la normalidad en los viejos buenos tiempos del virreinato. Es verdad que el virrey La Serna permaneció en el Cuzco, pero en Lima la vida era muy similar a como era antes. El Consulado se reorganizó bajo sus antiguos cónsules Francisco Xavier Izcue y Manuel Exhelme y ofreció su apoyo a Rodil y a la “legítima causa”. El cabildo se reunió (aunque sus actas han desaparecido; probablemente fueron perdidas después en el Callao) y, más importante, conformado por muchos de los mismos miembros que tenía en 1820. “Republicanos” tan leales y dedicados como Juan de Echeverría (presidente del departamento de Lima durante el mandato de Torre Tagle), Francisco Moreyra (el liberal del período 1812-1814), el marqués de Montemira (hijo del mariscal de campo que La Serna dejó al comando de Lima en 1821), e incluso el fogoso joven radical de los años 1810, el conde de la Vega del Ren, se sentaron plácidamente en el cabildo y colaboraron con los realistas. El cabildo agradeció públicamente a Rodil por crear una columna móvil bajo el coronel Mateo Ramírez para defender a la ciudad de las bandas guerrilleras rebeldes que aterrorizaban a la vecindad. La hoja de propaganda realista *Triunfo del Callao* anunció que la armonía perfecta reinaba entre las autoridades militares y civiles de Lima y sus alrededores.<sup>28</sup> Hasta el protestante Thomson fue autorizado a mantener

27. Citado en Masur, *Bolívar*, pp. 366-367.

28. El Cabildo al general Rodil, Lima, 17 de marzo de 1824, AGI, Estado 75; *Triunfo del Callao, Extraordinario*, Lima, 20 de marzo de 1824.

abierta su escuela lancasteriana. Tenía 230 estudiantes y utilizaba como sede el antiguo colegio dominicano.<sup>29</sup>

Y en el más extraordinario acto de todos, el 6 de marzo Torre Tagle expidió un manifiesto público, editado por Berindoaga, llamando a los ciudadanos a apoyar a los realistas:

El tirano Bolívar y sus indecentes satélites han querido esclavizar al Perú y hacer este opulento territorio súbdito del de Colombia.

Peruanos: Bolívar es el mayor monstruo que ha existido sobre la tierra. Es enemigo de todo hombre honrado, de todo el que se opone a sus miras ambiciosas. El ejército nacional os ofrece una constante seguridad, a él se han acojido las primeras autoridades, los hombres más respetables del País.

Hombres de todas clases que habitáis el Perú, uníos y venid a salvar un territorio que Bolívar quiso convertir en desierto.<sup>30</sup>

En respuesta a este pedido, fueron tantos los desertores que se unieron a los realistas que estos pudieron crear un Cuerpo de Cívicos voluntarios integrado por 600 hombres que tuvieron como tarea mantener el orden en la ciudad.<sup>31</sup>

Durante el año de la administración realista de Lima, se tomaron varias donaciones y préstamos forzados entre los ciudadanos, se restableció el impuesto del 5 por ciento sobre los bienes raíces, se reabrieron las aduanas y se encontraron varias otras fuentes de ingresos. Los realistas reunieron en Lima 511,644 pesos —todos en plata— durante ese año. Eso no fue, por supuesto, similar a los ingresos que había antes de 1820, pero no estaba mal considerando las circunstancias. Lima gastó casi la totalidad de esa suma en sus propios gastos militares y prometió 238,000 pesos más al ejército realista del norte. Los cuarteles generales de la marina en el Callao gastaron 334,000 pesos más en el escuadrón naval realista que se organizó esta vez. El escuadrón consistió en un

29. Thomson, "Impresiones de Lima entre 1822 y 1824", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 2: 57-58.

30. "El Marqués de Torre Tagle a sus compatriotas", Lima, marzo de 1824, AGI, Estado 75.

31. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 317.

barco de línea, una corbeta fuertemente armada, tres bergantines, y varios transportes y naves de apoyo, un total de diez naves.<sup>32</sup> Esta fuerza era suficiente para proteger el Callao pero no para enfrentar combates abiertos con las fuerzas navales combinadas de Perú, Chile y Colombia, que en total continuaban dominando la costa. La flota española permaneció bajo la protección de los fuertes del Callao hasta la batalla de Ayacucho y desde entonces abandonó las aguas americanas. La escuadra peruana bajo el mando de Guise había establecido un bloqueo del Callao, pero aparentemente no era posible mantenerlo firme todo el tiempo. En cualquier caso, las fuerzas terrestres lanzadas por Bolívar bajo el mando del coronel Luis Urdaneta para impedir las comunicaciones entre Lima y los realistas en la sierra no tuvieron éxito. Los realistas en el Callao fueron capaces de salir de los fuertes para aprovisionarse, dos veces hicieron unas rápidas incursiones en el valle de Chancay, donde la milicia patriota y los montoneros abandonaron el campo. De manera similar, las guardias de las fuerzas de ocupación en Lima se aventuraron al campo, en mayo y julio sin que los patriotas los detuvieran.<sup>33</sup>

Incluso la Casa de Moneda de Lima volvió a sus actividades bajo el gobierno de los realistas. Su nuevo director no era otro que el ex vicepresidente Diego de Aliaga. Informó a Rodil que la maquinaria de acuñación estaba completamente en ruinas pero que podía ponerla nuevamente en servicio luego de algunas reparaciones. Por increíble que parezca —dado que la Casa de Moneda era el primer objetivo de cada uno de los ocupantes de Lima— Aliaga consiguió hacerla producir nuevamente. En mayo el general Canterac en Huancayo envió a La Serna dos pesos recién acuñados en Lima. Sin embargo, en junio el virrey La Serna decretó la creación de una nueva Casa de Moneda en Cuzco, porque mientras Bolívar permaneciese en territorio peruano no quería depender por completo de la reactivada ceca de Lima. Más aún, las minas en Cerro de Pasco, que abastecían a Lima, no estaban produciendo, mientras que

32. "Estado que manifiesta las cantidades de Plata que ingresado en esta Tesorería", Callao, 31 de diciembre de 1824, ANP, AHH, OL 112-95; Estados, Lima, 31 de diciembre de 1824, ANP, AHH, OL 112-96; "Estado [...] de los gastos causados por los Buques de guerra", Callao, 31 de diciembre de 1824, ANP, AHH, OL 112-97.

33. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 330.

las minas estaban activas en las provincias de Cuzco y Puno, bajo el control realista y más cercanas al Cuzco. En reconocimiento de lo que aparentemente percibió como su elevado estatus, en abril el cabildo del Cuzco pidió formalmente a España que declarase al Cuzco como la capital del Perú. Los asuntos financieros de las fuerzas realistas eran lo suficientemente estables como para que Rodil comenzara a otorgar permisos en el Callao para la exportación de efectivo en barcos mercantes extranjeros, mientras que en marzo Bolívar ordenó una prohibición completa de la exportación de oro y plata del territorio que se encontraba bajo su control.<sup>34</sup>

Hacia fines de marzo de 1824 los poderes de los patriotas estaban en su nivel más bajo. En ese mes Bolívar estableció sus cuarteles generales en Trujillo y observó más o menos impotente cómo las fuerzas realistas tomaban el control de la mayor parte del resto del país. Bolívar en realidad controlaba sólo una provincia, aunque ciertamente era la mejor situada para sus propósitos, que era mantener a su ejército intacto hasta que pudiesen llegar los esperados refuerzos desde Colombia. Por el momento se vio obligado a ordenar a sus tropas peruanas que establecieran su campamento en el norte de la provincia y a los colombianos que acampasen en el sur, impidiendo así que los peruanos se pasasen a las filas enemigas y a los colombianos que desertaran y volviesen de regreso a casa. Su único propósito inmediato era esperar, sobrevivir, y evitar que el ejército se desintegrara como el ejército chileno en el sur del Perú. Escribió: "Espero mucho del tiempo [...] Lo que nos importa después de todo es mantenernos intactos a cualquier costo".<sup>35</sup>

La Serna, mientras tanto, no bajaba la guardia. En ningún momento estuvo preparado para predecir el éxito. Pero había un cierto aire de cauto optimismo en su carta a España fechada en marzo de 1824. Fernando VII había sido restituido con poderes absolutos en diciembre de 1823. La Serna escribió ahora para decir que de todos los elementos

34. Aliaga a Rodil, Lima, 4 de abril de 1824, AGI, Lima 1270; La Serna al ministro de Finanzas, Cuzco, 30 de junio de 1824, AGI, Lima 1270; Consejo de Indias, sumario, 1824, AGI, Lima 1024; Solicitudes de los comerciantes a Rodil para que se les conceda licencias de exportación, 1824, ANP, AHH, OL 112-14; Decreto de Bolívar, Trujillo, 11 de marzo de 1824, ANP, AHH, OL 96-4.

35. Citado en Masur, *Bolívar*, p. 370.

peligrosos que había enfrentado durante su gobierno en el Perú el más conflictivo había sido la Constitución. Declarando que en el pasado no había dejado que se supiesen sus verdaderos sentimientos, dijo que no obstante había abolido el sistema constitucional en cada localidad que había caído bajo su control durante la campaña de 1823. Expidió un decreto formal el 11 de marzo de 1824 en Cuzco, aboliendo todos los actos del gobierno constitucional. Tadeo Gárate, intendente real de Puno, informó que doce provincias habían sido ahora reducidas al control realista y que aboliendo la Constitución, el Perú había atravesado "una feliz transición de la democracia o anarquía al gobierno legítimo reconocido por todo el mundo" [trad].<sup>36</sup> En los primeros meses de 1824, por lo tanto, los comandantes realistas tenían razones considerables para felicitarlos; parecían estar a punto del éxito completo. Como Bolívar, se habían conducido conscientemente de modo que pudiesen sortear la tormenta con sus fuerzas intactas, para poder retomar el control del Perú tan pronto como los rebeldes se hubiesen destruido por medio de las disensiones internas.

Bolívar, sin embargo, no se rindió. Dedicado a la propuesta de que, como escribió a Sucre, "Somos los ejecutores de América del Sur", dirigió su atención a reconstruir sus fuerzas en Trujillo. Tal vez en ningún otro momento de su carrera su genio para organizar y dirigir hombres y su compromiso con la causa ejerció un cambio tan significativo en el destino patriota. En sólo tres meses organizó un ejército de casi 10,000 hombres, formado por las fuerzas colombianas y los sobrevivientes que había de las antiguas fuerzas patriotas. El entrenamiento del ejército fue confiado a un grupo diverso de oficiales —colombianos, argentinos, peruanos e ingleses—. La población civil de Trujillo fue organizada para coser uniformes, la tela se pidió de los residentes, se colectó latón y otros metales. Las ventanas fueron despojadas de sus rejas de hierro, e incluso las llaves de las casas fueron fundidas. Para mantener a sus soldados pagados y leales, Bolívar redujo primero su paga en un cuarto, luego confiscó la plata de las iglesias de Trujillo para pagarles. También ordenó la confiscación temporal de toda la propiedad privada de cualquiera que viviese en el territorio controlado por los

36. La Serna al ministro de Gracia y Justicia, Cuzco, 15 de marzo de 1824, AGI, Lima 762; Gárate al rey, Puno, 18 de abril de 1824, AGI, Indiferente 1325.

españoles, incluso si estos eran simpatizantes de los patriotas.<sup>37</sup> Para liberarse él y sus comandantes del desorden político civil —la perdición de cada uno de los líderes patriotas antes de él— encargó todos los asuntos de gobierno a una sola persona, el peruano José Faustino Sánchez Carrión, un hombre de reconocida capacidad y patriotismo. Fue Sánchez Carrión, en realidad, quien fue el responsable de aprovisionar al nuevo ejército y de crear sus sistemas de ingresos y abastecimiento. En marzo de 1824 Bolívar lo nombró “ministro general de los asuntos de la república peruana”. Luego de la victoria patriota, Sánchez Carrión continuó siendo ministro de gobierno y asuntos exteriores, hasta su muerte ocurrida poco después el 2 de junio de 1825.<sup>38</sup>

En resumen, la clave del éxito de Bolívar fue que concentró su atención exclusivamente en la creación y apoyo de un ejército cuyo único objetivo fue llevar adelante la guerra en la sierra comprendida desde Jauja hasta Cuzco, donde estaba el bastión realista. Con Colombia como respaldo para proveer caballos, mulas y hombres, Bolívar ignoró virtualmente la costa del Perú y sobre todo Lima. En realidad, retomar Lima no fue siquiera un objetivo serio. Eso vendría con el tiempo, pero tendría valor sólo si el cuerpo principal de las fuerzas realistas había sido derrotado en la sierra. Bolívar puso a sus tropas a entrenarse en la sierra para que se aclimatasen a la altura. Consiguió 10,000 cabezas de ganado para que sirvieran como reserva del abastecimiento de carne. La fuerza de caballería recibió mulas para llevar sus armas y provisiones de modo que los caballos de servicio se mantuvieran frescos. Para que sus tropas acampasen durante su desplazamiento por la sierra, Bolívar ordenó que se estableciesen refugios abastecidos de agua y alimentos. Si se iba a derrotar a los realistas esto sólo podía hacerse con fuerza militar y ese fue su objetivo. El 15 de junio Bolívar ordenó a sus tropas que comenzasen a marchar a la sierra. Escribió, “Estoy poseído por el demonio de la guerra y terminaré esta lucha de una forma u otra”.<sup>39</sup>

37. Masur, *Bolívar*, p. 370; Decreto de Bolívar, Trujillo, 11 de abril de 1824, ANP, AHH, OL 96-5.

38. Augusto Tamayo Vargas y César Pacheco Vélez, eds., *José Faustino Sánchez Carrión*, vol. 9 de *Los ideólogos*, tomo 1 de CDIP.

39. Masur, *Bolívar*, pp. 369-373.

A inicios de 1824 los patriotas recibieron una ayuda inesperada pero muy importante a través de la defección del comandante realista del ejército en el Alto Perú desde 1820, el general Pedro Antonio Olañeta. El general Olañeta despreciaba al virrey La Serna, al general Canterac y al general Jerónimo Valdés, los tres principales oficiales realistas que habían sido sus superiores en el Alto Perú. En enero de 1824, habiendo sido informado a través de Buenos Aires de la caída del régimen liberal en España, antes de que el mismo La Serna lo supiera, Olañeta se amotinó abiertamente en contra del virrey, destituyendo al gobierno constitucionalista en el Alto Perú y reemplazándolo con su propio régimen absolutista. Enfrentado con una virtual guerra civil en sus propias filas, el virrey La Serna envió al general Valdés, comandante del ejército realista del sur, para que lidiase con la revuelta. El 11 de febrero de 1824 Olañeta entró a Chuquisaca, donde proclamó la monarquía absoluta y la abolición del sistema constitucional. Nombró a sus partidarios como miembros de la audiencia y se proclamó comandante de las “Provincias del Río de la Plata”. Valdés se dio cuenta de que era imposible destituir al bien posicionado Olañeta, que estaba rodeado por sus propios seguidores y su familia y era ampliamente apoyado por la conservadora elite del Alto Perú. El 9 de marzo de 1824 los dos comandantes firmaron un acuerdo por el cual se permitió a Olañeta que permaneciera como comandante en el Alto Perú a cambio de reconocer la autoridad de La Serna, proporcionando tropas a los realistas en el Bajo Perú, y sometién dose a las órdenes de Valdés. Cuando Valdés se retiró, sin embargo, Olañeta rompió el acuerdo y asumió el comando político directo del Alto Perú.<sup>40</sup> Debe notarse que la traición de Olañeta sucedió sólo un mes antes de que el mismo La Serna aboliese la Constitución, lo que muestra que era más un intento por tomar el poder que una cruzada para restaurar un sistema político en particular.

El impacto más dañino de la rebelión de Olañeta fue que privó a La Serna de la seguridad de un Alto Perú amistoso, mientras que absorbió la atención del ejército del sur de Valdés en el mismo momento (marzo

40. Lynch, *Spanish-American Revolutions*, pp. 279-281. Véase el testimonio de Valdés en su “Exposición”, fechada en Vitoria, 12 de julio de 1827, en Villanueva Urteaga, ed., *Documentación oficial española*, CDIP, tomo 22, 3: 315-384.



de 1824) en que Bolívar en el norte estaba en la situación más débil y vulnerable a un asalto combinado. En junio de 1824 Olañeta rechazó un ultimátum del virrey La Serna que le ordenaba someterse a su comando. Luego de la derrota realista en Junín, el general Valdés dejó el Alto Perú para unirse al ejército virreinal principal, dejando a Olañeta al mando de lo que pronto sería Bolivia. Bolívar, por supuesto, se alegró al ver el curso que tomaron los acontecimientos. Declaró: "Los españoles ahora sufren la influencia de la mala estrella del Perú. Los Pizarros y los Almagros pelearon los unos contra los otros. La Serna peleó contra Pezuela [...] ahora Olañeta está peleando contra La Serna".<sup>41</sup> Reconociendo que nada más ventajoso podía pasarle, Bolívar escribió a Olañeta asegurándole su amistad, y el rebelde alto peruano respondió en especie. Pocos meses después el ejército victorioso de Sucre derrotó a Olañeta en la batalla y lo hirió mortalmente, ganando así la independencia de Bolivia.

Los españoles realistas en el Perú estaban estupefactos ante la traición de Olañeta. En un extenso y amargo memorial, los representantes de La Serna en España escribieron al gobierno peninsular para examinar la multitud de triunfos que La Serna y sus oficiales habían logrado desde que tomaron el poder en enero de 1821. Revisando la gran campaña realista de 1822 y 1823, concluyeron que los insurgentes habían perdido a cerca de 18,000 hombres, la mayoría por desertiones, en el mismo período que el virrey había mantenido sus ejércitos intactos y en disposición de combate. Toda esta campaña estaba ahora en peligro por la traición de Olañeta. La Serna había salvado al Perú, había salvado al ejército, estaba al borde de la victoria, cuando súbitamente la insubordinación de un hombre arruinó su posibilidad de recuperar todo el Perú. Instaron a que Olañeta fuese llamado a juicio para responder por su conducta. El rey, sin embargo, demostró que no merecía la lealtad de La Serna y sus hombres nombrando consiguientemente a Olañeta virrey de Buenos Aires, basado en la afirmación de Olañeta de que podía reconquistar la región de La Plata. En una increíble Consulta del Consejo de Indias, los consejeros votaron para desestimar las fuertes objeciones de La Serna, Canterac y Valdés y permitieron que el nombra-

41. Citado en Masur, *Bolívar*, pp. 372-373.

miento de Olañeta se mantuviese, porque Olañeta era el tipo de hombre que el rey quería.<sup>42</sup>

El ejército de Bolívar, que había partido de Trujillo el 15 de junio ascendió los Andes en un mes. El 15 de julio el ejército cruzó los Andes y llegó a Pasco. El 6 de agosto, fuera de los cuarteles de Canterac en Jauja, el ejército patriota enfrentó a los realistas en la batalla de Junín. Los realistas fueron derrotados, rompieron filas y huyeron del campo. Las líneas de aprovisionamiento de La Serna desde el norte fueron cortadas, aunque Canterac logró retirarse al Cuzco con la mayor parte de su armamento intacto.

Pasaron cuatro meses tranquilamente, puesto que tanto La Serna como Bolívar reunían fuerzas en preparación de lo que ahora se veía como la prueba decisiva. El bastión serrano español había sido penetrado finalmente. Lejos de Lima y del turbulento desierto costero se decidiría el futuro del Perú, en el claro y frío aire donde España había conquistado por primera vez el Perú tres siglos antes. En el ínterin, Bolívar partió hacia la costa para organizar su gobierno en los distritos que ahora cayeron en manos patriotas. El general Sucre fue dejado a cargo del ejército en las montañas, con total autoridad para determinar su futuro curso de acción. En setiembre se estableció un bloqueo en el Callao, y Lima comenzó a padecer el acoso diario de las bandas guerrilleras patriotas.

A medida que Bolívar se acercaba a la capital, la defensa realista se desmoronó. Ocurrió una serie de escaramuzas, principalmente entre grupos sin importancia de guerrillas o montoneros de ambos bandos. El sufrimiento de los limeños durante este período fue grande, no sólo debido a las privaciones sino también al miedo. Demasiados de ellos habían abandonado el bando patriota como para estar conformes con la perspectiva de que Bolívar tuviese ahora algún poder sobre ellos. Las fuerzas guerrilleras de ambos bandos entraban y salían de la ciudad a cualquier hora, cometiendo robos y esparciendo el terror. Thomson declaró que, "A consecuencia de todo esto, la angustia que existe en esta ciudad es muy grande, la que se ve agravada por el aumento de fuertes contribuciones [...] Esta fue, quizás, en otros tiempos [...] la ciudad más rica del mundo, pero ahora, podría decir con toda certeza, que es la más po-

42. Citado en Masur, *Bolívar*, p. 372-373.

bre".<sup>43</sup> El 2 de noviembre la vanguardia patriota fue repelida desde las afueras del Callao pero se refugió en Lima. Los patriotas ocuparon Lima temporalmente, y el coronel José María Eqúsquiza fue nombrado gobernador, pero tuvieron que abandonar la ciudad rápidamente el 4 de diciembre debido a un ataque de los defensores del Real Felipe en el Callao que entraron a la capital con dos piezas de artillería. Los realistas entonces se retiraron a los castillos, y las fuerzas patriotas nuevamente regresaron para tomar Lima.<sup>44</sup> El 7 de diciembre de 1824, Bolívar ingresó a la ciudad tomada ahora por los patriotas y se dispuso a organizar su defensa. El Callao, sin embargo, permaneció con firmeza en manos realistas y miles de colaboradores civiles huyeron a protegerse en las inexpugnables fortalezas.

En noviembre, el virrey La Serna unió a todas las fuerzas realistas que se encontraban en la sierra, unos 9,300 hombres, y marchó desde el Cuzco en una ofensiva concertada en busca de Sucre. Durante un mes Sucre se retiró mientras que La Serna agotó a sus hombres en una rápida marcha tras los patriotas. El 1 de diciembre los dos ejércitos marchaban paralelamente. La Serna erróneamente creía que Sucre estaba quedando atrapado, pero Sucre recibió órdenes de Bolívar autorizándolo a tomar la ofensiva donde él eligiese. El 8 de diciembre Sucre detuvo su retirada y se halló frente a La Serna a través de una serie de profundas quebradas. Consciente de que la derrota significaría una segura destrucción —el ejército patriota consistía en solamente 5,780 hombres y los indios realistas de la región habían sido armados para disparar a cualquiera de los patriotas que estuviese en retirada— Sucre contaba con que su ejército pelearía con extraordinario valor. El ejército realista, por otro lado, estaba exhausto, no sólo por el último mes de marcha forzada, sino tal vez, por los últimos cuatro años de resistencia. La gran batalla de Ayacucho comenzó la mañana del 9 de diciembre. Luego de horas de encarnizada lucha las filas realistas colapsaron bajo la entusiasta carga de la infantería colombiana. El virrey La Serna fue tomado prisionero, y el ejército realista fue derrotado. Poco después, el general Canterac apareció ante Sucre con una oferta de rendición. La capitulación fue

43. Thomson, "Impresiones de Lima entre 1822 y 1824", en Núñez, ed., *Relaciones de Viajeros*, CDIP, tomo 27, 2: 80-81.

44. Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 348-349.

firmada ese mismo día. Ésta consistió en dieciocho artículos que principalmente permitían a las tropas y oficiales realistas abandonar el Perú honorablemente si así lo escogían o permanecer en sus puestos si tomaban un juramento de fidelidad a la independencia. Los patriotas renovaron su promesa de reconocer las deudas no militares heredadas del virreinato. Una cláusula hacía un llamado a la rendición del Callao que se encontraba en poder de los realistas en un plazo de veinte días.

La batalla de Ayacucho fue una victoria patriota total y el encuentro más decisivo de todas las guerras americanas por la independencia. El poder español en el Perú fue destruido. Más que eso, el poder español llegó a su fin en todo el continente, porque el ejército de La Serna era la última fuerza realista de importancia aún intacta. Por primera vez los realistas no tenían respaldo, ni territorio en el cual retirarse, ni otro ejército al cual llamar. Al haber lanzado sus fuerzas combinadas a la batalla, La Serna perdió todo de un solo golpe. Sucre, que ahora ostentaba el título de mariscal de Ayacucho, consiguió la victoria final sobre el rebelde Olañeta en el Alto Perú en abril de 1825, estableciendo así la independencia de Bolivia. El futuro del gran virreinato de Abascal se decidió en el campo de batalla.

El Perú era ahora independiente. El 21 de diciembre de 1824 Bolívar hizo una convocatoria para la reinstalación del Congreso. Aún investido con el título de dictador, puso su atención en organizar y gobernar un país devastado. La mayoría de los más importantes oficiales españoles abandonó el país en varios barcos mercantes extranjeros. La Serna y tres de sus generales zarparon en una nave francesa.<sup>45</sup> A su regreso a casa, La Serna recibió el título nobiliario de conde de los Andes, aunque de alguna forma su más alto honor bien pudo haber sido la deferencia y el respeto que le brindó a él, a Canterac y a Valdés el mariscal Sucre en los días inmediatamente posteriores a Ayacucho, porque se trataba del respeto que el vencedor daba al vencido por sus largos años defendiendo el patrimonio del rey. La historia de la extinción del poder español en el Perú debería terminar aquí, pero no lo hace. Hay una trágica y final nota de pie de página que muestra el grado en que la decisión de Ayacucho fue una solución puramente militar.

45. *Ibíd.*, p. 366.

*es decir no era una  
decisión política, ni un  
punto después de la victoria*

*9 de diciembre*

La capitulación de Ayacucho hacía un llamado para que los defensores del Callao también se rindieran. Nadie imaginó que el general José Ramón Rodil, gobernador español del Callao, se rehusaría a hacerlo. Sin embargo, cuando Bolívar informó a Rodil sobre la derrota del ejército realista, el comandante se negó incluso a recibir al representante patriota. Cuando el virrey La Serna envió a su propio comisionado para que ordenase a Rodil la rendición de los fuertes, este se negó nuevamente a ello. Rodil tenía dos batallones y una brigada de artillería, un total de más de 2,500 soldados, comandados por oficiales competentes. Los fuertes estaban bien provistos con ganado y otros artículos necesarios, las torres y murallas habían sido reforzadas, y el comandante esperaba la llegada de ayuda desde España.<sup>46</sup> Más aún, cuando Lima cayó en manos de los patriotas a inicios de diciembre, al menos 3,800 refugiados civiles habían buscado protección con las fuerzas realistas en los fuertes. Entre ellos estaba el ex presidente Torre Tagle y su familia, el ex vicepresidente Aliaga y su familia, el ex ministro de guerra Berindoaga, nobles, mercaderes, miembros del Congreso y los colaboradores de los realistas. Aunque Rodil obviamente no creyó tener obligaciones para con los civiles, estaba decidido a restaurar el honor de la bandera real manteniendo el control sobre el fuerte más importante de toda la costa del Pacífico. De este modo el Callao llegó a cumplir el papel para el cual estaba destinado. Nunca conquistado, jamás penetrado, se convirtió ahora en el último bastión de España en el Perú. Se inició así el sitio del Callao que habría de durar un año. Fueron las horas finales no sólo del poder español sino también de los miembros más egoístas de la vieja elite limeña.

Los patriotas, distraídos por la liberación de Bolivia y exhaustos por sus esfuerzos, instituyeron un sitio poco firme. El bloqueo naval, que comenzó en diciembre de 1824 con la flota chilena, finalmente incluyó también a naves peruanas y colombianas. Para abastecer a Lima, Bolívar tuvo que declarar a Chorrillos como la ciudad portuaria oficial. El sitio por tierra se estableció en Bellavista, a una milla de los fuertes. En medio de constantes escaramuzas, los patriotas lograron impedir que los castillos recibieran más ganado o provisiones. Sin embargo, no intentaron un asalto general.

46. Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, segunda parte, 1: 294.

En los castillos, Rodil —quien según la mayoría de testimonios estaba obsesionado con la esencialmente absurda defensa de los fuertes— impuso un régimen de espionaje y terror. Los ocupantes incluyeron no solamente a veteranos soldados españoles y peruanos sino también a prisioneros patriotas de la anterior rebelión de Moyano, así como nobles civiles, gente del común, esposas e hijos. Unas 200 personas fueron ejecutadas por Rodil bajo el cargo de conspiración. Se creó un sistema especial de espionaje, y el menor signo de protesta era castigado con la ejecución. Cuando un sacerdote llamado Marieluz rehusó divulgar a Rodil los secretos de confesión, fue fusilado. Las provisiones de alimentos pronto se agotaron. Mariano Torrente dice que los pollos se vendían entre los refugiados por 25 a 30 pesos cada uno. A medida que desaparecían los alimentos, Rodil decidió que los civiles que no habían llevado seis meses de provisiones consigo serían expulsados. Poco a poco, 2,380 refugiados civiles fueron echados a la tierra de nadie que separaba los fuertes del ejército patriota. En las primeras semanas los patriotas recibieron a los civiles expulsados, pero cuando se dieron cuenta de que el objetivo de enviarlos fuera era para preservar las provisiones para los soldados realistas, los patriotas decidieron no admitir a los civiles detrás de sus líneas. Muchos murieron de hambre en la milla de tierra que separaba a ambos bandos. En mayo, por ejemplo, veinte mujeres fueron expulsadas de los castillos pero no se les permitió pasar detrás de las líneas patriotas. Cuando trataron de ser readmitidas en los fuertes, Rodil ordenó que se disparasen ráfagas sobre sus cabezas. Finalmente los patriotas cambiaron de parecer y las recibieron.<sup>47</sup> Rodil liberó algunos prisioneros patriotas que habían quedado del motín de Moyano el año anterior, no por humanidad, sino para ahorrar preciosas provisiones y porque temía una conspiración. En un momento, sin embargo, ejecutó a treinta y seis de estos patriotas luego de una revuelta.

Después de mayo de 1825 Rodil ordenó que se diesen raciones solamente a los empleados, soldados y colaboradores. Los refugiados y

47. Néstor Gambetta, *El "Real Felipe" del Callao* (Lima: Imprenta del Ministerio de Guerra, 1945), p. 59; Mariano Torrente, *Historia de la revolución de la independencia del Perú* (versión editada de su *Historia de la revolución hispano-americana*, Madrid, 1829-1830), en Denegri Luna, ed., *Memorias, Diarios y Crónicas*, CDIP, tomo 26, 4: 319-328.

soldados comieron caballos, mulas, gatos, perros e incluso ratas. Cuando todo hubo desaparecido, la gente comenzó a morir de inanición. Una epidemia de escorbuto y de tifus abatió el fuerte, sumando numerosas muertes. No hay consenso sobre el número total de muertos, y Rodil mismo no dio una cifra sobre los civiles. Torrente dice que 6,000 personas murieron de hambre y enfermedades y 767 más murieron en combate defendiendo los fuertes. Mendiburu dice que en el fuerte principal, el Real Felipe, había 7,000 personas, de las cuales sólo 2,300 sobrevivieron. Vargas Ugarte señala que más de 5,000 personas murieron en los castillos, sin contar a los 200 que ejecutó Rodil. Cuando los fuertes finalmente se rindieron en enero de 1826, sólo unos 400 defensores quedaban vivos entre los soldados, y de estos sólo 94 optaron por ir a España, con lo que se podría deducir que el resto eran peruanos. Cuando regresó a España, Rodil señaló que los muertos entre los soldados veteranos eran 2,095, con 444 sobrevivientes.<sup>48</sup>

Sustrayendo del total las muertes de militares queda una cifra que está entre los 2,700 a 4,000 civiles muertos. La cifra más baja es tal vez la más precisa. Estos civiles incluyeron a varios de los más importantes líderes peruanos del estado independiente. El ex presidente Torre Tagle, que insistió hasta el final que en realidad era un prisionero de los españoles, murió a los nueve meses del sitio, como también su esposa e hijo. Diego de Aliaga, el vicepresidente, también murió, como también su hermano Juan de Aliaga, conde de San Juan de Lurigancho. Otros fueron el conde de Villar de Fuente, ex prior del Consulado y gobernador de Lima durante la ocupación española de 1824, e Isidro Cortázar, conde de San Isidro, el director del banco de papel moneda de San Martín. Gaspar Rico, el más leal propagandista de los realistas, dejó el Callao con vida pero pocos días después murió por los efectos del sitio. El ministro de guerra de Torre Tagle, Berindoaga, intentó escapar el 2 de octubre, disfrazado como pescador, pero su barco fue capturado por una patrulla patriota. Fue enviado a Lima para ser enjuiciado por cargos de traición, fue hallado culpable y ejecutado en la plaza principal el 15 de abril de 1826. La suerte de estos representantes de la elite criolla de viejo cuño

48. Resumen de otras fuentes secundarias en Vargas Ugarte, *Historia general del Perú*, 6: 387; marqués de Zambrano al secretario de Hacienda, Madrid, 12 de agosto de 1826, AGI, Lima 1480.

coronó toda su historia de indecisión y auto-engrandecimiento. Enterrados en tumbas anónimas, sus nombres ni siquiera registrados, los últimos resistentes de la independencia, como el virreinato peruano mismo, sufrieron una muerte prolongada y agónica.

El 11 de enero de 1826 Rodil convino en recibir negociadores patriotas, y el acuerdo de rendición de los fuertes fue firmado el 22 de enero. De los defensores que sobrevivieron, la mayoría retornó a Lima, mientras que unos pocos fueron a los muelles del Callao para tratar de conseguir pasaje en la fragata inglesa *Briton* que estaba entonces en el puerto. Rodil y otros oficiales zarparon en esa nave. Llegaron a España en agosto de 1826, y antes que pudiesen desembarcar Rodil fue distinguido con la cruz de comandante de la Orden de Isabel la Católica.<sup>49</sup> Fernando lo tenía en tal estima que en el futuro Rodil fue nombrado capitán general de Cuba y de las Filipinas, ministro de guerra, y presidente del Consejo de Ministros. Recibió el título nobiliario de marqués de Rodil, y a la muerte de Fernando fue nombrado curador de las dos hijas del rey.

Para España, Rodil había mantenido el honor de la bandera frente a una derrota universal. España no aceptó la independencia del Perú y continuó durante varios años, en parte inspirada por resistencias como la de Rodil, planeando la reconquista de las "rebeldes provincias de ultramar". Los españoles, por supuesto, tenían una perspectiva distinta sobre la independencia peruana. Lo que los españoles vieron fue que la independencia del Perú —que en sí misma constituyó una simple separación, no una revolución social o política dentro del país— había sido conseguida en solamente dos batallas, en una decisión de las armas.

La imagen que permanece en la mente, en cualquier caso, es la proporcionada por Torre Tagle, Aliaga, Berindoaga, y los otros 3,800 o más refugiados civiles en el Callao. No importa cuán poco edificante pueda ser, su conversión que los hizo regresar al bando realista sugiere que muchos ciudadanos políticamente activos no habían optado todavía por la independencia. Tres mil ochocientas personas era una porción considerable de la población total de Lima —trescientos más que el número total que había firmado la Declaración de Independencia en 1821. No importa cuán entremezclados puedan haber sido sus sentimientos,

49. Zambrano al secretario de Hacienda, 12 de agosto de 1826, AGI, Lima 1480.

estas personas estaban votando en contra de la independencia con sus pies. Aunque el gobierno realista había colapsado y sus líderes ya habían huido del país, prefirieron aferrarse a la idea que el poder español habría de reafirmarse. Someter sus destinos y sus vidas al control de un fanático megalómano era preferible a vivir pacíficamente bajo el mando de Bolívar y su ejército colombiano. Ayacucho —la gloria de América— no constituyó un referéndum para estos peruanos. Fuera que estuviesen en lo correcto o equivocados, o que no entendieron las razones del vencedor y los propósitos de los vencidos, siglo y medio después todavía son un claro testimonio de que en fecha tan tardía como 1825 el vigoroso sentimiento expresado en la Declaración de Independencia de 1821 —“Que la voluntad general está decidida a favor de la independencia del Perú de la dominación española”— no era inequívocamente verdadera.

Manuel Vidaurre —ese angustiado oidor realista del Cuzco que eventualmente apoyó la independencia y retornó al Perú en 1824— escribió sobre su incapacidad para renunciar a la herencia de tres siglos en sus *Cartas Americanas* (1823). Sus palabras cobran un significado inmensamente trágico cuando son vistas a la luz de los refugiados en el Callao, porque la dualidad de estos fue la suya. Vidaurre escribió:

Yo amo a la nación española como a mi abuela y a la América como a mi madre. Lloro al ver destrozarse estas personas para mí tan amadas. La una anciana pero sin experiencia y con malos hábitos que la precipitan según su inclinación de dominar y conquistar. La otra, joven, débil, sin recursos, saliendo de la desesperación a la pusilanimidad, del heroísmo a la barbarie, con asomos de virtudes y con muchos vicios.<sup>50</sup>

Éste fue el dilema peruano. Renunciar al viejo imperio, con todos sus viejos reclamos por la falta de respeto a las pretensiones americanas, el monopolio, la monarquía absoluta, la arbitrariedad, y la frustración, significaba lanzarse a ciegas a un futuro que amenazaba con muchos males, la destrucción social, el militarismo y el posible dominio extranjero de sus vecinos norteños. No, el Perú no fue arrastrado entre gritos y patadas hacia la independencia. Tampoco dio la bienvenida al nuevo día de la independencia con alegría y expectativa de buena fortuna. Vaciló,

50. Citado en Basadre, *Historia de la república*, 1: 261.

obligado por fuerzas que no pudo controlar, temeroso del futuro pero oprimido por el pasado. Ninguno de los otros movimientos de la independencia en Hispanoamérica es tan profundamente problemático. Una porción considerable de la población de Lima se resistió a la independencia hasta el final, y muchos pagaron con sus vidas. El resultado se consiguió, la suerte estaba echada, y los peruanos todavía no habían decidido.



el dilema y la dualidad del Perú